MARTÍN REJTMAN

Velcro y yo

LITERATURA MONDADORI

Velcro y yo

Velcro y yo

Esta noche tengo que ocuparme de mis dos hijas. Tienen doce y trece años y se llaman Lorena y Aldana. En general las llamamos "las mellizas" porque, a pesar de que nacieron con diez meses de diferencia, son prácticamente idénticas.

Gabriela me recomendó que llevara a las mellizas al Circo de Moscú cuando las pasé a buscar. A mí nunca me gustó el circo, así que le pedí una alternativa. "Holiday on Ice", me dijo.

Sin embargo, Lorena y Aldana prefieren el circo. Supongo que porque es un espectáculo más específicamente infantil; el patinaje artístico puede dar lugar a confusiones.

Pero con tantos monos y malabaristas los tres salimos de la carpa un poco mareados. Caminamos unas cuadras para despejarnos y cuando vamos por una avenida comercial mi hija Lorena de pronto se escabulle y corre hacia una iglesia. Veo que intenta entrar pero las puertas están cerradas; ya es de noche.

Tengo que salir disparado a rescatarla y explicarle que no somos creyentes. Lorena me escucha con una expresión vacía. Estamos los dos al final de las escaleras; Aldana nos mira desde abajo, parada cerca del cordón de la vereda. El espectáculo que damos me hace pensar en la televisión. No veo el día en que mis chicas se hagan independientes.

Las llevo a mi casa. Desde hace dos años convivo con Cecilia, que es psicopedagoga y no se lleva demasiado bien con las chicas. Dice que la inquieta demasiado que sean dos gotas de agua y que no hayan nacido el mismo día.

Cuando se quedan conmigo, las mellizas duermen en el escritorio. Tengo una especie de diván con una cama que se saca de abajo para ellas. Pero a la hora de acostarse después de volver del circo me obligan a que las lleve a un local muy pesado de San Telmo. Gabriela ahora está de novia con un rockero y su grupo toca esta noche. Mis hijas no se lo quieren perder por nada del mundo. Me imploraron tanto que tuve que acceder. La madre no puede ocuparse de ellas durante el recital: tiene que estar back-stage.

El grupo resulta mucho peor de lo que me esperaba. Hombres de treinta y cinco transpirando arriba de un escenario para un público de dieciséis años promedio. Pienso en escribirle una notita a Gabriela para que su novio la encuentre en la mesita de luz: "El rock murió; lo siento", y mi firma. Pero Gabriela debe estar eufórica viviendo su

segunda juventud; hasta debe haber probado drogas duras.

Al día siguiente tengo una discusión con ella por el tema de la televisión y la iglesia: cuando nos divorciamos habíamos quedado en dos horas por día máximo. Me dice que tengo razón, pero que no tiene forma de controlar a la mucama. Le pregunto si es una fanática. Me confiesa que un día volvió más temprano a su casa y encontró a Lorena arrodillada con tres rosarios que le colgaban del cuello en el cuarto de servicio, que estaba lleno de velas. Le pido que eche a la mucama pero ella me contesta que es honesta y rápida, responsable y trabajadora.

-Les llena la cabeza de cosas raras a tus hijas.

-Es muy difícil conseguir buenas mucamas.

-Más difícil es tener una hija chupacirios.

-Ya te vas a acostumbrar.

A partir de ese momento vivo en el terror de que Gabriela me llame llorando para anunciarme que Lorena y la mucama se fugaron juntas. Un jueves feriado me despierto sobresaltado de la siguiente pesadilla: la policía detiene a Lorena en Plaza Once.

Es de día. Gabriela y yo nos careamos con ella; está vestida con una pollera tableada oscura y una blusa blanca almidonada; en la mano tiene una guitarra.

No habla, tiene la mirada extraviada, como la otra noche en las escaleras de la iglesia. Yo empiezo a pegarle bofetadas porque se niega a llamarme "papá". El pánico me hace consultar la situación con mi abogado. Pero resulta ser de una familia muy tradicional y conservadora y no consigue ver dónde está el problema. Al día siguiente un compañero de trabajo me recomienda un par de abogado progresistas con estudio en Palermo Viejo.

Estoy tentado de preguntarle si atienden a no vegetarianos; a veces me desconcierta esta mezcla que tengo de ideas avanzadas y reaccionarias al mismo tiempo.

Pero de a poco el problema se diluye, mis pesadillas se desvanecen y me resigno a creer que el fanatismo religioso de Lorena no es más que un capricho de preadolescente.

Una semana y media después Aldana aparece drogada en el cinturón ecológico, a trescientos metros de una mega-discoteca. No sabe nada, no puede decir nada, no quiere abrir la boca. Ahora está con la madre. Lo único que hace es escuchar música bolichera con lágrimas en los ojos. Lorena se encerró en el baño y no quiere ver a su hermana.

Estoy desconsolado. Durante días no sé qué hacer. Unos amigos me convencen una noche de ir a jugar al paddle con ellos. Después cenamos en una cantina italiana; ellos hacen lo mismo todos los

miércoles. Cuando terminamos de comer, dos de ellos me arrastran a Trump's. Miércoles: "Executive's day".

Aldana está en la barra de la discoteca con un hombre de unos cincuenta años. Está pintarrajeada y la poca ropa que usa es ajustada y brillante. La miro desde donde estoy, paralizado; no puedo creer sus trece años. Veo que uno de mis dos amigos se acerca a saludar al acompañante de Aldana. Yo me muero de vergüenza. Tengo dos opciones, pienso: les rompo la cara a los dos o me retiro de mi vida.

Esto es causa suficiente para que el juez le quite a Gabriela la tenencia de las chicas. Tengo las pupilas dilatadas de tanto intentar no llorar. Mi hija es una Lolita.

No armo una escena y camino solo y sobrio por Libertador de madrugada. Desde un teléfono público llamo a Gabriela. Me atiende la mucama. Me dice que Gabriela duerme y no está autorizada a despertarla. Son las cuatro y media de la mañana. Le digo que es una emergencia. Dice que Dios hizo la noche para descansar y corta. Entro al Open Plaza y me siento a una mesa. Pido un café doble con doble ración de crema. El bajista del grupo del novio de Gabriela está sentado un par de mesas más allá con dos amigotes, también de campera de cuero. De pronto entra el novio de Gabriela y se sienta con ellos. Me levanto y lo encaro como si él fuera el culpable. Ni siquiera sabe quién soy yo. Le cuento lo que me pasa. Nos emborrachamos juntos. Ricky paga los whiskies y lloramos. Ninguno de los dos cree en la represión.

Salimos del bar y nos subimos a su coche. Ricky maneja como si estuviera al frente de una nave espacial. Está completamente a cargo de la situación y toma todas las decisiones. Estaciona en la entrada del colegio. Llega Aldana, sin rastros de maquillaje ni de cansancio. Ricky le pide que por favor entre al auto. Nos quedamos los tres sentados sin decir una palabra hasta después del timbre, cuando ya no queda ningún alumno en la calle. Siempre en silencio, Ricky hace girar la llave de arranque y llevamos a Aldana a casa de la madre.

Despertamos a Gabriela. Ricky se mete en el baño y empieza a llenar la bañadera de agua caliente mientras yo le explico la situación a mi ex mujer. Por suerte Lorena duerme todavía. Gabriela me pide que baje la voz; no quiere que la mucama se entere. Ricky entra al living y dice que la bañadera ya está casi llena. Llevamos a Aldana al baño y Gabriela tira sales relajantes al agua. Aldana primero se resiste a meterse en la bañadera, pero nos ve a todos tan encarnizados y perseverantes que pronto se da por vencida. Para quitarse la ropa nos pide a Ricky y a mí que no miremos. Cuando Gabriela nos dice que ya podemos darnos vuelta, la vemos a Aldana flotando en el agua.

Por primera vez me doy cuenta de que tiene tatuada en el hombro derecho una palmera en miniatura.

En el living tenemos que estar en silencio porque la mucama ya empezó a limpiar. Cada uno tiene una raza de café con leche delante. Yo la dejo intacta.

Ricky se toma el café con leche de un trago y Gabriela le da sorbitos como si fuera un canario.

Una hora más tarde, Gabriela, Ricky, Aldana y yo vamos a cien kilómetros por hora por la avenida Gaona. Ese mismo día dejamos a Aldana pupila en un colegio de monjas de Haedo.

Cuando más tarde le cuento a Cecilia, mi novia, lo que hicimos con Aldana, me arma una escena dramática y me deja. Cecilia es psicopedagoga.

Cuatro días después, a las seis y media de la mañana, me despierta por teléfono un chico de quince años. Dice que su nombre es Santiago, que es el hermano del novio de Aldana, y que quiere hablar conmigo. Nos encontramos a desayunar en un café al aire libre. Está de pantalones cremita de corderoy y camisa celeste de jean prelavado; parece muy serio.

Santiago me mira fijo y me dice que su hermano está desesperado. Llora sin parar desde que no puede ver a Aldana.

Lo único que puedo decirle es que mi hija se volvió imposible de controlar y que en el colegio de monjas por lo menos la tienen vigilada.

-Presa -acusa Santiago.

-No encontramos ninguna solución mejor.

-No me va a decir que usted nunca probó las drogas.

-Nunca -lo tranquilizo-. Ni me pintarrajeo, ni ando con hombres cuarenta años mayores que yo.

-¿Qué guarda en la lata de pomada para zapatos que está en el tercer cajón del placard de su cuarto?

Me quedo unos segundos desconcertado, sin reaccionar. En esa latita hay marihuana.

-¿Por qué no vino a verme tu hermano?

-Da lo mismo mi hermano o yo.

Santiago se levanta y se va.

Arranco el coche, doblo a la izquierda, y veo a Santiago junto a una parada de colectivo. Decido seguirlo. Se baja en Villa Urquiza y toca el timbre en una casa de una planta. Adentro se queda alrededor de una hora. Se toma otro colectivo hasta Devoto y con su propia llave abre la puerta de un edificio.

Espero abajo Veinte minutos después aparece con el peinado cambiado. En vez de sus pantalones de corderoy y la camisa de jean prelavado tiene puestas unas bermudas verdes desflecadas tamaño

extra large y una camisa enorme a cuadros azules y rojos. Baja de la vereda a la calle, apoya la tabla de skate en el pavimento, y se aleja del edificio.

Yo voy detrás de él en mi coche, a velocidad mínima. No parece notar que lo están siguiendo. A veces se mete de contramano y lo pierdo, pero de alguna manera adivino por dónde va a reaparecer y ahí está otra vez. Finalmente, en Santa Fe y Rodriguez Peña, se pone el skate debajo del brazo y entra en la galería Bond Street.

Tardo unos diez minutos en encontrar un lugar donde estacionar. Entro en la galería. Busco a Santiago por los locales. El ambiente es de mafia juvenil. Hay tachas tiradas por el piso y en las disquerías suena música alternativa. De pronto lo veo. Está en la puerta de un local del subsuelo charlando con un hombre gordo y de barba, bastante mayor que él.

Compro un fanzine para disimular, bajo las escaleras, y me siento en el café. Pido un licuado de manzana y banana. La moza es una chica de quince; tiene un tatuaje en el hombro izquierdo: una palmera. Leo la revista y espío. Santiago camina hacia mí. No sé si ocultarme o no, pero ya no hay tiempo; me ve y no reacciona, a pesar de haberme registrado. No se sorprende ni me saluda. Nada. Camina hacia la barra y le dice "Hola" a la moza. Ella le contesta: "¿Qué tal, Velcro?". ¿Velcro?, pienso yo, y me doy cuenta de todo. No es Santiago sino su hermano, el novio de Aldana. Son idénticos. Velcro se sienta a una mesa, entierra la cara entre sus manos y llora.

Ahora la moza deja sobre mi mesa la jarrita del licuado, un vaso y el ticket. Se queda parada esperando que le pague. Sin dejar de mirar a Velcro busco dinero en la billetera y se lo doy a la chica. Mis ojos hacen foco en su hombro izquierdo y le digo:

-Qué lindo tatuaje tenés.

-¿Te gusta? -me dice ella.

En ese mismo momento doy vuelta la hoja del fanzine y mi corazón también da un vuelco: en la página central, a dos carillas, hay impresa una foto enorme de Aldana y la moza del bar besándose en la boca. Las dos tienen un hombro desnudo con el tatuaje de la palmera; sobre la foto, en letras pop, está escrito: bla bla bla.

Todo gira a mi alrededor, la silla está colgada del techo, floto en el aire, el olor a tinta fresca me descompone. Veo doble, las luces destiñen, mis ojos rojos parecen escarchados.

Hay una puerta que conduce al Paraíso y otra a la casa de mis padres. Este es un sueño que siempre vuelve y, como todos mis sueños, nunca se me aparece como un recuerdo, sino como algo constante que sucede en el presente.

Es temprano a la mañana, viajo en el subte D, de Palermo a

Tribunales. En el vagón somos todos hombres. En Pueyrredón se sube una mujer de unos treinta y cinco años, ama de casa; por un segundo nos estudia, y se cambia de vagón.

Velcro tiene la costumbre de mirar hacia abajo en el subte. Dice que prefiere conocer a la gente empezando por los zapatos. De a poco yo también adquirí esa costumbre. Esta mañana hay mocasines, zapatillas, y un par de borceguíes.

Al llegar a Callao a Velcro se le caen las carpetas. Las levanta, me saluda, y se baja. De ahí va caminando al colegio. A mí todavía me quedan dos estaciones hasta el trabajo.

Ya hace dos meses que Velcro se instaló a vivir en mi casa. Organizó su cuarto en el escritorio, donde antes dormían las mellizas cuando se quedaban conmigo. Lorena ya no quiere venir sola a visitarme, y Aldana, los días de salida del colegio de monjas, se queda encerrada en su cuarto, en casa de la madre.

La primera vez que Velcro entró en el escritorio vio tantos libros que me preguntó incrédulo si los había leído todos. "Casi todos", le contesté. "¿Por qué?", me preguntó. "La literatura para mí es como una droga", dije.

Desde que me dejó Cecilia viví solo, pero cada vez me provocaba más angustia pasar mis días sin tener que enfrentar el silencio.

Velcro para mí es como un perro. Está ahí cada vez que vuelvo a casa Es discreto, trae pocos amigos. Desde que dejó de ver a Aldana se dedica a terminar con las materias que le quedan de tercer año.

Cada martes, al final de la tarde, vamos juntos al supermercado de enfrente. Velcro juega con los stickers que le ponen a la fruta y la verdura cuando las pesan. Pone el de las manzanas en la bolsa de las uvas y el de las uvas lo pega directamente sobre la cáscara del zapallo. Los cambia siempre de lugar para confundir al cajero, que nunca se da cuenta de nada.

A medianoche, desde el balcón, Velcro me hace notar cómo los basureros se llevan las bolsas de residuos amontonadas en la puerta del supermercado.

Cada día tiran más y más. En los dos lados del camión recolector hay escrita una leyenda: La droga es basura. Las letras aparecen invertidas y eso complica la lectura. Se lo señalo a Velcro y le explico: "Eso es un mensaje subliminal"

Los basureros no terminaron todavía con la cuadra cuando suena el teléfono. Velcro entra a atender. Es Cecilia, mi ex novia.

Me pregunta qué hago. Le digo que estoy en el balcón mirando la ciudad. Quiere saber quién contestó el teléfono. "Velcro", le digo. Se

queda en silencio. Yo tampoco digo una palabra. Ella no sabe quién es Velcro, y a mí me resulta demasiado difícil explicárselo.

El pasado

Cuando todavía estaba casado con mi ex mujer llevaba una vida más burguesa. Trabajaba en computadora y casi no tenía problemas. Recordar hoy esa época me produce una sensación extraña: yo no estoy ahí, el protagonista es otro. Sin embargo, los recuerdos están tan presentes como el presente: recibimos dos diarios todas las mañanas y de vez en cuando salíamos con matrimonios amigos, entre otras cosas. Un día la mucama se deprimió y con la excusa de que encontró un gorrión muerto en el balcón no quiso trabajar más. Durante tres semanas la situación siguió igual; la mucama encerrada en el cuarto de servicio y mi ex mujer en el dormitorio. Al principio de la cuarta semana hice la valija y cambié de vida.

Soy escritor pero no hablo desde el futuro; vivo en un mundo miserable lleno de camiones de basura y casas destruidas. Judith, mi actual mujer, es la empleada del lavadero automático de la cuadra.

Mi nuevo barrio está en transformación constante. Ayer abrieron un supermercado coreano; hoy se roban la parada del colectivo. Cada día cierra un local y abre otro. Lo que más abunda son las cerrajerías. Vivimos bajo el signo del cambio hacia cualquier cosa.

Nuestro departamento queda en un edificio de artistas de poco dinero. Esto es una casualidad; Judith ya vivía ahí cuando nos conocimos, y el artista. Ni Judith ni yo solemos pagar las cuentas a tiempo, y hace dos días nos cortaron el teléfono. Ahora subo a la terraza, desde donde intercepto las líneas de otros y escucho conversaciones ajenas que me provocan repulsión. La gente no se fija en lo que dice cuando cree que nadie la escucha.

Estos días, en mi literatura, estoy desarrollando el concepto de underwriting que, según me dicen, significa "subescritura". La novela que quiero escribir con este método se llama "Vida de un miserable"

Hasta ahora tengo cuatro capítulos escritos:

1. Mercado de capitales
2. Mispricing
3. Underwriter
4. Panfletos

Hace meses que no puedo empezar el capítulo cinco, que creo que va a cerrar la novela. La causa es Judith. Durante el día no puedo concentrarme por el calor, y a la noche está siempre ella en casa. Varias veces le sugerí que saliera por su cuenta, pero me dice que no tiene amigas. Se queda sentada en silencio sobre la cama, pero es obviamente su presencia lo que me impide concentrarme.

Conseguí una habitación en el barrio coreano, a dos cuadras de la villa. Todavía vivo con Judith, pero paso las noches en mi estudio, escribiendo. La dueña de casa me advierte contra los bolivianos que trabajan para ella; dice que son peligrosos. En la calle, los bolivianos me advierten contra los coreanos.

Hace más de un mes que no veo a Judith. Ella trabaja de día y yo de noche. De a poco fui sacando todas mis cosas de su casa y las acumulé en este cuartito que ahora es mucho más que mi estudio.

El capítulo cinco avanza, pero igual hay noches en las que la humedad y las altas temperaturas hacen que no pueda concentrarme, y la vida nocturna de la calle Carabobo no es muy intensa. Hay miles de restaurantes pero ningún bar, y cuando quiero un vaso de vino que no sea de arroz tengo que internarme en la villa.

Ayer me encontré con Judith, la del lavadero automático. Me dijo que a su casa llegó una carpa para mí. Tomamos juntos los parámetros y fui a su casa a buscarla; era de mi hermana, que vive en Chicago. Me invita a visitarla, me manda un pag y un money order por dos mil dólares a cobrar s a correo de Chicago. Mi hermana y yo nunca nos llevamos bien, nunca soporté su compasión por el artista pobre que no despegó. No pienso ceder ame su presión y visitarla; sería reconocer un cierto tipo
de fracaso.

Pero el money order me vendría muy bien. Intento primero cambiarlo sin éxito en las financieras del centro, donde me darían más; después con dealers locales de Korea Town. "¿Chicago?", me preguntan, y todos niegan con la cabeza. ob o

-Encerrado en mi cuarto miro el ventilador de pie y reflexiono, agobiado por la ola de calor Mi vida es demasiado austera: huevos fritos, bifes a la plancha, y arroz con una mezcla de algas y sésamo un condimento que conseguí en mi nuevo barrio

Tomo una decisión: viajar, cobrar el dinero! volver a Buenos Aires en el vuelo siguiente. No le vi el equipaje y al salir de mi cuarto pego en la puerta un cartelito que dice: Vuelvo enseguida.

En el avión me toca sentarme al lado de un futuro estudiante de sociología. Parece entusiasmado. Converso un rato con él, y después duermo de un tirón hasta que aterrizamos al amanecer.

En Chicago la temperatura es de ochenta y nueve grados Fahrenheit. No sé lo que significa pero igual transpiro. Me despido del estudiante de sociología, salgo del edificio impersonal, y paro un taxi.

-To the Central Post Office -le digo al conductor. Mi inglés es prácticamente inexistente. Le pido al taxista que espere en la puerta del correo, cobro el dinero, le pago, y decido caminar por el barrio. Con el entusiasmo de los dos mil dólares del money order no me di cuenta de marcar la vuelta en el pasaje, así que decido buscar una agencia de viajes. Quiero volverme en el primer vuelo. No soporto la idea de gastar parte de mi dinero en un país extranjero y las tentaciones en Chicago parecen enormes.

La empleada de United me explica que mi pasaje requiere un mínimo de quince días de estadía.

Es una portorriqueña que todavía habla un poco de español; tiene un prendedor con su nombre:

Lupita Menéndez. Dice que se solidariza conmigo pero no puede hacer nada. Me ofrece venderme otro pasaje a Buenos Aires; en eso se me iría la mayor parte del dinero y mi viaje perdería sentido.

Hago una reserva para la primera fecha posible y, un poco triste, salgo a la calle, apabullado por el aire caliente y la humedad.

Como no tengo equipaje ni planes me dedico a hacer observaciones: el tipo de gente que camina por las avenidas, las construcciones, los lugares de comidas, tan diferentes de los nuestros, las costumbres en la calle, el paso rápido, mis zapatos que se quedan pegados en el cemento derretido de las veredas, los ricos, los pobres.

Entro en un hotel que no parece muy caro. Se llama Chicago Regency. En la recepción nadie habla mi idioma pero hay un letrero con los precios: la habitación más económica cuesta noventa y cinco dólares.

Multiplico por quince y vuelvo a salir a la calle.

Paro un taxi. Le pregunto al conductor por un hotel barato.

-Barato? me dice él en inglés. oroitumantarain

-El más barato de la ciudad.

-Address? -pregunta sonriendo. Decido cambiar de estrategia.

-Latin Quarter -le digo. Supongo que ahí por lo menos alguien me va a entender.

El taxista me lleva a una parte devastada de la ciudad. Es como si

de pronto todo el pasado hubiera vuelto: la guerra, el hambre, los bombardeos. Un barrio pobre de hispanos y drogadictos.

No camino ni dos cuadras y encuentro un edificio con un cartel enorme que dice Hotel Men Only. No parece ser un lugar muy caro. Mi cuarto da directamente a la calle. Abro la ventana. El calor sigue siendo insoportable. Escucho salsa sin parar y el olor a frito y picante sube por las escaleras de incendio. El paisaje, al menos, no me resulta familiar.

Me desvisto, me doy una ducha, y me vuelvo a vestir. Me tiro sobre la cama y duermo una siesta.

No sé qué hora es cuando me despierto, pero bajo a la calle y compro un diario. Camino hasta la avenida y en una librería compro un cuaderno. Quiero aprovechar el paréntesis para seguir con mi novela.

Después tomo un taxi y, como no sé qué hacer, le leo al taxista la dirección de mi hermana.La casa queda en los suburbios; estudio mentalmente el camino. Sin bajarme le pido al conductor que vuelva a llevarme al hotel. Ceno chicken wings en un bar oscuro; hay tan poca luz que no puedo darme cuenta si el lugar es caro o barato. Vuelvo al hotel; me duermo hasta el día siguiente.

Alquilo un Toyota en Avis. Me decido porque no puedo creer lo absurdamente económico que resulta. Durante unos días vigiló la casa de mi hermana desde mi coche nuevo. Ella saca la basura todas las mañanas y después se sube a un Mazda gris perla, que estaciona en el parking de la torre de la corporación en donde trabaja. Sé que está casada y con hijos, pero su familia no aparece. Hace casi veinte años que no la veía; de aspecto no cambio nada. Yo también debo estar igual.

Una mañana me decido finalmente a tocarle el timbre. Se queda helada al verme. Me da un abrazo frío; es como si me estuviera diciendo "Nice to meet you". Mi inglés mejoró bastante desde el día que llegué y además creo que maduré. La idea misma del viaje relámpago ahora me resulta infantil. Si

Me hace pasar a un living en el que hay cabezas de ciervos y alfombras de osos por todos lados.

Conversamos sin hacernos preguntas, hasta que yo saco el tema de sus hijos. Ella me explica que se fueron de caza con el padre, que vive en Oregon. Le pregunto si están divorciados. Me dice que de ninguna manera; están juntos pero él vive en Oregon.

"Oregon queda a miles de kilómetros de Chicago", le digo. Ella me contesta con una sonrisa que de kilómetros no entiende nada y da por terminada la conversación. Me sugiere, sin preguntármelo, que le gustaría saber adónde estoy parando. "En el hotel Men Only", le contesto. Me dice que no lo conoce pero no me invita a quedarme en

su casa, a pesar de que yo sé que por lo menos un cuarto, el de mis sobrinos, está vacío.

Esa noche mi hermana me lleva a su restaurante preferido: un Oyster bar para yuppies que queda en pleno downtown. Me resulta muy difícil verla tomar sopa de pescado; me doy cuenta de que lo que estoy viendo es su vida. No puedo engañarme. Tiene treinta y ocho años. Se nota que sabe que ya no está en tránsito hacia ninguna otra situación.

Mientras cenamos me cuenta cosas de Chicago. Desde hace menos de un mes los policías de la ciudad usan uniformes especialmente diseñados por Jean Paul Gaultier y las agentes, carteras de Gian

Franco Ferré. Mi hermana saluda a un par de conocidos. Me dice que son compañeros suyos de trabajo. Su castellano es perfecto, salvo cuando tiene que decir alguna palabra en inglés.

Nos despedimos en la puerta del restaurante; sé que no nos vamos a volver a ver. Son apenas las ocho y cuarto de la noche y como no tengo sueño decido ir al cine. Compro el Chicago Daily News y leo el resumen del argumento de una película norteamericana que acaban de estrenar en el Chicago Film Center:

Un cantante de tango retirado todavía sigue activo como agente secreto en una pequeña aldea de campesinos japoneses. Los actores son superstars archiconocidos. Me sorprende que todavía existan campesinos japoneses. Y éste es mi último recuerdo de la noche: entro al cine, me acomodo en la butaca y se apagan las luces.

De la película no conservo ninguna imagen. Me despierto en la cama junto a una desconocida. En. seguida me doy cuenta de que no estoy ni en mi casa ni en el hotel. Suena el teléfono. La chica no da señales de vida. Se enciende un contestador automático y escucho el mensaje.

-Lucy, this is Richard, your therapist, I hope you remember our date at the ICA Café. It's already 11:05 and you are not here yet.

Intento despertar a Lucy, pero sigue profundamente dormida. Estoy desnudo y busco mi ropa por toda la casa. Los placares están cerrados con llave. Sobre la alfombra hay unos zapatos de taco alto demasiado chicos para mí. Me asomo al balcón tapándome con la cortina. Hay una bandera norteamericana que cuelga de la baranda. Me ató la bandera a la cintura y vuelvo a sacudir a Lucy. Parece dopada. Busco dinero por toda la casa. Encuentro un frasco lleno de monedas sobre la mesada de la cocina.

La casa de Lucy está en un barrio pobre de latinos y drogadictos. Un barrio igual al mío, que no parece ser el mismo. En la vereda de

enfrente hay un Army and Navy store. Entro y me compro un Levi's 501 talle W38, L32 y un paquete de tres remeras blancas Fruit of the Loom extra large. Me pongo la ropa en el probador y paro un taxi.

En el viaje a mi hotel le dedico diez minutos al pasado. Es un método que utilizo cada vez que mi mente se pone en blanco. Esta vez diez minutos resultan demasiado. No puedo acordarme ni dónde la conocí, ni cómo, ni de lo que hice en la casa.

Mientras el taxi avanza siento que varias horas de mi vida van quedando atrás. Ni siquiera me fijé en qué calle queda la casa de Lucy. No tengo suficientes recuerdos de la noche anterior como para llenar diez minutos de tiempo. Miro el reloj: son las once y veinticinco.

-To the ICA -le digo al taxista.

No tengo nada mejor que hacer y quiero charlar con el terapeuta de Lucy. Necesito saber si puede decirme algo sobre mí. Todavía tengo la bandera norteamericana en la mano. La toalla la dejé en el probador del negocio donde compré la ropa. Estoy descalzo.

Un hombre de anteojos está solo junto a la ventana del café del ICA. Lee un diario sensacionalista y decido que es él. Cada tanto levanta los ojos del diario y mira hacia afuera, como si esperara a otra persona. No me animo a hablarle directamente, y en un momento se levanta y se va. Lo sigo hasta Botanical Garden. Se pasea a la sombra de los abroles y saca migas de pan de sus bolsillos para darles de comer a los gatos.

Lucy me está esperando en la puerta del hotel. Men Only. Me explica en un castellano trabajoso que el recepcionista no la quiso dejar pasar. Yo no me olvido de que esta misma noche tengo el vuelo de vuelta a Buenos Aires, y Lucy insiste en acompañarme al aeropuerto.

En el taxi nuestra conversación es fluida. Tengo la impresión de conocer a Lucy desde hace muchos años. Adivino sus gustos y ella los míos y nos reímos de las mismas cosas. El taxista se da vuelta varias veces a mirarnos; sospecho que él también habla castellano.

Lucy y yo entramos al aeropuerto. Llegamos con dos horas de adelanto, como lo indican las instrucciones impresas en el pasaje. Recojo mi boarding pass del mostrador de United y nos sentamos en dos sillones contra un enorme ventanal. Le cuento a Lucy que estoy a punto de terminar el capítulo cinco de mi novela. "Es el último, ¿no?", me pregunta ella, y la miro sorprendido. A lo mejor hablamos de esto la noche anterior. Pero prefiero no hacerle ninguna pregunta. No por vergüenza ni miedo a lo desconocido, sino para no romper la intimidad que existe entre nosotros.

Barras

En el mismo momento en que suena el despertador de Analía se escucha el ruido de un avión que pasa; ese sonido es algo continuo que cubre todo lo demás.

Amalía se levanta de un salto, pone agua en la pava y se mete en la ducha. El agua caliente no funciona y los azulejos del baño lo único que reflejan es frío.

Cuando quiere hacerse un té con leche se da cuenta de que no encendió la hornalla debajo de la pava. "Mi cuerpo resiste el agua fría, el té no", piensa. "Se podría decir que mi cuerpo es superior al té" Come dos galletitas con queso crema, hace unas flexiones de brazos en la barra que atornilló en el pasillo, y sale al supermercado donde trabaja.

Mientras entra en la registradora la mercadería de una mujer que compró solamente yogur y agua mineral pasa otro avión. El resto del mundo queda suprimido. La mujer le sigue hablando, pero recién cuando el avión está un poco más lejos Analía puede escuchar lo que le dice. Los treinta y cuatro yogures Y los veinte litros de agua mineral son para festejar el cumpleaños de su hijo.

El ruido del sistema electrónico que lee el código de barras la sigue incluso cuando sale de trabajar. Sua na una bocina y lo escucha, al colectivero se le caen dos monedas y lo escucha. En sueños no sabe; no sueña. En realidad nunca soñó. Lo consultó con un médico, que le dijo que no tenía de qué preocuparse.

Leo, su hermano menor, la espera en la puerta de calle cuando vuelve del trabajo. Analía se sorprende porque hace dos años que no lo ve. No habla con ninguno de sus parientes desde que una tía a la que vio una sola vez le dejó en herencia el departamento de cinco ambientes en el que vive. Al resto de la familia, nada. Dejaron de hablarle automáticamente cuando se enteraron; incluso su madre. Su padre de vez en cuando la llama por teléfono en horarios en los que nunca está y le deja mensajes en el contestador automático. Mensajes absurdos en los que le cuenta lo que pasa en la familia:

"Mamá está resfriada desde hace tres días y Beto
se compró un Fiat 147."

"Hoy es el aniversario de casada de tu prima Laura."

"Cuqui se hizo morocha."

"Tenemos Cablevisión."

Nunca le habla directamente; es como si tuviera un sexto sentido para adivinar los momentos de ausencia de su hija.

Leo decidió que está muy grande para seguir viviendo con los padres y viene a instalarse en el departamento de su hermana. Analía no tiene problemas, hay tres habitaciones vacías, sin amueblar, y un baño que no se usa.

Cuando Leo ve la barra en el pasillo se cuelga como un mono pero no puede hacer ni una flexión. «siempre fui un débil, le dice a Analía. Se instala en un cuarto que da a la calle pero tiene la persiana rota. Compra un colchón de goma espuma en oferta por doce pesos y, con un portalámparas y un envase de agua mineral de vidrio color verde botella, se fabrica un velador. El cuarto originalmente era la biblioteca; la mayoría de los libros que hay son de jardinería, masajes y filosofía.

Al atardecer del día siguiente Analía escucha uno de los mensajes de su padre en el contestador automático:

-Tu hermano Leo se fue de casa, pero no estamos preocupados.

Leo es el único familiar con quien Analía está en contacto y se siente responsable. Decide que lo mejor para fortalecer esa relación es compartir una actividad. Y, como lo ve a Leo tan fascinado con la barra metálica del pasillo desde el mismo día que legó, le sugiere que se anoten juntos en el gimnasio del barrio.

-No quiero ser Mister Adlas-es lo primero que le dice Analía al instructor. El le muestra uno ejercicios y no le vuelve a dirigir la palabra. A Leo le dan una rutina un poco más gradual, pero como no tiene un trabajo se pasa horas y horas encerrado en el gimnasio.

Analía nota que Leo empieza a tomar batidos y anabólicos con el desayuno. Además, se puso de novio con Sandra, una chica que conoció en el gimnasio y tiene el cuerpo mucho más desarrollado que él. Las remeras de Leo le quedan chicas, por ejemplo. Sandra pasa horas y horas con Leo en su cuarto. Casi siempre están callados y cada tanto se turnan para ejercitar en la barra del pasillo.

Para poder pagarse su entrenamiento, Leo empieza a trabajar de recepcionista en el gimnasio.

Sus amigos son todos patovicas de dieciocho años. Vienen a tomar la leche a casa de Analía, se hacen batidos y comen huevo crudo. Hoy hay cuatro de ellos: Joaquín, Poroto, Juanjo y Pierre. Leo se desvive por atenderlos, los trata como si fueran semidioses.

Analía descubrió que tiene libros con fotografías de estatuas griegas en su cuarto; los esconde debajo del colchón; pero, pobre, a Leo todavía le falta mucho ejercicio para llegar a ser algo parecido a eso. su Como hermana mayor, Analía siente que tiene que dar el ejemplo y, para cambiarle a Leo el modelo, abandona el gimnasio y empieza

un arte marcial. Le parece más útil y más saludable.

-Al menos hay una filosofía detrás –le dive a su hermano-. Y sirve para algo; si en la villa quieren robar la billetera ya sabés cómo defenderte.

-El arte no tiene que servir para nada =-le contesta Leo, untándose con un aceite nuevo que le consiguió Pierre a través de un amigo despachante de aduana.

-Cuando los de mi generación éramos hermanos menores -le reprocha Analía-, lo que más queríamos era tener un grupo de rock; ustedes en cambio sólo quieren tener un grupo de músculos. Nuestros amigos se convertían en dealers para poder pagarse las drogas; mientras que vos te pagás tus bíceps trabajando de recepcionista.

Leo sólo toma anabólicos, batidos, y bebidas importadas: Evian, ginseng y té de maní.

Una tarde Analía reflexiona mientras pasa los productos por el lector de código de barras de la registradora del supermercado, y vuelve a casa decidida a desatornillar la barra metálica del pasillo; pero lo encuentra a Leo contando y resoplando:

-Noventa y uno, noventa y dos, noventa y tres, noventa y cuatro...

Lo mira desde abajo; en las últimas semanas los bíceps de su hermano tomaron una forma más redondeada, sus tríceps se endurecieron, su espalda se ensanchó, sus piernas se fortalecieron.

-Más que flexiones, a vos te vendrían bien reflexiones le dice enojada.

-¿De dónde salió esa frase? ¿De tu maestro Shao Lin?

-Me inspiraste vos. Desarrollarás tu cuerpo, pero no tu cabeza -contesta Analía.

-Mente sana en cuerpo sano.

-Se dice "Mens sana...n

-.in corpore sano" -termina la frase Leo-Ya lo sé. Ya lo sé. Ciento cuatro, ciento cinco, ciento seis...

Analía entra en su cuarto y pega un portazo. Más tarde cena con Leo, Sandra y Pierre en la cocina del departamento. Ninguno de los cuatro dice una sola palabra.

Al otro día en el supermercado un hombre pasa por la posición de Analía con una caja de Belgian Truffles. Analía la pone frente al lector pero no sucede nada. Marca a mano en la registradora el número del código de barras: 79030012051. El hombre le sonríe. Son las seis menos diez, en pocos minutos.

Analía termina su horario. A las seis y cinco, cuando sale del supermercado, ya cambiada, el hombre de las Belgian Trufles la espera y camina hacia ella.

-¿Nos conocemos? -pregunta Analía.

-La veo siempre desde hace un par de meses.

Entro y compro alguna cosita sólo para intentar acercarme. Tome, esto es para usted

-y le entrega la caja de bombones. Lástima que en los supermercados no tengan papel de regalo.

-Podría haberme comprado algo en algún otro lugar.

-Prefiero comprarle a usted.

-Soy sólo una cajera, no voy a porcentaje. Y el hecho de que use vaqueros no quiere decir que crea en el amor libre.

El hombre no dice nada.

-A lo mejor se equivocó de posición. Pruebe en la caja dos.

Analía le quita el plástico a la cajita de bombones belgas, la abre y prueba uno. Están completamente deformados, a pesar de que es invierno. Es como si en verano se hubieran derretido y en invierno hayan recuperado su solidez, formando otra imagen.

Come un bombón y le ofrece uno a su pretendiente. Le pregunta:

-¿De qué trabaja?

-Soy contador. Me llamo David.

-¿Es el contador de este supermercado?

-No, pero mi hija vive acá a la vuelta, y cada vez que vengo de visita, paso a verla a usted.

-¿Qué es lo que ve en mí?

Me gustan sus movimientos. Son enérgicos sin dejar de ser amables.

Ya en su casa, Analía encuentra a Leo haciendo flexiones en la famosa barra del pasillo. No dice nada. En el baño se cambia de ropa y jura que por un tiempo largo no va a volver a usar vaqueros.

Al día siguiente David, el contador, la espera a la misma hora, convertido en un anticipo de la primavera: tiene un ramo de flores frescas y rociadas con agua para ella. Analía aparece con unos pantalones de gabardina grises y una blusa verde agua abotonada hasta el cuello debajo de su camperón azul marino.

Caminan unas cuadras. Ella va siempre un poco más rápido que él; David se ve obligado a pedirle que acorte un poco el paso. la

-Me siento un caballo -le dice Analía con las flores en la mano.

Pasan por una panadería, el contador le pide que espere afuera y entra. Sale pocos minutos después con dos bolsas llenas de facturas.

-Esta panadería es de mi hija -le explica David a Analía, sin aparentar el menor orgullo.

Se sientan en la plazoleta del bulevar.

-¿Compró crisantemos? -pregunta Analía.

-Sacramentos -le corrige el contador. Es lo que mejor hacen; traje una docena.

-Es mi factura preferida.

David se come dos medialunas de grasa y cuatro sacramentos y

Analía tres vigilantes, siete sacramentos y un pan de salud.

Al volver a su casa, Analía sorprende a Leo y a Pierre colgados al mismo tiempo de la barra metálica del pasillo en un ejercicio de resistencia. Tratan de mantenerse inmóviles el mayor tiempo posible.

Leo está mucho más rojo y transpirado que Pierre.

Ella se siente un poco culpable por su actitud hostil de los últimos días. Pone las flores en un jarrón y les prepara una merienda: batidos, huevos crudos y las facturas que sobraron de su encuentro con el contador. Pierre y Leo terminan su ejercicio, se duchan, y entran a la cocina con toallas atadas a la cintura.

-Mmm -dice Leo al ver la merienda, y le sonríe a Analía.

Analía siente que cayó una barrera.

-Mmmm -dice Pierre mientras mastica un vigilante con crema pastelera.

-Son buenísimas, ¿no?

-Mhum -le contesta Leo. Agarra una medialuna rellena de dulce de leche y se la mete entera en la boca.

-Queda un solo crisantemo. Nos comimos todos los demás.

-Ahm -dice Pierre con la boca llena.

-Perdón, sacramentos -se corrige Analía dándose cuenta de su error-. Los crisantemos son los que están ahí en el florero.

Su hermano agarra el único sacramento de la fuente y lo divide en dos. Cuando Pierre termina la medialuna que está masticando, Leo le mete en la boca la mitad de la factura que le corresponde.

Analía observa a su hermano y a Pierre masticar al mismo tiempo medio sacramento cada uno.

Al principio Analía se sentía discriminada en su trabajo. Para entrenarla le pusieron al lado una supervisora que le enseñaba y la controlaba en todos sus movimientos. Analía era mucho más lenta que las demás, no sólo por su falta de experiencia sino también porque cada vez que aparecía un producto que no conocía se tomaba unos segundos para examinarlo, memorizar nombre y precio, y de esa manera incorporarlo a su catálogo interno. Las clientas que formaban fila delante de su posición chistaban y protestaban, y muchas se pasaban resoplando a las otras cajas, donde la cola era más larga pero las empleadas más eficientes.

Ahora Analía está supervisando a Marta, una chica nueva que empieza a trabajar medio turno en la posición número cinco. Con el tiempo Analía se convirtió en una cajera modelo, la más rápida y con menor margen de error de todas las chicas de todos los turnos, y unos meses atrás empezó a supervisar a las nuevas. Mientras le enseña a Marta siente nostalgia y simpatía. Las clientas que esperan en la fila de su caja se cambian de posición casi inmediatamente.

Marta es la cajera más lenta que haya pasado jamás por ese

supermercado. Tarda lo mismo en atender tres clientas que lo que las otras chicas en atender diez o doce. Pero, teniendo en cuenta su propia experiencia, Analía no se desanima y decide dedicarse a esa chica. Su objetivo secreto es que Marta se convierta en la más rápida y la mejor, y que la supere incluso a ella. Las dos se quedan después de hora y caminan por los pasillos vacíos de gente pero llenos de colores, formas, letras, envases y etiquetas. Analía le muestra las distintas marcas de los diferentes productos y hace que Marta mire y memorice los seis tipos distintos de detergente baja espuma, las tres clases de lavandina, las dieciocho variedades de latas de cerveza. Marta parece tener, ante todo, mucha voluntad.

Una tarde que David la pasa a buscar, Analía decide que ya es tiempo de que él conozca su casa.

Charlan y conversan en el bulevar mientras comen sacramentos y toman bebidas de lata, y cuando oscurece Analía lo invita a subir para escuchar un poco de música y tomar unos tragos.

Sentados en el sillón del living, Leo, y Pierre, vestidos en kimonos, miran un libro enorme con fotografías de las grandes ciudades del mundo: Nueva

York, Moscú, Reikjavik, San Pablo...

-Qué espectacular la Bolsa de Tokio -dice Pierre.

-Hola -dice Leo al ver entrar en el living a Analía y al contador.

-¿Qué tal, chicos? dice el contador. Analía los presenta. Los chicos le extienden la mano a David sin levantarse y vuelven a concentrarse en las ciudades espectaculares. David se sienta en el sillón junto a ellos y Analía en la butaca contigua.

..-Alquilé departamento con Poroto y Pierre.

Me mudo pasado mañana dice de pronto Leo, sin levantar la mirada del libro.

Analía se queda muda, no sabe cómo reaccionar.

-Tres ambientes, a la calle...

-¿Por dónde? pregunta el contador.

-Arriba del gimnasio, sobre Juan B. Justo.

-Buenísima, la ubicación -se entusiasma.

-Sí -dice Pierre. Piso once, buena vista, poco ruido, por la altura.

-A mí me toca el cuarto más grande. Sorteamos.

-¿Cómo te lo pensás pagar? -pregunta Analía.

-Mi parte es doscientos; me dieron beca en el gimnasio y me aumentaron el sueldo a seiscientos.

Hay que ver qué dicen papá y mamá.

-Estás loca, Analía. Ni vos les hablás ni ellos te hablan a vos.

-Sos mi responsabilidad.

-Ya tengo dieciocho.

-¡La mayoría de edad no es a los veintiuno?

-No me arruines la vida, Li.

A Analía se le llenan los ojos de lágrimas. Le entristece volver a quedarse sin familia.

-Voy a estar cerca, Li. Son cuatro cuadras, apenas.

-Casi seis.

-Voy a venir a comer seguido, te lo prometo. Además, quiero anotarme con vos en kung fu.

-Hace más de un mes que dejé.

-Al menos dame la dirección. Estuve pensando en todo lo que me dijiste aquel día.

-Esto hay que festejarlo dice David, como para alegrar un poco la reunión.

-Sí -dice Pierre. Podríamos hacer una fiesta de bienvenida.

-O, mejor, una de despedida. Acá dice Leo.

-Tengo la heladera vacía.

-Yo pongo el servicio de lunch -dice el contador-. Es mi regalo. Mi hija tiene panadería.

-Excelente.

-Hay que avisarles a todos los chicos del gimnasio.

Leo se levanta del sillón ajustándose el cinturón del kimono, se acerca a su hermana y le da un beso.

-Gracias -dice.

En el pasillo, en vez de esperar en fila para el baño, los invitados hacen fila para subirse a la bang metálica. Se cuelgan de a dos y hasta de a tres, y hacen demostraciones de destreza y musculatura.

El contador parece muy divertido con la gente que lo rodea. Analía lo ve pasearse por toda la casa con un vaso de fernet puro en una mano; cada tanto le pellizca un músculo a alguna chica o chico que anda cerca y después se mira la punta de los dedos como si no pudiera creerlo. Su traje gris contrasta con las musculosas ajustadas de telas brillantes y sintéticas que usa la mayoría de los invitados, pero a nadie parece importarle. La fiesta es un éxito.

En un momento de la noche, pasadas las doce, Joaquín, Poroto, Juanjo, Pierre y Leo se cuelgan al mismo tiempo de la barra del pasillo. Alguien apaga la música y se produce un silencio seguido de un murmullo. Los cinco tienen que ponerse de perfil para entrar en el ancho del pasillo. Ante un gesto de Juanjo, que es quien tiene el cuerpo más desarrollado, los amigos empiezan a hacer flexiones con una coordinación prácticamente perfecta. Juanjo marca el ritmo y cuenta en voz alta. El público aplaude entusiasmado. Pero pronto se produce una tensión inexplicable en el pasillo, un suspenso sin sentido.

Los que observan los ejercicios contienen la respiración como si la

repetición de los movimientos y la simultaneidad del esfuerzo fueran a producir algo más, algo inesperado y desconocido.

En el momento en que la voz de Juanjo anuncia la flexión número ciento veintisiete, la barra cede con un crujido, desgarra una porción de pared, se desprende el revoque, y los cinco patovicas caen al suelo al mismo tiempo. En el momento del desplome, Analía, que se está sirviendo un whisky, cree oír el sonido que hace el lector de código de barras en la caja registradora del supermercado. Por un segundo la montaña de músculos del pasillo se queda silenciosa. Hasta que la carcajada de una rubia de calzas violeta y maillot azul eléctrico se anima a estallar, los demás la imitan, alguien en una habitación vuelve a poner música, y todos caminan hacia el living siguiendo el ritmo.

Leo se muda a la mañana del día siguiente. No va a estar en casa cuando Analía vuelva del trabajo.

Ella, para amortiguar el golpe, invita a Marta a cenar, a pesar de que todavía no tuvo tiempo de limpiar el caos de la fiesta. Cenan en el living las sobras recalentadas del servicio de lunch que regaló el contador. Marta está fascinada con los ciento cuarenta metros cuadrados del departamento, los moquetes, los dos aires acondicionados. Ella comparte un da ambientes con una amiga y paga 250 dólares por mes por su parte, además de 75 dólares de expensa los 500 de comisión para la inmobiliaria, y los otro 500 que tuvo que dejar de depósito. No puede Cree la suerte de Analía.

Están las dos un poco borrachas con las siete cervezas que se tomó cada una, y Analía lleva a Marta al cuarto que había sido de su tía, que siempre mantiene cerrado con llave. En el pasillo todavía están los escombros causados por el derrumbe de la barra metálica.

La habitación está completamente vacía, el único ornamento es un espejo gigante que ocupa toda una pared. Analía enciende la luz y camina hacia ahí. Saca una llave de su bolsillo, la introduce en una cerradura del espejo, y abre lo que resulta ser un enorme placard.

Las dos amigas se visten con ropa que fue de la tía de Analía: minifaldas bien ajustadas, zapatos turquesa con plataforma, colgantes y collares de perlas falsas. Encuentran también un maletín de cosméticos, pero está cerrado con llave y no hay manera de abrirlo. Hasta que Analía sale al pasillo.

rescata la barra metálica de entre los escombros, y le pega un golpe fuerte y contundente a la cerradura de la valijita. Las dos amigas se maquillan con productos de época y toman pastillas de varios colores que sacan de unos frasquitos de plástico, cuatro cada una; suponen que son tranquilizantes, o anfetaminas. En una caja de cartón cilíndrica, a rayas blancas y negras, Marta encuentra una peluca de rulos color lila. Por un segundo las dos chicas se la disputan, hasta que

deciden que se van a turnar
para usarla.

Es sábado a la noche. Vestidas como están, Marta con la peluca, deciden ir a bailar. Primero entran en una discoteca llena de jóvenes disfrazados de rockeros.

-Qué divertido -dice Marta.

Las dos empiezan a moverse como locas, un poco desincronizadas con la música.

Basta -dice Marta al final del primer tema.

Esto es re comercial.

Las dos chicas dejan de bailar y se apoyan contra una pared negra decorada con un dragón pintado en colores fosforescentes.

-En momentos como éste me encantaría ser
fumadora -dice Analía.

-Ay -casi la interrumpe Marta-. Me pareció escuchar el ruido de la maquinita esa que te dice los precios.

-Se llama lector de código de barras. Yo también lo escucho todo el tiempo.

-No me animaba a decírtelo, pero desde el otro día, cuando golpeo con la cucharita en la taza de café con leche, lo siento. Ayer estaba escuchando una canción que pasaban por la radio y era como si lo hubieran grabado junto con la música. Creí que me volvía loca.

-¿Y en sueños?

-¿En sueños? Creo que no. No, en sueños no.

En realidad, yo no sueño nunca.

-¿Nunca?

-No. Nunca. Vamos.

Ahora están en un local de salsa. Marta baila con un muchacho chileno y Analía con uno colombiano. Se dejan llevar por los ritmos afrolatinos, pierden conciencia del tiempo y del lugar, parecen no conocer el cansancio. El chileno y el colombiano les compran tragos y más tragos que las dos chicas aceptan sin protestar. Hasta que Analía mira su reloj pulsera, le hace un gesto a Marta, y las dos se meten en el baño. Se arreglan un poco el maquillaje y Marta se quita la peluca que tiene agarrada con seis hebillas y se la pasa a su amiga.

Al volver a la pista, los hombres no parecen darse cuenta de nada. Ellos creen que hay un cambio de parejas, pero en realidad, el colombiano vuelve a arrastrar de un brazo a Analía con la peluca que antes usaba Marta y la hace girar a su alrededor, mientras que el chileno otra vez agarra a Marta de la cintura y se convierten en los reyes de la pista.

Durante el resto de la noche a Analía la llaman
Marta y a Marta, Analía.

El timbre suena alrededor de las diez y media de la mañana en casa

de Analía. David insiste un par de veces; viene cargado con dos bolsas de facturas de la panadería de su hija. La puerta del departamento está entreabierta y se anima a pasar. Dice "Permiso", pero no hay respuesta. "Hola, hola." Nada. Va a la cocina alegremente, deja las bolsas de facturas sobre la mesada, y decide recorrer el resto de la casa. Todavía quedan vestigios de la fiesta, y los vasos vacíos y las botellas tiradas por el suelo lo hacen sonreír. Los escombros de la barra metálica siguen en el medio del pasillo; incluso hay ropa tirada en los sillones del living, y un zapato turquesa con plataforma arriba de la mesita ratona. David golpea la puerta del cuarto de Analía y, como nadie contesta, la abre de par en par. Sobre la cama duermen cuatro cuerpos apilados uno sobre otro; abajo está Marta, sobre ella duerme el chileno, y Analía está entre el cuerpo del chileno y el del colombiano, que está tirado boca arriba, último de todos y tiene puesta solamente la peluca de rulos color lila en la cabeza. David trata de no hacer ruido al salir del departamento de la tía de AnalÍa.

Bastante más tarde, cuando se despiertan, Marta y Analía reparan el desayuno mientras los dos tranjeros usan el baño.

-Espero que alguna de las pastillas esas de tía que tomamos anoche sea anticonceptiva -dice Marta.

-Las etiquetas estaban todas borroneadas.

-Ojalá la haya pegado con alguna.

-Deben ser de 1960, o 1970... La verdad es que no sé si ya existían los anticonceptivos.

-¿No existieron siempre? -pregunta Marta. Los extranjeros vuelven del baño, se sientan a l mesa de la cocina, y los cuatro sonríen al mismo tiempo, como si sus sonrisas pudieran sabotear cualquier intento de vergüenza. Nadie se pregunta de dónde salieron las dos bolsas de facturas con las que desayunan. Todos dan por sentado que fue otro el que bajo a comprarlas.

Al otro día, tal vez buscando una respuesta a lo que vio al entrar en lo de Analía, David le toca el timbre a Leo con la excusa de conocer su nueva casa. El departamento es de construcción moderna y tiene todas las persianas levantadas; pura luz. Leo, Poroto y Pierre están en plena actividad, colocando una barra metálica del estilo de la que había en casa de Analía en el hallcito de entrada, antes de llegar al living. La refuerzan con remaches y bulones importados y apenas terminan lo invitan a David a que se cuelgue un rato con ellos para asegurarse de que la barra tiene suficiente resistencia. David pasa el resto de la tarde con los tres amigos, ayudándolos en las distintas tareas de la mudanza.

A partir de la semana siguiente Marta le alquila a

Analía la habitación que hasta pocos días atrás había sido de Leo. El precio es el mismo que pagaba en el dos ambientes que compartía y las expensas prácticamente no existen porque el edificio es antiguo y

casi no tiene mantenimiento. En el supermercado Marta no progresa tanto como Analía esperaba, pero igual ella no pierde las esperanzas. Decide darle otra oportunidad; son amigas y no va a denunciar ante sus jefes. Pero llega el momento en que Analía ya no puede ocultar la situación. En vez de avanzar, la chica fue para atrás.

No porque se haya vuelto más lenta, simplemente las clientas no la vieron agilizarse lo suficiente y ahora prácticamente nadie hace cola en su caja. El rechazo de los consumidores es casi un acto político.

Marta pierde su trabajo.

Una noche Leo, Juanjo, Pierre y Poroto llevan a un amigo cubano de Juanjo a bailar salsa. Los chicos al principio se niegan; le explican que no salen de noche porque en Buenos Aires todo empieza después de las tres de la mañana, y dormir hasta más tarde, o dormir menos, puede alterarles la rutina en el gimnasio. Pero el cubano insiste tanto que, simplemente por cortesía, tienen que acompañarlo.

En el medio de la pista, el cubano es la sensación del local. Las argentinas, secretarias, empleadas, profesionales, estudiantes, hacen fila para bailar con él.

Los cuatro amigos, aburridos y muertos de sueño, esperan acodados en la barra a que se canse.

Leo ya leyó al derecho y al revés las marcas de todas las bebidas alcohólicas que hay en los estantes y ahora tiene la mirada perdida en la pista. Sin hacer foco en nadie en particular piensa y se preocupa por los jóvenes que poco a poco van perdiendo el control de sus cuerpos. El alcohol actúa sobre el cerebro y los músculos y todo se ablanda. Los movimientos se dispersan más y más hasta que dejan de obedecer cualquier lógica. Leo se despierta de su ensoñación, se da vuelta, y le pide al barman otra Evian con una rodajita de limón.

En los últimos tiempos se dejó el pelo largo y sus facciones son muy parecidas a las de su hermana.

Tanto que el colombiano que Marta y Analía conocieron en ese mismo local, al ver a Leo de semi perfil acodado en la barra, envuelto en la pobre iluminación del lugar, lo confunde con su hermana, se le acerca e intenta besarlo. Leo lo espanta de un manotazo, como si fuera una mosca. Reacciona instintivamente; desacostumbrado a usar su fuerza en cuestiones cotidianas mide mal el golpe y el colombiano sale disparado hacia la pista, llevándose por delante a varios de los bailarines.

Por un momento todo es caótico, pero el ritmo sigue y, a pesar del alcohol, los cuerpos de todos obedecen. Leo ayuda al colombiano a levantarse y le paga una copa de disculpas. Se explican, la confusión queda aclarada, y charlan hasta la madrugada.

Al día siguiente Leo y el colombiano van a visitar a Analía, para contarle la confusión.

-No está -les dice Marta-. Y no tengo ni idea de cuándo viene.

-Y tú cómo estás? -le pregunta el colombiano.

-Mal. Me echaron del supermercado y estoy desesperada buscando trabajo. Por ahora limpio casas. Conseguí un departamento en el edificio de al lado, pero son apenas seis horas semanales. Y, para colmo, tengo que darle una comisión al portero.

-Nosotros podemos necesitar una persona dos

O tres horas por semana -le dice Leo.

En mi casa hay una empleada de refuerzo pero bueno, podemos despedirla sin problemas, mi mujer no está demasiado contenta dice el colombiano.

Esa noche a Analía le agarra un ataque de celos cuando Marta, feliz, le cuenta sobre sus dos nuevos trabajos.

bajos mi hermano -le dice. Y con el colombiano estuve bailando yo toda la noche.

-Si pero mientras tenías puesta la peluca el cron que bailaba conmigo.

-Para mí, eso se llama traición.

-Para mí, trabajo.

A Analía el enojo le dura apenas un par de días después, todo vuelve a ser como antes. Marta se ocupa de la limpieza del departamento de Leo en un horario en que los chicos están en el gimnasio. Cada miércoles le dejan la llave al portero y ella se la devuelve cuando termina. A Poroto no lo conoce personalmente, salvo por su ropa, las fotografías de cuerpo entero que hay enmarcadas en su cuarto y sus efectos personales: cepillos de dientes, libros de fotos y pesas de distintas formas y tamaños.

El cuarto de Leo y Pierre está bastante ordenado.

Cada uno tiene la costumbre de hacerse la cama 3 la mañana y usan un canasto en común para la ropa sucia. Sobre una especie de escritorio que hay en la habitación Marta encuentra el libro de las grandes ciudades del mundo abierto en una vista aérea de una ciudad que no sabe reconocer. Lo cierra, lo lleva al living, y lo deja sobre la mesita ratona al pie del sofá.

El cuarto de Poroto, en cambio, es un desastre.

Poroto duerme en un colchón en el suelo, la cortina está colgada a medias, hay ropa tirada por todos lados, pesas enredadas entre las sábanas, vasos, platos y envases de agua mineral desparramados por cualquier parte.

Esa noche, cuando Poroto entra a su cuarto, por un momento cree que se equivocó de puerta y retrocede. Marta convirtió su habitación en algo extraño y familiar a la vez. Poroto primero siente que le falta todo, pero al abrir el placard no puede creer que, lo que por un segundo le faltó, ahora está ahí en los cajones y estantes, expuesto y

ordenado como en una boutique. Jamás se le había ocurrido la posibilidad de que alguien estuviera dispuesto a ocuparse de él de esa manera. Ni siquiera por dinero. Parado en el centro de su cuarto, por primera vez la idea del matrimonio se le aparece en la forma de una imagen posible y positiva.

De a poco Poroto se da cuenta de que no puede seguir con su estilo caótico y pretender que una persona que no conoce le vuelva a poner la vida en su lugar. Se compra a cambio un canasto para la ropa sucia, un sommier para el colchón, se empieza hacer la cama cada día, y hasta le da un uso lógico al placard.

A medida que van pasando las semanas, Marta encuentra el departamento cada vez más limpio y ordenado. Llega incluso un momento en que tiene que empezar a inventarse tareas muy específicas par completar sus tres horas de trabajo. Repasa el mango de las ollas, lustra los picaportes de las ventanas del lado de afuera, y le saca brillo a las pesas con las que Leo, Poroto y Pierre se ejercitan en sus ratos libres.

Así, un día decide barrer el techo del departamento y descubre la barra metálica atornillada en el hallcito de entrada, justo antes de llegar al living. Entonces se acuerda de lo que le decía siempre un novio suyo que estudiaba arquitectura: miramos solamente lo que está a la altura de los ojos y nos perdemos el mundo que existe arriba de nuestras cabezas.

El trabajo en lo del colombiano es un poco más duro. Va todos los martes y jueves al mediodía y tiene que soportar la presión de la mujer, que de tan estricta le recuerda a su madre. Tiene esa misma manera de pedir las cosas: favores que son órdenes; y la hace usar un uniforme azul a pintitas blancas con el único objetivo de establecer una diferencia de clases.

Hoy la mujer le indica que limpie y ordene el placard del pasillo y Marta encuentra ahí adentro algo que le resulta excesivamente familiar: una mata de pelo artificial enrulado de color lila. La levanta, le sacude el polvo, limpia el estante donde estaba apoyada y la vuelve a poner en su lugar. Marta no tiene dudas: es la peluca de la tía de Analía. Todavía huele al perfume que usaron ella y Analía aquella noche. Durante días, las dos amigas buscaron esa peluca hasta en los rincones más absurdos del departamento, dieron vuelta cajones y revolvieron todos los placares. Por un segundo Marta se siente mareada ante el conflicto que se le plantea: ¿qué hacer con la peluca? Sabe que el objeto no le pertenece ni al colombiano ni a su mujer, pero sacarla de esa casa no dejaría de ser un robo. Así que decide dejar la peluca donde está y olvidarse del asunto.

Se siente tan cómoda en su uniforme de trabajo que los martes se lo lleva consigo para poder usarlo los miércoles, en casa de Leo y sus

amigos. Los jueves lo vuelve a llevar a su otro trabajo: Marta no lo entiende como una marca de clase, sino como un disfraz que usa para trabajar. En comparación con su uniforme de mucama, el guardapolvo rosa pálido que le hacían poner en el supermercado era algo tan tímido, que entre su vida privada y su trabajo no se establecía prácticamente ninguna diferencia.

A David se le hizo una costumbre buscar a los chicos a la salida del gimnasio y acompañarlos en la rutina que todas las tardes sigue al ejercicio. Primero paran un rato en el quiosco de al lado y consumen bebidas para después del deporte. Apenas terminan, caminan hasta una esquina cercana y se sientan en el cordón de la vereda a ver cómo los coches que pasan caen en un bache enorme. Cuando llueve es mejor, porque el bache se llena de agua y los coches salpican para todos lados. Un poco más tarde se reúnen en un pub del barrio con otros chicos del gimnasio, donde intercambian información y despotrican contra los improvisados. No soportan el hecho de que hoy en día cualquiera se mete en un gimnasio, hace un mes y medio de fierros, y apenas llega el veranito se pone la musculosa. Lo consideran patético. Tampoco aprueban la cama solar. "Para eso hay aceites tonalizados" dicen, y hablan pestes de las exhibiciones de aerobics en los teatros del centro, porque las consideran oportunistas y comerciales. David se siente cómodo con ellos, lo aceptan inmediatamente, en realidad ni siquiera parecen darse cuenta de que está ahí. A él siempre lo sedujo conocer mundos nuevos y éste le resulta interesante. Lo único que a veces se lamenta un poco es la falta de sentido del humor.

Uno de los primeros días de la primavera

Marta ventila el cuarto de Leo y Pierre. Sube la persiana, abre la ventana de par en par, y decide desarmar las camas. Al levantar las sábanas de la cama de Leo, encuentra debajo de la almohada la misma peluca de rulos color lila que vio unas semanas atrás en el placard del pasillo de la casa

del colombiano.

Marta se para frente al espejo de cuerpo entero y se prueba la peluca. Definitivamente pertenece a otra época. Sin dejar de mirarse, se saca el delantalcito que va atado por delante del uniforme y lo tira sobre una de las camas. Sacude la cabeza; la peluca se agita. Enseguida se desabrocha los dos botones superiores del uniforme y apoya las manos en las caderas, en una pose supuestamente sexy..

Marta pasa la aspiradora por toda la casa vestida así, con el delantal provocativamente desabrochado.

Se siente un recuerdo de otra vida. Cuando termina con la limpieza

básica del departamento enciende la radio en una estación de música clásica, se cuelga de la barra y empieza a balancearse como loca. Después se mete en el cuarto de Poroto, que es adonde está el espejo más grande de la casa. Siempre con la peluca y el uniforme desprendido, adopta poses de patovica que copia cuidadosamente de las fotos de Por que hay repartidas por toda la habitación.

Al menos una vez por semana Marta y Analía invitan a cenar a Leo y a Pierre. Esos días, durante b pausas en el trabajo, Amalia esconde en su bolso algunos de los productos más refinados del supermercado: vino chileno para ella y Marta, agua mineral francesa para Leo y Pierre, carne de centolla del Pacífico enlatada, turrón español, y avellanas italianas

Incluso de vez en cuando, por expreso pedido de Leo, se lleva también una cajita de Belgian Truffles para el café.

Desde que viven juntas las costumbres de Marta y Analía de a poco se fueron asimilando. Como las dos se despiertan a la misma hora comparten el reloj despertador, que suena todas las mañanas a las ocho menos veinticinco; lo dejan sobre un banquito en el medio del pasillo, entre los dos cuartos. Mientras Analía se ducha con agua fría, Marta pone a calentar el agua para el té. La barra está otra vez instalada en el pasillo y las dos aprovechan para hacer algunas conexiones antes del desayuno. Analía sigue oyendo fuera del trabajo el sonido que hace el lector de código de barras al marcar los precios en la caja registradora; Marta, ya no.

Leo no se cortó más el pelo y cada día se parece un poco más a su hermana. Puestos los dos de perfil es prácticamente imposible distinguirlos. Pierre y él ya no hacen más diferencia con la ropa que se ponen. Usan indistintamente la de uno o la del otro. El hecho de compartir el canasto de la ropa sucia los fue llevando naturalmente en esa dirección. No se lamentan: su guardarropas se duplicó, y ninguno de los dos es demasiado caprichoso con respecto a lo que quiere ponerse cada día.

Los cuatro parecen haber alcanzado un equilibrio en sus vidas en donde la rutina se convierte en placer fácilmente y el placer en rutina. Marta los siente como una familia. Solamente de vez en cuando, mientras hace sus flexiones en la barra del pasillo temprano a la mañana, se lamenta de que a nadie jamás se le haya ocurrido invitar a Poroto a alguna de esas cenas. Ya hace bastante tiempo que le limpia y ordena la habitación, pero ella todavía no lo pudo conocer.

Quince cigarrillos

1

Es miércoles a la noche y mi tío llama para avisarme que pasa algo raro con Mariano. Me dice que oyó un golpe seco mientras hablaban por teléfono y Mariano no volvió a aparecer en la línea. Cuando quiso volver a llamarlo le daba siempre ocupado, y de esto ya hacía dos horas. Me pide que por favor intente desde mi casa. Él vive en Wilde y piensa que, como yo estoy más cerca, me puede resultar más fácil. No entiendo su razonamiento pero pienso que no vale la pena decirle que hablar por teléfono y caminar son cosas muy distintas; es una persona grande; somos de otra generación. Le digo que sí, marco el número de teléfono de mi hermano y, como a mí también me da ocupado, decido caminar hasta lo de Mariano a ver qué pasa.

Mariano no contesta el timbre. Subo al departamento del portero y le pregunto si tiene llave. Me dice que sí. Bajamos y abrimos la puerta. Mariano está tirado en el piso de la cocina; tiene una toalla cintura, la heladera está abierta y el inalámbrico en el suelo. Levanto el teléfono. Está un poco abollado y no tiene tono; parece muerto. Me fijo y veo que Mariano respira. En el baño la ducha está abierta y el agua corre como si fuera lluvia.

Como el inalámbrico roto es el único teléfono del departamento, el portero y yo volvemos a subir a su casa. La mujer está haciendo papas fritas, son las diez y media de la noche. Llamamos a Emergencias. Viene una ambulancia, me dicen que Mariano está vivo; yo ya lo había visto respirar. Se lo van a llevar a una clínica. Viajo en el asiento de adelante, el camillero es un portorriqueño que vino a estudiar medicina. El chofer es de Costa Rica. Escuchan salsa, merengue, o algo así, con el volumen bajo. Es noviembre, el verano se adelantó; en el noticiero de la noche dijeron que la ola de calor iba en aumento.

Vamos con la ventanilla abierta pero solamente entra aire caliente.

Mi tío llega a la clínica unas horas más tarde. Viene de Wilde, donde antes vivía toda la familia. Tiene una casa con jardín y, por eso, cuando nos vinimos a vivir al centro, se quedó con Valeria, la perra de Mariano. La llamada de mi tío era para avisarle a Mariano que Valeria se había muerto el día anterior. "La atacó un doberman; ya estaba vieja y no tenía fuerza para defenderse", me dice mi tío. Alcanzó a darle la noticia antes de que Mariano desapareciera de la línea. Mi tío dice que se lo tomó bastante bien. Valeria tenía catorce años y

Mariano la había entrenado en secreto para matar. Durante su vida había asesinado por lo menos tres perros. Ahora ella está muerta y Mariano en coma, le digo a mi tío.

-¿Qué dicen los médicos? -me pregunta.

-Fifty-fifty -le contesto.

-Ajá -dice, pero por su mirada me doy cuenta de que no me entiende; mi tío no habla inglés.

Nos sentamos en los asientos azules de una sala de espera que parece un pasillo y yo me vuelvo a parar para explicarle mi teoría: Mariano está en la ducha; tiene el inalámbrico en el baño; mi tío lo llama por teléfono. Mi hermano atiende y hablan mientras camina por la casa. Se ata la toalla a la cintura y va a la heladera a tomar agua o a buscar algo de comida. Como está descalzo y mojado la heladera le da una patada eléctrica fulminante y Mariano sale disparado como un resorte hacia atrás. Impacta con la nuca contra la mesada de mármol y entra en un coma súbito.

Horas más tarde vuelvo al departamento de Mariano a buscar algunas cosas para él. Son las tres y media de la mañana. Otra vez tengo que tocarle el timbre al portero, Mariano no tenía sus llaves encima; estaba vestido apenas con una toalla.

-Sabíamos que iba a volver -me dice el portero-. Le guardamos papas fritas.

El portero está todavía en ropa de trabajo. su mujer en batón. Me hacen sentar. Las papas fritas están guardadas en una fuente metálica en el horno encendido a mínimo. Están tibias y a pesar del tiempo que pasó, se mantienen bastante crocantes.

Bajo al departamento de Mariano. El teléfono está sonando, pero cuando voy a atender me acuerdo de que el inalámbrico está roto. No entiendo cómo puede sonar un teléfono que no funciona, hasta que me doy cuenta de que lo que suena es un celular. Sigo el sonido hasta el cuarto de Mariano.

El aparato está en la mesita de luz, junto con un paquete de cigarrillos. Mariano fuma a escondidas desde los nueve años. Mis padres nunca se enteraron.

Mi padre se murió sin saber nada, mi madre vive y todavía no sabe. Atiendo el celular.

-¿Hola, Mariano? -dice una voz de mujer.

No.-No, Diego..

-Diego, soy Noemí.

-Noemí es la novia de mi hermano.

-Ah, Noemí... No te asustes. Mariano tuvo un accidente. Salió de la ducha con el inalámbrico en la mano, abrió la heladera mojado y la descarga eléctrica lo disparó contra la mesada de mármol de la cocina.

Está en coma.

Noemí se queda callada. Le pido disculpas por

corta sin despedirse.

ser tan brusco, le doy el nombre de la clínica, y vuelvo a la clínica. En el taxi aprovecho para hacer unos llamados. A mi madre, que no encuentro, en el contestador dice que está haciendo un tour: y a uno de los socios de Mariano, que se muestra muy preocupado y dice que mañana a primera hora va a pasar por la clínica. Entro en Terapia Intensiva. Le dejo a Mariano el celular y los cigarrillos en la mesita de luz que hay al lado de su cama. Mí hermano y yo nunca tuvimos mucho que ver.

Mariano fumó toda la vida a escondidas de mis padres. Es un fumador compulsivo. Una vez le descubrieron un paquete de cigarrillos en el saco y dijo que eran míos. Como él era el mayor, yo ni siquiera me molesté en defenderme. Más adelante negué todo, pero Mariano nunca quiso reconocer el engaño. Antes de la muerte de mi padre, mi madre cada tanto me llamaba "vicioso", como al pasar. Mi padre murió creyendo que yo fumaba a escondidas y lo negaba.

Mariano siguió fumando toda la vida y mis padres nunca se enteraron. Durante veinte años mi padre fumó tres atados por día. El día que descubrieron que tenía cáncer de pulmón abandonó automáticamente el cigarrillo y empezó, junto con mi campaña global antitabaco. En mi ca y en la ferretería el cigarrillo estaba absolutamente prohibido. A una novia de Mariano que Fumaba y espantaron en menos de una semana. Mariano siguió fumando a escondidas. Desde muy chico uso todo tipo de perfumes y colonias para tapar el olor del tabaco. Otra novia que tuvo, Laura, nunca pudo aceptar que él les mintiera a sus padres. Me acuerdo que una vez le dijo delante mío: "Sos la mitad de una persona". A Mariano no le importó demasiado.

Mi madre vivió la muerte de mi padre como una liberación. Supongo que es algo más o menos frecuente cuando la agonía es lenta y larga. Unos días después del entierro se anotó en un gimnasio y empezó a fumar como una chimenea. Al poco tiempo vendió la casa y disolvió la familia. Cada semana aparecía con un peinado diferente; cambió su ropa de ama de casa por vaqueros y camisolas de colores, empezó a estudiar pintura, y en menos de un mes nos anunció que tenía intenciones de hacer carrera en el mundo del arte. Al principio Mariano y yo no lo podíamos creer, nos parecía una caricatura. Pero no tardamos mucho en acostumbrarnos.

Pasan dos semanas. Mariano sigue en coma. En vez de cincuenta/ cincuenta ahora los médicos dique las chances son sesenta/cuarenta; sin embargo, no lo sacan de la sala de Terapia Intensiva.

Noemí, la novia de Mariano, nunca apareció por inclínica. A pesar

de que varias veces la volví a Itamar, en la casa siempre me dicen que no está.

Según el contestador de mi madre ella sigue en un tour. Los gastos de internación de Mariano no resultan un problema; se los cubre su plan de medicina prepaga.

Cuando murió mi padre, tres años atrás, nos dejó ciento veinte mil dólares que tenía ahorrados, además de la ferretería y la casa adonde vivíamos. A mi madre le tocó la mitad de ese dinero; los otros sesenta mil los dividimos en partes iguales entre Mariano y yo. Pusimos la casa de Wilde en venta y con lo que nos dieron compramos tres departamentos en el centro, uno para cada uno. La ferretería se alquilo a una gente del interior que tenía la estrategia de ir acercándose de a poco a la Capital.

Mariano fue el único que se ocupó de multiplicar su parte de la herencia; hizo de la especulación y la reinversión su política. Compró y vendió acciones, terrenos, bonos, licencias de empresas extranjeras, participó en licitaciones y puso con otros socios un restaurante en el microcentro.

Mi madre tiene la mitad de su dinero prestado en hipotecas: esto le da un dinero por mes. Además, cobra el alquiler de la ferretería y tiene su propio departamento.

Yo, en cambio, no veo la hora de que se acaben mis treinta mil dólares. Estudio derecho y no trabajo.

Abrí una cuenta en un banco y me gusta ver cómo mi dinero disminuye cada día, sin remedio. Cuando esa cuenta quede en cero pienso poner el departamento en venta, alquilar algo, y terminar de dilapidar la herencia. Quiero que se haga humo, que desaparezca. Sé que solamente el día que haya liquidado el último centavo de mi familia, sólo ese día, voy a empezar a vivir el futuro. Hay algo que tengo muy claro: no se puede edificar una vida a partir de una fortuna amasada por otro; tengo que construir yo mismo una base sólida para mi vida. Apenas termine con todo voy a buscar un trabajo; soy consciente de que tal vez no me resulte fácil, pero uso ese vértigo como estímulo. Estoy contento de no tener un cronograma para los próximos años. A veces pienso que todo este razonamiento no es más que una fantasía; se lo comenté a un amigo, que me dijo que había leído en alguna parte que todos necesitamos una fantasía para seguir viviendo. A lo mejor esa es mi fantasía.

Cada tanto visito el departamento de Mariano, como si pudiera existir alguna otra pista que confirme o contradiga mi teoría sobre el accidente. Es martes, son las cuatro y media de la tarde, y hace bastante calor en la ciudad. El departamento de Mariano es fresco, tiene techos altos y muy buena cir-culación. Es un departamento

antiguo que un amigo suyo arquitecto refaccionó con muebles de última generación. Entro a la cocina y, en el piso, en el lugar adonde cayó fulminado Mariano, me imagino el trazo del contorno de su cuerpo dibujado con tiza blanca. Cuando estoy a punto de abrir la heladera me da la impresión de estar por vivir un segundo de la vida de Mariano. borois

-Mi mano se detiene justo a tiempo. Me siento un poco mareado y tardo en volver a ser consciente de que son mis pies los que pisan firmes el piso de la cocina.

Ahora sí, puedo buscar agua fría. Cuando cierro la heladera, veo que en la puerta, pegados con un imán, hay tres cupones que forman una parte del nombre de un supermercado. El domingo pasado vi la publicidad en los diarios a toda página: es una promoción en la que tenés que juntar cuatro cupones y te ganás un Ford Fiesta.

Para ir al supermercado tengo que tomar dos colectivos; el calor es agobiante y resulta ser una hora y cuarto de viaje. Queda en la Panamericana; no entiendo por qué Mariano hace las compras en ese lugar. Agarro un changuito y hago una compra grande; tengo un billete de cien pesos en el bolsillo. Gasto noventa y cuatro con cuarenta. La cajera me da un cupón y cuando lo raspo hay un dibujo de una carita triste. Le pregunto a una chica de uniforme qué significa; me dice que la carita está triste porque no participa en el sorteo del Ford Fiesta.Dejó las bolsas en un locker, agarro otro changuito, y vuelvo a entrar. Esta vez compro solamente un perfume unisex con la marca del supermercado; me queda poco dinero. Raspo y me toca una carita sonriente. La chica de uniforme está detrás mío y mira lo que hago.

-Esta carita está sonriente porque ella sí participa del sorteo del Ford Fiesta -me dice con una sonrisa. Pero me doy cuenta de que la sílaba que figura en el cupón ya la tengo. Es la tercera sílaba del nombre del supermercado. A mí sólo me falta la cuarta, que es la última.

Guardo el perfume unisex en el locker junto con el resto de mi compra y vuelvo a entrar al sector de ventas. Me quedan apenas tres pesos en monedas; decido comprarme un yogur. Igual agarro un changuito. No sé por qué, pero desde chico tengo la impresión de que alguien que entra en un supermercado cado sin changuito se convierte automáticamente en sospechoso.

De vuelta de la góndola de los productos lácteos tengo que pasar por la de los productos de limpieza para llegar a la caja, y escucho que alguien me llama:

-Diego.

Me doy vuelta. Es Noemí, la novia de Mariano.

Está con un tipo musculoso de musculosa negra. Me da un poco de vergüenza que vean mi changuito con apenas un yogur descremado. Noemí es de zona

Norte y siempre fue prejuiciosa con respecto a nosotros por el solo hecho de haber vivido en zona Sur.

-¿Cómo está Mariano? -me pregunta. El tipo musculoso la agarra de la mano apenas pronuncia el nombre de mi hermano.

-Sigue en coma. Hoy estuve en la casa y en la cocina me pareció ver en el suelo el dibujo de su cuerpo hecho con tiza blanca.

-Como en los videos de Chuck Norris -dice el tipo musculoso.

-Qué horror -dice Noemí con cara de pánico, y le pellizca el brazo.

-Sí, es esa imagen -digo yo. Y paso a exponerles mi teoría sobre el accidente: la ducha, el inalámbrico, la toalla atada a la cintura, la descarga eléctrica fulminante, el impacto, la contusión, el coma súbito.

-Los médicos dicen que no va ni para atrás mi para adelante -termino.

para vos quedamos los tres unos segundos en silencio, un poco impresionados, hasta que finalmente Noe. mí decide presentarme al tipo que viene con ella.

-Diego es el hermano de Mariano -dice.

-Ah -dice el tipo musculoso, y le acaricia la nuca, como si temiera que el golpe se lo hubiera dado ella.

-Y él es Leandro, pero le dicen Lele. ¿Estás participando de la promoción? -me pregunta Noemí.

No sé qué contestarle. Tengo dos cupones en la mano, uno con la carita triste y otro con la carita sonriente, eso me delata. Además, tengo tres caritas sonrientes en el bolsillo del pantalón. Igual digo que no, tengo miedo de que los cupones de Mariano en realidad los haya juntado ella y me los reclame. Le digo que estoy apurado, agarro el changuito, le doy un beso de despedida a Noemí y la mano a Lele, el tipo musculoso. En la cola de la caja veo que, en mi changuito, en vez del yogur descremado, hay miles de productos que no seleccioné, y me doy cuenta de que en el apuro por irme agarré el de Lele y Noemí. Ya no sé qué hacer. Me los imagino a los dos paseando mi yogur descremado por las góndolas del supermercado como si fuera un bebé. No voy a dar marcha atrás, pero tampoco puedo revisar sus compras y seleccionar algo barato. No me gusta ser indiscreto. Finalmente decido pararme adelante del changuito y hacer como que no es mío. Agarro una caja de cubitos de caldo de gallina de uno de los exhibidores que hay al lado de la caja, pago, y la cajera me entrega un cupón. Lo

raspo. Carita triste.

Decepcionado, sin saber qué hacer, voy camino a mi locker, cuando veo que una señora deja caer al suelo, despreocupada, un cupón del sorteo, intacto, sin raspar. Lo levanto inmediatamente, y me doy cuenta de que el tacho de basura que está al lado de las puertas de salida que dan al estacionamiento está lleno de cupones sin tocar.

Entro al baño de hombres, me encierro en una de las cabinas, y empiezo a raspar compulsivamente: carita sonriente: segunda sílaba; carita triste; carita triste; carita triste; carita sonriente: primera sílaba; carita sonriente: tercera sílaba; carita triste; carita triste; carita triste; carita triste; carita sonriente: primera sílaba; carita triste; carita triste; carita triste; carita sonriente: ¡cuarta sílaba!

Ya tengo el nombre del supermercado completo.

Me acerco a una chica de uniforme y carita sonriente, le muestro los cupones ganadores y le reclamo mi premio. Ella me felicita, me dice que ahora puedo participar del sorteo por un Ford Fiesta, y me da un sobre y una ficha. Lleno la ficha con mis datos personales la meto junto con los cupones adentro de sobre, y la chica me señala una urna gigante de dalico transparente al final del pasillo para que lo deposite.

Adentro de la urna hay otra chica con el uniforme del supermercado que cada tanto revuelve y hace girar miles de sobres idénticos al mío; jamás deja de sonreír. El único orificio para que respire es la ranura donde se depositan los sobres. Estoy a punto de meter a mío cuando veo a Lele y a Noemí que vienen por el pasillo con el changuito tan cargado que tienen que empujarlo entre los dos. No tengo manera de evitarlos. Nuestras miradas se cruzan en el momento en que estoy metiendo el sobre adentro de la urna Sin detenerse, Noemí me pregunta al pasar: "Por quién votaste?", al mismo tiempo que Lele me guiña un ojo. Yo sonrío como si me estuvieran sacando una foto y oigo la voz de la chica de uniforme que está adentro de la urna que me dice:

-¡Mucha suerte, sortea mañana!

La voz suena amortiguada por la cantidad de sobres y las paredes de acrílico. Me voy a mi casa lleno de esperanzas; me duermo al lado del teléfono.

Me despierto y el teléfono sigue mudo. Miro la ficha; la conexión está bien hecha. En ese momento en el locker del supermercado. La de los noventa y cuatro pesos con cuarenta y el perfume unisex. Los cubitos de caldo de gallina los tengo en el bolsillo del vaquero. Me visto y paso por la facultad; tengo que averiguar sobre mis exámenes. Cuando termino el trámite, consulto mis mensajes desde la calle. Ni noticias del supermercado. No quiero volver a mi casa; sé que no me movería de al lado del teléfono.

Decido pasar la tarde en lo de Mariano.

Me cruzo con el portero en la entrada. Me pregunta por mi hermano. Le digo que sigue estable.

Parece aliviado. El departamento está igual a la última vez que lo dejé. Todavía viene la señora que limpia; deja todo brillante y ordenado. Me pregunto si el fantasma de mi hermano seguirá viviendo ahí; un cuerpo sin materia deslizándose por las habitaciones de un departamento antiguo, refaccionado y fresco, con muebles de última generación.

Vuelvo a mi casa al atardecer. Hay un mensaje en el contestador automático. Lo escucho con ansiedad.

Una voz femenina me pide que me comunique con el supermercado, y deja un número de teléfono. Mi corazón late a toda velocidad. Marco el número del supermercado. La voz de una computadora me dice "Un momento por favor" y me pone una musiquita que dura una eternidad; creo que es la música de La guerra de las galaxias. Finalmente atiende una mujer; con voz temblorosa le explico que recibí un mensaje de ellos y supongo que es por el sorteo. Me pregunta el nombre; se lo digo, me hace esperar un tiempo que parece un siglo y cuando reaparece en la línea me dice:

-Lo felicito, se ganó una remera. Puede pasar a retirarla por el supermercado entre las ocho y las veintiuna, de lunes a sábados. Los domingos de nueve a dieciocho.

En vez de un auto, una remera. Por un segundo mi corazón se detiene y después sigue latiendo.

Decepciones como ésta podrían provocarme una arritmia permanente, pienso.

-¿Cómo es la remera? -le pregunto, intentando recuperarme.

-Blanca, con el logotipo del supermercado en la parte de adelante. Algodón cien por ciento. Lo esperamos dice, y reaparece la música de La guerra de las galaxias. Corto.

Jamás saldría a la calle con una remera con el logo de un supermercado, pero puedo usarla para dormir. Igual tengo que ir a buscar la compra que dejé en el locker. Dudo si tomar unos calmantes que le robé a Mariano del botiquín de su casa. Decido no tomarlos y bajo corriendo las escaleras sin entender mi ansiedad.

Llego al supermercado, subo a la administración, muestro mi cupón en un mostrador y todos los empleados sonríen, me felicitan, me dan palmadas en la espalda.

-Acá está Duchansky, jefe.

Aparece el gerente y me dice:

-Qué suerte que viniste, por un segundo tuvimos miedo de lo peor.

-Duchansky, ponéte contento. Hubo un error.

Humano, no es culpa de la computadora.

-El humano soy yo -dice una empleada-. Te leí mal el resumen; me equivoqué en la alineación.

-Vos te ganaste el Fiesta. La remera se la ganó

Durán. ¿Trajiste algún documento?

-Sí -digo, y le doy el DNI.

Una chica que está sentada detrás del mostrador se levanta y se desliza hacia mí. Tiene los ojos llorosos.

-Yo soy Durán.

Veo que tiene puesta una remera con el logotipo del supermercado y en los pies un par de rollers.

Después de más felicitaciones me entregan las llaves del auto y los papeles. Está en el estacionamiento del supermercado, pero hay un problema; yo no manejo.

Durán me dice que ella tiene registro y puede llevar el auto adonde yo quiera. Pero antes retiro mi compra del locker; no todo lo que compré está en buen estado.

Sacamos el auto del supermercado. Durán me pregunta qué hago.

-Estudio -le digo.

Ella también es estudiante de peluquería.

-Me paso la tarde peinando pelucas. Les separo los mechones y les hago trencitas con boulettes, por ejemplo. Nunca cortamos, es muy difícil que un cliente quiera cortarse con alguna de nosotras, y no podemos graduarnos hasta que no le cortamos a alguien. Las pelucas no las podemos cortar, no nos dejan, son de nylon, ellos dicen que cuestan una fortuna. Y sin corte no hay título.

-¿Por qué no le pedís a algún familiar?

-La mayoría de las chicas traen a la mamá o al novio, pero mis padres y mis amigos no están de acuerdo con que sea peluquera. Me hacen la contra, no les gusta el ambiente.

Buscamos un garaje cerca de mi casa y alquilo una cochera por todo el mes. Durán se vuelve a poner los rollers, me saluda, y se aleja deslizándose por el pavimento.

Un par de días después me miro al espejo me veo con el pelo largo y desordenado. También me doy cuenta que todavía tengo el auto estacionado en el garaje adonde lo dejó Durán y ni siquiera puedo ir a dar una vuelta. Decido ponerme en contacto con ella. Pienso que es la oportunidad perfecta para que mi Fiesta se ablande y Durán se reciba de peluquera, pero cuando busco sus datos, me doy cuenta de que nunca me los dio.

Abro la guía telefónica y busco "Durán", pero hay demasiados y ni siquiera sé su primer nombre, así que arranco la hoja en donde figuran las Academias de Peluquería de las páginas amarillas. Las recorro una por una, es un trabajo agotador porque son muchas y no puedo usar el

auto. En cada una pregunto por Durán; nadie parece conocerla. Mi intención es que ella y sólo ella me corte el pelo. Me necesita para poder graduarse y yo necesito un corte de pelo. Al final del día maldigo mi altruismo y vuelvo a mi casa vencido.

Al día siguiente es sábado y mi tío me invita a su casa en Wilde. El calor en la ciudad es insoportable, el pavimento se derrite y acepto la invitación. Mi tío me lleva a la tumba de Valeria. La hicieron en el jardín, debajo de un árbol al que nos trepábamos

Mariano y yo cuando éramos chicos. A los diez años jugábamos a que teníamos una casa en las ramas como todos los chicos de esa edad que tienen un mínimo de contacto con la naturaleza, supongo. Fumaba sin parar ahí arriba y yo tenía miedo de que incendiara las ramas.

Mi tío me pregunta cómo está Mariano.

-El médico dice que ahora hay un mayor porcentaje de probabilidades le digo. Setenta/ treinta

-Supongo que eso es bueno -dice mi tío.

Salimos los dos a pasear; el pavimento de las calles sigue igual de arruinado, pero hay algunas casas nuevas de ladrillo a la vista, como en las telecome dias de la noche. Todas las familias parecen felices. Sin darme cuenta llegamos a la casa de mis padres. Miro el piso de arriba, la ventana que da a la calle era la de mi cuarto. Las cortinas están corridas, no veo señales de vida. No hay gente, sólo un auto estacionado. Un Fiat, modelo viejo; no puedo acordarme de qué coche teníamos en la época en que vivíamos en esa casa volviendo a lo de mi tío vemos al doberman que mató a Valeria.

-Es él -dice mi tío.

-¿Qué? pregunto yo.

-El doberman que mató a Valeria.

Mi tío saluda al dueño, se acerca y acaricia al perro. Me pregunto cómo se puede querer así aún asesino. Mi tío se está volviendo loco.

Mientras nos alejamos me explica que el dueño del doberman es el tipo que nos compró la ferretería y me pregunta si no quiero pasar por ahí para ver las reformas que hicieron; dice que ahora es un lugar mucho más funcional. En una de las vidrieras pusieron un exhibidor para exponer los aparatos que venden por televisión: desde herramientas multiuso hasta quitamanchas que nunca fallan y guantes para sacarles los pelos a los perros mientras uno los acaricia.

-No se puede acariciar al asesino de tu perra -le digo-. Con ese criterio habría que acariciar a los torturadores de todos los campos de concentración del mundo.

-Valeria también era una asesina -me dice mi tío-. Había que tenerla encadenada y con bozal.

Desde que me la dejaron en casa mató dos perros más.

-Estaba entrenada para matar -le digo-. Mariano la entrenó en secreto.

Mi tío no dice nada, pero a las dos cuadras vuelve a preguntar si quiero pasar por la ferretería. No entiendo la lógica de la gente como él. No quiero llegar a la edad de mi tío.

En una academia de peluquería de Villa Crespo finalmente me atiende un travesti. Me pregunto si será judío; tiene arriba de cuarenta y me hace acordar a una profesora de geografía que tenía en la secundaria. Me acerco a hablar con él; le preguntó por una alumna que anda en rollers.

-Tengo una chica que estudia conmigo que viene en rollers-me dice. Va siempre a patina

atrás de la Facultad de Derecho.

No sé cómo no lo pensé antes. La calle que hay detrás de mi facultad es el lugar de reunión de todos los rollers de la ciudad. Los veo los días que tengo clases con una mezcla de asco y envidia. Esos movimientos, esa música.

Tomo un colectivo hasta la facultad. Es sábado a la tarde y el lugar está repleto de gente. Me abro paso entre grabadores, saltos, cuerpos que hacen figuras en el aire y después aterrizan como aviones en pistas de asfalto. Hasta que la encuentro. Hay un grabador gigante en el suelo. Seis chicas en rollers bailan alrededor y una de ellas es Durán. En vez de la remera del supermercado ahora tiene puesta una de todos los colores con una inscripción que dice "Beach, Summer, Fun". Sé que es mucho más difícil acercarse a una chica que uno ya conoce que a una desconocida, y la miro desde lejos durante un largo. En una especie de trance las seis dan vuelos en círculo alrededor del aparato de música, como si fuera un objeto de adoración en una cultura primitiva. Reconozco en estos círculos la construcción de un mundo perfecto y cerrado del que me siento excluido. Todo ese sudor en función de una abstracción, pienso; no sé si alguna vez voy a poder entrar en ese mundo.

Por primera vez en mi vida entro en una casa de deportes. Hay joggings y aparatos de gimnasia por todas partes. Me compro un par de rollers, unos shorts de lycra que se pegan al cuerpo, una radio walkman "Sports", antiparras para evitar que los bichos y el smog me entren en los ojos, y una vincha para que mi pelo largo y desordenado no caiga sobre mi cara. Todo esto, aconsejado por un vendedor que parece muy serio. A pesar de mi compra, sigo manteniendo la convicción de que el deporte seca el cerebro. Durante muchas noches practico con los rollers en el garaje adonde tengo estacionado el auto.

El sereno no tiene problema. El escucha la radio, yo patino. Esquivo los coches y las motos estacionadas.

Doy vueltas alrededor de mi Ford Fiesta paralizado. Me cuesta

bastante mantener el equilibrio; es todo un aprendizaje. Practico patinar para adelante primero y después para atrás. Esto me lleva casi tres semanas. El sereno y yo cenamos juntos todas las noches, pizza, empanadas o milanesas a la napolitana que pedimos en la rotisería de la esquina; siempre pago yo, lo considero el derecho de pista. Semanas más tarde, otro sábado, ya me siento preparado y vuelvo a la calle detrás de la facultad. Para entrar en clima voy patinando desde mi casa. Apenas llego distingo el grabador gigante y las chicas que dan vueltas alrededor. Esta vez el grupo es más grande. Son entre doce y quince patinadoras hipnotizadas Durán sigue con la remera "Beach, Summer, Fun" Yo tengo puesto el equipo completo: shorts de lycra, walkman "Sports", antiparras, y vincha. Entro en la ronda sin dificultad y me mezclo con ellas. Patino alrededor de la música haciendo esfuerzos para que Durán me note, pero estoy siempre detrás de ella y es muy difícil avanzar entre las chicas patinadoras

Durán mira hacia adelante y parece demasiado concentrada como para que en algún momento se dé vuelta y me vea. Así que decido pasar al interior del círculo y patinar hacia atrás; es la única manera de hacer contacto con ella. En la segunda vuelta que doy, Durán y yo cruzamos la mirada por primer vez, no sé si me reconoce. Durán va para adelante, yo para atrás. De esta manera, calculo ahora, nos es tamos alejando al doble de velocidad; pero como vamos en círculo, la velocidad con la que nos acercamos también se multiplica por dos, así que es le mismo. Me subo las antiparras para que en el próximo cruce a Durán le resulte más fácil ubicarme. Patinar hacia atrás, estar pendiente del encuentro con Durán, subirme las antiparras... no estoy acostumbrado a tantas acciones simultáneas y justo cuando voy a cruzármela por segunda vez me tropiezo, pierdo el equilibrio y me llevo por delante a una de sus amigas. Se produce un choque en cadena y cinco o seis patinadoras se van al suelo conmigo. Caemos en el asfalto; el de la casa de deportes tendría que haberme vendido algún tipo de protección, rodilleras, por ejemplo. Durán se acerca y me ayuda a levantar.

-Duchansky -me dice.

-Durán -le contesto.

Le sonrío y ella a mí, pero enseguida sigue patinando alrededor del grabador. Las demás chicas ya se incorporaron y otra vez forman parte del círculo. Yo estoy un poco dolorido y me siento en el pasto. Las miro bailar durante un rato. Después me recuesto y miro el cielo. Cierro los ojos. Me quedo dormido.

Cuando me despierto las chicas desaparecieron.

Durán está parada al lado mío cargando el grabador gigante. Yo todavía tengo puestos los rollers. Me los saco, siento un alivio tremendo en los pies, los uno atando los cordones de uno con otro, y

me los cuelgo del hombro. Le ofrezco a Durán llevar el grabador, es muy pesado, le digo. Ella acepta y caminamos hasta Libertador, donde cada uno va a tomar un colectivo diferente. Antes de despedirnos le ofrezco mí cabeza para que me corte el pelo. Ella dice que no vale la pena porque ya se graduó; lo convenció a su hijo Benjamín, que tiene ocho años. Me siento decepcionado, pero igual esta vez no me olvido de pedirle un número de teléfono para ubicarla.

Se ve que estoy un poco alterado por el deporte porque, en vez de ir a mi casa, me bajo antes del colectivo y voy a la clínica a visitar a Mariano. Me encuentro con el médico en el ascensor.

-¿Cómo está? -le pregunto mientras subimos.

Ahora parece que Mariano se puede morir en cualquier momento. En realidad, siempre se pudo morir en cualquier momento, me explica el médico, todo depende del orden de las cifras en los porcentajes: lo que antes era setenta/ treinta, ahora es treinta/setenta. "Doctor, cada uno de nosotros se puede morir en cualquier momento", le contestó. Bajo del ascensor y entro en el cuarto donde está internado Mariano. Le compré un paquete de cigarrillos y lo dejo sobre la almohada, aunque sé que la primera enfermera que pase por ahí lo va entregar en la sala de guardia para que algunos médicos novatos y aburridos se lo repartan, indiferentes del valor simbólico que tienen los cigarrillos en mi familia. Se van a fumar hasta el último mientras esperan el ingreso de algún paciente de urgencia cubierto de sangre, agujereado a balazos, fracturado, desgarrado a cuchilladas. En la mesita que hay al lado de la cama todavía está el teléfono celular de Mariano.

Salgo al pasillo; hay una chica que mira hacia afuera por la ventana. La identifico, a pesar de que está de espaldas. Es Laura, una de las novias de la adolescencia de Mariano. En uno de los asientos azules del pasillo está sentado un hombre de unos sesenta años, que también me parece familiar pero no reconozco. Me acerco a saludar a Laura.

-Hola dice.

-Hola.

-No te acordás de mí, ¿no?

-Laura.

-Sí. Hasta hace unas semanas estaba viviendo en Canadá; justo ahora tengo que volver... Las casualidades son muy tristes.

-Sí, me imagino.

-Me separé. ¿Tu hermano se había casado?

-No.

¿Novia?

-Ya no tiene.

-Ajá. Te quiero decir que podés contar con nosotros para lo que sea. Sé que las cosas no andan del todo bien en el país. Papá acaba de comprarse una estación de servicio y si necesitás trabajo.

-Gracias, pero por ahora no.

-Bueno, por lo menos sabé que podés contar con eso. ¿Te acordás de mi papá, no?

El hombre que estaba sentado se para y se acerca a saludarme.

-¿Cómo le va, tanto tiempo?

-Qué macana más terrible-dice.

Vamos a ver qué pasa.

-Hay que hacer fuerza. Hablamos con el médico, hay que ver, hay que esperar. Bueh. Laurita, yo los dejo, tengo cosas que hacer.

-Chau, pa.

El padre de Laura se aleja por el pasillo blanco.

-No puedo creer que seas el mismo Diego. Estás igual.

-Vos también -le digo.

-Me divorcié y tengo una hijita canadiense. El papá se quedó allá. Conoció a una peruana y se enamoraron. Yo estuve saliendo con un hindú durante cinco meses. Satish. Ahora estoy embarazada.

Se toca la panza. Veo que es cierto.

-Vine a tener mi hijo en la Argentina. Hubiera querido poder venir con Satish, pero no se dio.

-Lo siento mucho.

-No, no es nada.

-Bueno, Laura...

-Sí, entiendo, tenés la cabeza en otra cosa. Qué pena que no me cruzo con ninguno de los amigos de Mariano de la adolescencia. Estoy recién llegada y quiero volver a conectarme. Siempre es mejor un encuentro casual alrededor de una circunstancia como ésta, que une, a una llamada telefónica cualquiera. Nunca sabés cómo vas a caer.

-Claro.

-Me acuerdo que una vez le dije a Mariano que era la mitad de una persona porque no les decía a sus padres que fumaba -saca un paquete de cigarrillos de la cartera y me ofrece uno. ¿Vos fumas?

Sé que no fumo, jamás en mi vida fumé, pero por un motivo que no conozco acepto el cigarrillo que me ofrece Laura.

-Yo no debería, en mi estado.

Saca una cajita de fósforos y enciende los dos cigarrillos.

-Viéndolo como está ahora pienso qué bestia fui. Si antes era el cincuenta por ciento de una persona, ¿ahora qué es? ¿Un tercio? ¿Un cuarto? ¿Un pedacito? ¿Qué mitad? ¿El cuerpo? ¿La mente? ¿La

voluntad? ¿La infancia y la adolescencia...? ¿La mitad de arriba o la mitad de abajo?

Aspiro el humo de mi primer cigarrillo; las reflexiones de Laura empiezan a darme vueltas en la cabeza. Me marean, hacen que pierda equilibrio, ¿qué porcentaje de uno es el equilibrio?, y me agarro de la pared para no caerme. Laura me ayuda a sentar en uno de los asientos tapizados de azul que hay en el pasillo blanco de la clínica. Ella sigue hablando. Doy otra pitada y trato de escucharla. Después de la clínica, en vez de volver a mi casa voy a lo de Mariano; tengo sus llaves junto con las mías, en el mismo llavero. Abro el botiquín del baño.

Busco algún calmante pero no encuentro ninguno; me los llevé todos hace un par de semanas. Me siento sucio por el día de deporte, todavía tengo puesto el short de lycra, y decido darme una ducha.

Cuando salgo del baño completamente mojado y apenas envuelto en una toalla, voy a la cocina descalzo y abro la heladera. No me da ninguna patada.

Intento tirarme con fuerza hacia atrás y pegarme la nuca contra la mesada de mármol; para lograrlo me concentro y pienso en el impulso ciego que tengo que tomar cuando patino para atrás. Pero finalmente resulto un cobarde. Me seco y, como mi equipo de roller está sucio, me visto con ropa de Mariano: pantalones azules pinzados, mocasines marrones, y remera Lacoste bordó.

La ropa siempre fue un tema entre Mariano y yo. El usó toda la vida remeras y buzos con inscripciones de universidades norteamericanas, por ejemplo, y le gusta hacer ostentación con las marcas. Yo, en cambio, desde que pude elegir por mí mismo, me basé en un solo principio para vestirme: uso ropa que dice únicamente lo que es. Si me pongo un buzo, quiero que mi buzo le diga a la gente, "¡Yo soy un buzo!"; nada más. Una remera mía (sea lisa, o a rayitas) no tiene por qué andar cantándole al mundo que tengo dinero y gusto como para comprar una marca determinada, o que estuve en Cancún, París, o Tel Aviv. Siempre fui enemigo de la vanidad y la indiscreción. Cuando vivíamos en la misma casa, la ropa de Mariano y la mía nunca se confundían; cada uno guardaba la suya en placares separados y no había posibilidad de error, mezcla, o cambio. En ese sentido, mi hermano y yo nunca fuimos como los demás hermanos.

Ya en la calle no soporto más mi pelo; desde que noté que lo tenía largo y desordenado pasó casi un mes y ahora está todavía más largo y más desordenado, así que me dirijo a la Academia de Peluquería de Villa Crespo y le pido al travesti que me corte bien cortito y me deje una cresta. Me sorprendo al escucharme, pero lo digo con tal seguridad que no lo pienso dos veces. Tal vez es un impulso inconsciente para contrastar con la formalidad de la ropa de Mariano. El travesti sigue mis instrucciones; cuando termina, me pregunta si

quiero la cresta teñida de algún color. Le digo que por ahora no. El me explique para que la cresta conserve su forma puedo llevar un producto que tiene para venderme. Pero me aclara que también hay una fórmula casera que es igual de buena y mucho más económica: huevo batido estacionado un par de días. "Es lo que usaban los antiguos punks", me explica. Decido no comprar el producto y le pago cinco pesos por el corte porque es instructor. Los alumnos cobran un peso, apenas.

En mi casa me hago dos patys y abro una lata de arvejas. Cuando termino de comer, quemo los shorts de lycra en la hornalla de la cocina. El olor a sintético chamuscado invade el ambiente; supera al de los patys a la plancha. El aire del departamento se hace irrespirable. Decido salir a la calle hasta que el lugar se ventile.

La temperatura aumenta en los días que siguen.

A pesar del calor, visitó a Mariano muy seguido. Y cada vez que entro en la clínica me encuentro con Laura, apostada en la puerta de su cuarto, como si estuviera preparada para ser la primera que lo salude en cuanto vuelva a abrir los ojos.

Ahora tenemos más tiempo para charlar y Laura me explica que su padre fue a visitarla a Canadá y se la trajo de vuelta a Buenos Aires. Está obsesionado con que de una vez y para siempre ella encuentre estabilidad en su vida y cree que únicamente va a poder conseguirlo si se casa con un judío.

-Mi primer marido era protestante y el matrimonio terminó en divorcio, me dejó por una peruana. Después me junté con Satish, y la cosa tampoco funcionó... En fin... Mi papá está un poco ansioso, dice que si sigo así no voy a conseguir encontrar mi estabilidad.

Laura y su padre pensaron que lo mejor para ella era volver a la Argentina. En Buenos Aires iba a tener más chances de casarse con un judío.

-En un principio él pensó en mandarme directamente a Israel, pero lo descartamos enseguida porque seguramente iba a terminar enganchándome con un palestino.

Nada de lo que cuenta Laura tiene demasiada lógica pero tengo un amigo que dice que las cosas que pasan en el extranjero son casi siempre increíbles.

-¿Y en Estados Unidos? -le pregunto. Ahí está lleno de judíos.

-Sí, pero también hay mucho de todo.

El papá de Laura se hizo millonario con una fábrica de gelatinas dietéticas en polvo; con la llegada de las multinacionales al negocio de la alimentación se vio obligado a vender la fábrica y diversificar sus inversiones. Según Laura, a pesar de que ahora tiene algunas firmas más chicas, su padre se siente un patrón sin obreros, un jefe sin nadie a quien manda, por eso empezó a ocuparse tanto de su estabilidad

Cuando doy la última pitada al cigarrillo que me dio Laura, me doy cuenta de que ella también está a punto de terminar el suyo.

2

Ya a principios de diciembre, a la salida del subte de Tribunales, encuentro una billetera tirada en el suelo. Adentro hay cien dólares, una tarjeta de teléfono, y la credencial de una mujer policía. Inmediatamente tiro la billetera en un tacho de basura, me guardo la credencial en el bolsillo, y uso la tarjeta de teléfono para invitar a Durán a salir con los cien dólares. Mi propuesta es ir al cine y después a cenar. Ella acepta; puede dejar a Benjamin con su ex marido y tiene un diario cerca para decidir qué vamos a ver. A mí me gustan las comedias románticas y a ella las películas habladas. Como no hay ninguna película bailada en cartelera, vemos una comedia romántica.

Durán se aburre durante toda la película, hasta que aparece una escena donde la protagonista saca a bailar al tipo del que está enamorada su mejor amiga; el tipo es medio aparato y no le gustan ni el baile ni los deportes, pero la protagonista lo agarra de la cintura, lo hace girar por el aire y los dos dan un espectáculo increíble, sin efectos especiales. Se nota que ella es la que lo lleva a él, y mi identificación con el personaje masculino hace que me sienta humillado; yo también odio los deportes y tampoco sé bailar. Después de esa escena la película sigue su curso normal. En un momento determinado me doy cuenta de que Durán se quedó dormida; tengo que acercarme un poco más para comprobarlo y noto que ella y yo usamos el mismo perfume. Siento atracción y rechazo al mismo tiempo. Es el perfume unisex que compré en el supermercado.

Durante los títulos finales la gente empieza a levantarse, enciende cigarrillos y camina hacia la salida. Le doy un golpecito en el hombro a Durán para despertarla. Ella se despereza un poco, pregunta '"Terminó?', saca un paquete de cigarrillos de la cartera, y me ofrece uno. Acepto sin dudarlo. Miramos los títulos finales de la película con un cigarrillo en la boca cada uno.

Después del cine vamos a cenar y conversamos sobre varios temas. Ella me cuenta que está divorciada. Gabriel, el padre de Benjamín, la dejó hace tres años por un jugador de fútbol profesional. Unas semanas atrás una amiga la llamó por teléfono para preguntarle si su ex marido no era uno de los participantes de un programa de televisión de esos en los que cada día se trata un tema polémico diferente. Ese día el tema era "Hombres que dejan a sus mujeres por otros hombres". Durán sintonizó el canal; era él.

Estaba de espaldas y tenía puesto un sombrero con motivos

peruanos para evitar ser reconocido por la audiencia. Según Durán, su relación con Gabriel no podía ser mejor, pero dice que por televisión igual se enteró de muchas cosas de su historia de las que no tenía la menor idea.

Yo le cuento algunos de los hitos de mi vida: la muerte de mi padre, mi herencia y mi decisión económica de dilapidarla día a día; mis estudios de Derecho; la situación de mi hermano y mi teoría sobre su accidente. También le planteo el dilema que se me presenta con el Fiesta que gané en el concurso.

Tres de las cuatro caritas sonrientes las junto Mariano; yo junté solamente una. Por lo tanto, le digo, únicamente un veinticinco por ciento del auto es mío; el resto le pertenece a mi hermano.

Le pregunto cómo nació su pasión por los 10 dólares; me dice que fue cuando se ganó los suyos en un concurso organizado para la promoción de una gaseosa. El primer premio era un viaje a Disney. Yo me imagino al ganador del concurso que toma un avión en Ezeiza y después de muchas horas de vuelo aterriza en la espalda de Disney, congelado. Me pregunto cómo se puede viajar a una persona y pierdo el hilo de la conversación. ¿Una persona es un lugar? ¿Una ciudad es una persona?

Entre la cena y el cine liquidamos los cien dólares de la mujer policía, pero a pesar del estómago lleno y el espíritu animado nos sentimos un poco culpables; los sueldos de los policías son bajos y, además, la pobre mujer puede llegar a tener problemas serios con sus superiores, por lo menos habría que devolverle la credencial. Pero no hay dirección adonde llevarla, únicamente sabemos en qué seccional trabaja. Le preguntamos a un policía dónde queda; es en la otra punta de la ciudad. Para llegar ahí vamos a buscar mi Fiesta al garaje.

Durán maneja. Discutimos sobre el rol de la policía en la sociedad. Así como mi familia nos educó a Mariano y a mí fuera de la religión, desde muy chiquitos nos enseñaron que los policías eran malos; sin embargo, nunca nos dijeron nada sobre las mujeres policías. Siempre las vemos ordenando el (tránsito, dice Durán, y el uniforme parece más de azafata que de policía. Son las azafatas de la tierra, agregó Yo. Azafatas del tránsito, me corrige Durán.

Ahora aparecieron unas nuevas, le digo, más joven, con mejor cuerpo, todas usan una cola de caballo muy larga y andan en motos muy poderosas, como si fueran amazonas. Es una hora indeterminada y el color de la no. che tampoco es muy preciso. A veces es gris, otras e celeste, otras negro, otras transparente. Vamos por calles empedradas de barrios desconocidos y a Durán le gusta manejar haciendo coincidir las ruedas del Fiesta con las vías del tranvía. El ritmo monótono del auto me adormece. La noche ahora tiene el color de la niebla. Sin embargo, las vías brillan a la luz de la luna.

Llegamos a la comisaría y paramos el coche a una distancia prudencial. Durante un rato largo observamos con las luces del auto apagadas como si fuéramos agentes secretos. Entrar y preguntar por la mujer policía significaría un riesgo para nosotros;

dejar la credencial en la guardia sería un riesgo para ella. Decidimos volver al centro sin bajar del auto

Limpiamos las huellas digitales de la credencial antes de tirarla en un tacho de basura.

Horas más tarde, en mi casa, sueño que Mariano y yo somos soldados Viajamos en tren y nos quedamos dormidos. Soñamos con cosas diferentes, pero en los sueños nos comunicamos. Al lado de las vías hay alambre de púas. Detrás del alambrado, campos grises sembrados de trigo. Ahora tengo puestos los rollers y me deslizo por los rieles de la vía del tren.

Pero me desespero porque no quiero llegar al final del sueño, no quiero ver adónde me llevan esas vías, porque sé que terminan en Disney.

Dos días después mi madre me llama por teléfono. Está de vuelta de su tour por la Polinesia, Los Angeles y Nueva York, consiguió una oferta muy económica, y trajo collares de flores para todos. Lo primero que hizo en cuanto llegó fue visitar a Mariano en la clínica, yo hace un par de días que no voy, y me informa que, según el médico, ahora las probabilidades de que se salve son sesenta/ cuarenta.

-En fin, hay que tener fe -dice, sin mucha convicción.

-¿Fe? -le pregunto, recordando todos nuestros años de educación laica.

-Bueno, fuerza, esperanzas, eso.

Me cuenta que durante el tour, entre otras cosas, practicó jet-ski y se tiró en ala Delta, y nos damos cita para desayunar al día siguiente en un café de

Palermo Viejo.

Mi madre pide un cortado doble y yo un café con leche. Desde que no vivimos bajo el mismo techo nos encontramos siempre en lugares públicos; no nos vemos ni en su casa, ni en la mía, ni en la de Mariano. Solamente una vez, Mariano nos invitó a una cena para inaugurar su departamento recién refaccionado. También estaba Noemí, su última novia, la de zona Norte, pero la reunión fue un fracaso porque sirvieron pescado crudo. Mi madre se lo tomó como una ofensa personal y armó un escándalo.

-Me estás echando en cara todos estos años de milanesas y ravioles -le gritó a Mariano. Noemí se ocupó de consolarla. Le dijo que le hacía falta una descarga, un cable a tierra, y le explicó que las mujeres necesitaban tener la posibilidad de desdoblarse para poner de

manifiesto su otra cara, su otro yo.

De ahí lo del maquillaje le dijo.

Se habrá sentido psicóloga por un día. Creo que esa charla fue lo que decidió a mi madre a dedicarse a la pintura. Durante el resto de la cena el aire podía cortarse con un cuchillo. Igual, nos comimos todo el pescado crudo.

Apenas el mozo nos trae el cortado doble y de café con leche, mi madre abre la cartera, de la que asoma una bolsita de plástico turquesa. De la bolsita saca una rodaja de pan dulce y me la pasa.

Lo hice yo -me dice-, y saca otra rodaja para ella. Los dos comemos el pan dulce, anticipándonos a la Nochebuena.

Mientras desayunamos mi madre me cuenta cosas de su viaje, de los deportes aéreos y acuáticos, de los paisajes que la dejaron sin aliento, del océano Pacífico. Por un segundo envidio una parte de su vida, pero enseguida me lo reprocho mentalmente. No se puede envidiar la vida de los demás. Los demás no existen. De chico yo pensaba que era mogólico y que mis padres habían hablado con toda la gente que me rodeaba para que representaran una comedia y me hicieran creer que era igual a ellos. Creía que habían hablado con mi hermano, con mis compañeritos del jardín, con mis maestras, con los vecinos de la cuadra.

Por eso nunca me dejaban solo; por eso me llevaban de la mano a todos lados. No se puede envidiar a los padres: siguieron otros caminos; tuvieron una vida antigua. No hay ninguna posibilidad de envidiar tanta ingenuidad, tanta ignorancia, tanto desfasaje.

Reacciono y le pregunto a mi madre por las películas familiares en súper ocho que filmaba mi padre. Me dice que las quemó todas cuando fue la mudanza. Hizo un fuego en el jardín con las cosas que no quería volver a ver.

-Sabés perfectamente que odio los sentimentalismos. Carpe Diem. Si fuera intendente volaría al obelisco.

Me pregunta si tengo novia, le digo que no.

-¿Amiga?

Pienso en Durán, la nombro.

-Un día de estos los voy a invitar a comer a los dos; podemos hacer un picnic

Termino mi café con leche y mi pan dulce. Sin pensar en lo que hago, saco un cigarrillo del bolsillo enciendo, y tiro más de diez años de honestidad a la basura. De repente, sin proponérselo, construyó un puente a través del tiempo. En un extremo, el paquete de cigarrillos que mis padres encontraron en el bolsillo del saco de Mariano y que Mariano aseguró durante todos estos años que era mío; en el otro, este cigarrillo que enciendo hoy, en un café de Palermo Viejo, delante de mi madre, mientras Mariano sigue en coma. Sé que no hay dudas ni

atenuantes; le acabo de demostrar al mundo que el vicioso era yo. No importa que mi madre ahora fume como una chimenea, éste es un asunto que mucho más allá del humo. A sus ojos se comprueba la sospecha de que fumé a escondidas durante toda mi vida, y mi negativa sistemática a través de los años me convierte en el hipócrita más grande de familia. Espero su ataque frontal, no cierro los ojos, pero en vez de palabras hirientes saca ella también su propio cigarrillo, de color fucsia, y me hace un leve gesto pidiéndome fuego.

Ya es tarde a la noche y todavía no volví a mi Casa. Tengo un cigarrillo en la mano sin encender desde hace por lo menos quince minutos. Entro en un bar como si buscara fuego pero, en vez de preguntar, me siento en la barra y pido un whisky solo. Sigo tomando hasta que me echan. Ya son las tres de la mañana. Camino; me cruzo con un grupo de adolescentes que también parecen alcoholizados.

Me tiro contra la pared para evitarlos. Me miran como si estuviera loco.

Me paro a esperar un colectivo en una calle desierta. Sé que nunca va a pasar, y si pasa, sé que no lo voy a tomar. La calle tiene adoquines que reflejan las luces de los carteles luminosos. En el cordón de la vereda se acumula agua y se formó un canal. Hay latitas de gaseosa que lo navegan; a lo mejor llegan a dar una vuelta manzana completa mientras todavía sigo aquí. Las calles están desiertas. Ahora veo, a mi izquierda, una cuadra más allá, un chico que se acerca caminando por mi misma vereda. Me doy vuelta: desde mi derecha, a lo lejos, viene caminando una chica de pollera hindú. Mientras el chico se aproxima noto que usa una remera negra muy gastada que dice "No Fear", bermudas grandes y sandalias. Tiene el pelo cortado muy corto. Instintivamente me llevo la mano a la cresta que me hizo el travesti de Villa Crespo. La chica debe tener unos veinte años y usa anteojos.

Los dos llegan adonde estoy casi al mismo tiempo, cada uno por su lado. Se cruzan. Escucho que él la intercepta y le pregunta algo, no entiendo bien qué, pero es obvio que no se conocen. Empiezan una conversación a dos metros de donde estoy parado. Después se sientan en el escalón de la entrada de una casa. Ya no distingo si conversan o están en silencio. Podría ser un sueño. Un chico y una chica que no se conocen se cruzan a mi espalda y se ponen a charlar. Yo espero un colectivo que nunca llega.

Son cerca de las seis y media de la mañana y camino de vuelta a casa. Les toqué el timbre a varios amigos, y sólo uno me abrió. Primero nos quedamos charlando en la puerta de su edificio; no me hizo pasar. Me dijo que estaba con alguien, no le pregunté quién. Fuimos a un veinticuatro horas, compramos cervezas, y las tomamos en el hall de su edificio. Había unos sillones, una mesita ratona y una

lámpara de pie que simulaban un living. También fumamos cigarrillos. Nicolás no parecía tener ninguna urgencia por volver ante que saca un tiempo que no nos gamos. Le conté que seguía en la facultad, él mejor que ahora trabaja haciendo promociones de productos en la calle y en supermercados. No nos conocemos demasiado bien, pero no era la primera noche que pasábamos sin dormir. Hablamos de eso hasta que se hizo de día.

Lo único abierto a esta hora son algunos bares y una iglesia. Ya estuve en un bar, así que entro a la iglesia. Mis padres nunca fueron practicantes y Mariano y yo no hicimos bar mitzvah; no tenemos ningún tipo de prejuicio religioso. Una sola vez estuve en un templo; fue para el casamiento de un compañero del secundario. Me detengo antes de abrir las puertas que conducen a la nave central. Hay un cartel que publicita un curso para dejar de fumar. Entro a una oficina que hay a un costado y me anoto. El curso es los martes y viernes a las siete y media de la tarde.

Cuando llego a la puerta de mi casa el portero está baldeando la vereda y charla con una vecina.

Abro la puerta con mi llave y entro en el edificio.

Después de una noche sin dormir las miradas de los demás son armas peligrosas.

El martes a las siete y media de la tarde estoy en un aula de la iglesia en donde me inscribí en el curso pero parece chileno. Cada uno de los participan tienen que contar sus experiencias con el cigarrillo, pérdida, desgarro.

Con terror, locura, son las palabras que más se rentan en los testimonios de mis compañeros. Ricardo, un abogado, dice que se siente un maníaco obsesivo porque cree que el cigarrillo le hace perder cada día un poco más el cariño de sus dos hijos. No ama de casa, confiesa que hace menos de una semana se encontró de pronto volviendo del supermercado cargada con cuatro bolsas repletas de productos, dos en cada mano, y con un cigarrillo encendido que le colgaba de los labios. Dice que se lo fumó todo, sin sacárselo de la boca, en el trayecto que hay entre el supermercado y su casa, con las dos manos completamente ocupadas. Todavía no sabe cómo hizo, pero consiguió fumárselo entero. El cura escucha y se queda en silencio; no parece ser un típico religioso, no le dice a Norma que su cigarrillo se lo fumó el diablo, ni grita "¡Milagro, milagro!". Esther, una mujer mayor, habla de la posibilidad de aplicarse inyecciones de nicotina y se produce un murmullo general de desaprobación, pero el cura sigue sin decir nada.

Cuando llega mi turno, dudo. Había pensado inventar una historia muy dramática. Me avergüenza decir que fumo hace apenas una semana. Me avergüenza, después de solamente quince cigarrillos

fumados en el transcurso de mi vida, los conté, haberme anotado en este curso, junto con gente que realmente tiene problemas. Soy una burla para los demás. Estoy a punto de hacerme pasar por Mariaen-no, decir que fumo desde los trece años y que siempre se lo adjudiqué a un hermano mío que nunca fumó, etcétera, etcétera, pero finalmente digo la verdad, admito que todavía no adquirí el vicio, y cuento las circunstancias en las que fumé cada uno de mis quince cigarrillos. Por suerte el silencio después de cada exposición parece ser la reacción sistemática del cura chileno.

Cuando termina el último testimonio tenemos que formar un círculo, vaciar nuestros bolsillos, portafolios y carteras, y poner todos nuestros efectos personales en una pilita delante nuestro. Después hay que pararse, avanzar un lugar hacia la izquierda en la ronda, y sentarse otra vez. En nuestra situación de despojamiento, nos toca revisar los efectos personales que apiló la persona que estaba previamente sentada en el lugar que ocupamos, y que ahora está sentada a nuestra izquierda. De entre esos elementos el cura nos hace separar todo lo que tenga que ver con el hábito de fumar: cigarrillos, fósforos, encendedor, boquillas, pipas, papel de armar, tabaco, etcétera. Cuando terminamos, de a uno por vez tenemos que enumerar las cosas que encontramos en la pila que nos tocó revisar. De todo lo que había adentro de la cartera de Esther separé un paquete de Camel con ocho cigarrillos enteros y uno por mitad, con el filtro manchado de rouge; una cajita de fósforos marca Fragata; un encendedor Dupon de oro; y dos boquillas, una de plástico y la oda nacarada.

A la salida del curso hay mucha controversia. No quedamos discutiendo en las escaleras de la iglesia. Algunos confían en los resultados, otros no, pero nadie va a dejar de venir a la próxima sesión. Igual todos intercambiamos números de teléfono. A mí por lo pronto, se me pasaron completamente las ganas de fumar. Yo creía que iba a encontrarme con una conferencia ilustrada con diapositivas de pulmones degradados, del aspecto físico de un enfermo de cáncer, ese tipo de cosas, información general y estadísticas. Me siento asqueado, pero no por la idea del cigarrillo, sino por la entrega de esta gente. Me siento asqueado por la condición humana y sé que nunca voy a volver a verlos, ni voy a volver a esta iglesia, ni voy a volver a tocar un cigarrillo en la vida.

De vuelta en mi casa escucho el contestador automático. Hay un mensaje de Noemí. Respondo su tomado; quiere que le devuelva una Pyrex que se dejo en casa de Mariano, dice que la necesita urgen-re para una cena, es la que usa para cocinar papas a i crema. Sé que las papas a la crema son la comida preferida de Mariano. Es lo más sofisticado que preparaba mi madre cuando todavía vivíamos en la misma casa. Le digo a Noemí que no hay problema, voy a pasar a

buscar la Pyrex por lo de Mariano, y quedamos en encontrarnos al día siguiente a primera hora de la tarde en el estacionamiento del supermercado de zona Norte. Antes de cortar me pide que envuelva la Pyrex en papel de diario para que no se rompa.

Al mediodía siguiente, que es sábado, me encuentro con Durán en el garaje para buscar el auto.

Le pedí que me llevara en el Fiesta al supermercado; quiero evitar tomar los dos colectivos. Salimos con tiempo porque tenemos que pasar a buscar a Benjamín por lo del ex marido.

Gabriel, el ex marido de Durán, vive en un edificio de departamentos de Villa Urquiza. Benjamín nos está esperando en el hall del edificio; tiene ocho años y es rubio. Viene con una pelota número cinco; Viene con una pelota número cinco; en vez del padre lo acompaña un jugador de fútbol. Se quedó cuidando a Benjamín, no vive en la casa de Gabriel, pero la número cinco se la regaló él. A lo mejor, si yo hubiera tenido un padre así, pienso, hoy no odiaría los deportes. Le preguntamos al jugador de fútbol si no quiere venir de paseo con nosotros. Pegunta adónde. A la zona Norte, le decimos. Llegamos los cuatro al supermercado y Durán busca un lugar libre para estacionar. Mientras yo camino bajo el sol rajante hacia la puerta del super mercado con la Pyrex envuelta en papel de diario bjio el brazo, veo que Durán enciende la radio de coche, sube el volumen, se pone sus rollers y empieza a patinar entre los autos del estacionamiento y Benjamín y el jugador de fútbol pelotean en el asfalto con la número cinco.

El calor es agobiante, la distancia que tengo que recorrer es enorme, y el estacionamiento parece un desierto. Al acercarme, veo que en el lugar de la cita no me espera Noemí sino Lele, su nuevo novio musculoso. Esta vez tiene puesta una musculosa gris y trae un bolso rojo de tela de avión. Nos saludamos con un cabeceo; no nos damos la mano.

-Noemí no pudo venir -dice.

-Ah -le contesto ella-y manda esto para vos.

-Dice que me entregues a mí lo que tenés para Los dos usamos anteojos oscuros. Me acerco y la entrego la Pyrox envuelta en papel de diario; apenas se la doy, él me pasa el bolso rojo. Me siento en una película de secuestros.

Hay tres remeras Lacoste, una camisa Ralph

Lauren, dos pares de medias, dos boxers a rayas y un toallón gris -me dice -Contá a ver si está todo.

-No, dejá, no hace falta -digo.

Lele desenvuelve la Pyrex del papel de diario y verifica que esté en buen estado.

-Fijáte. Noemí dejó todo doblado y planchado.

Abro el bolso, veo que es así; me parece ver que Lele me guiña un ojo detrás de los anteojos oscuros.

Le agradezco y para no quedarme con el bolso y provocar otra escena parecida cuando Noemí me lo reclame, entramos en el supermercado a buscar unas bolsas para guardar la ropa de Mariano. Encaramos a la cajera que tiene menos gente en la cola.

-Sin compra no hay bolsa -nos dice.

-¡Yo soy el ganador del Fiesta! Lo tengo ahí estacionado en la puerta -señaló el coche a lo lejos y a Durán patinando, que tiene puesta la remera con el logotipo del supermercado que se ganó en el concurso.

-La promoción ya terminó y las bolsas son un servicio al cliente. Sin compra no hay bolsa.

Lele y yo nos miramos sin poder creer lo que escuchamos.

-Si realmente querés una bolsa tendrías que hablar con un jefe.

".Adónde se fueron todas las caritas sonrientes, pienso, mientras encontramos un jefe que automáticamente, sin permitir que le expliquemos a tos entrega una pila de bolsas de plástico plana. iras , recién llegadas de la fábrica, todavía pega, Unas con otras. Lele me ayuda a pasar la ropa de bolso a las bolsas y nos despedimos, otra vez con a Cabeceo y sin apretón de manos. Antes de salir del estacionamiento me quedo un segundo atrapado por una imagen que me llena de felicidad: Durán patea la pelota con los rollers puestos y la recibe el jugador de fútbol con Benjamín a caballito. Puedo estar engañándome, tal vez la emoción de ese segundo fue completamente falsa e impostada pero, sin pensarlo dos veces, tomo la decisión de comprar regalos de Navidad para todos. Elijo un frasco de perfume unisex con la marca del supermercado para Durán sé que lo usa, otro igual para el jugador de fútbol y en un principio, pienso en una colonia infantil para Benjamín, pero enseguida me parece una actitud discriminatoria y finalmente opto por un frasco de perfume unisex también para él.

En el placard del cuarto de Mariano apilo cuidadosmente las tres remeras Lacoste y la camisa Ralplh Lauren, meto los dos pares de medias y los boxers A rayas en el mismo cajón, y llevo el toallón gris al baño. Mientras tanto, Durán mira los discos de Mariano, sus libros, mira las almohadas en su cama, los sillones del living, y los platos y vasos en las alacenas de la cocina. Revisa el lugar como si fuera una casa en la playa y ella estuviera a punto de alquilarla por el verano. O, mejor dicho, estudia cada objeto de la casa como si el departamento de Mariano fuera un museo.

Abajo, en el auto, nos esperan Benjamín y el jugador de fútbol. Me parece un buen momento para entregarles los regalos y en pocos

minutos el coche apesta a perfume unisex. Después, a los tres les parece la cosa más natural del mundo venir conmigo a la clínica a visitar a Mariano.

Se acercan las Fiestas y me doy cuenta de que la gente tiene tendencia a amontonarse. En el ascensor de la clínica nos cruzamos con Laura y el médico de Mariano y en el pasillo de Terapia Intensiva están mi madre y mi tío de Wilde. Laura y el médico bajan al bar de la esquina a tomar una Seven Up; según el médico, la Seven Up es el mejor remedio para la baja presión. Mi madre y mi tío de Wilde están sentados en los asientos azules del pasillo, como si esperaran un milagro. Mi madre debe estar instalada ahí desde que empezó el horario de visita, porque veo que se trajo un block de dibujo adonde hace bocetos de escenas de médicos y heridos en carbonilla. Los dibujos parecen bastante buenos. Los escenarios son tiendas de campaña, campos de batalla y pasillos de hospital. Son bocetos rápidos que me hacen acordar a los de los juicios orales en Estados Unidos, cuando no permiten sacar fotografías. Mi madre, como siempre desde que murió mi padre, fuma un cigarrillo tras otro. Mi tío tiene una bolsita con aceitunas negras que come sin parar.

Antes de entrar a ver a Mariano hago las presentaciones. El jugador de fútbol enseguida se separa de nosotros y se pone a mirar hacia la calle por una ventana. Durán, Benjamín y yo nos quedamos un rato parados.

-Así que vos sos Durán -dice mi madre. Durán me mira. Le hago un movimiento afirmativo con la cabeza, como si le diera permiso para revelar su identidad. Ella mira a mi madre y dice:

-Sí.

-Le prometí a Diego que iba a invitarlos a comer un día de éstos. Un picnic. ¿El sábado que viene te parece bien? -y antes de que Durán tenga tiempo de contestarle, me mira y me pregunta-¿No vas a entrar a ver a tu hermano?

-¿Cómo está?

El médico dice que pasó la noche tranquilo.

Yo creía que estar en coma era lo mismo que estar tranquilo digo, en un arranque anacrónico de rebeldía juvenil.

-Diego... -reacciona mi tío.

Perdón. Entro ahora mismo a verlo.

Durán viene conmigo. El teléfono celular de Mariano está todavía en la mesita que hay al lado de la cama; esta vez no le compré cigarrillos. Vuelvo al pasillo; Durán se queda todavía adentro.

Afuera, Benjamín corre hacia el jugador de fútbol. Está llorando. Escucho que mi tío de Wilde dice:

"Mocoso de mierda". Parece que mi tío quiso convidar aceitunas

negras y él las rechazó porque que no le gustaban. Mi tío insistió y lo llamó caprichoso.

Benjamín siguió diciendo que no quería y mi tío le metió a la fuerza tres aceitunas en la boca.

Algo parece haberlo afectado desde que Mariano está en coma. Se me ocurre una teoría: cuando fue la descarga eléctrica de la heladera, Mariano y mi tío estaban unidos por los cables de teléfono. Los dos formaban parte de un mismo circuito de energía. La electricidad y la transmisión de sonidos en el aire se retroalimentaron; el shock pudo tener consecuencias en los dos lados de la línea. Al llegar a esta conclusión siento repentinamente un ataque de hambre, no puedo determinar si existe una conexión entre mis pensamientos y mi voracidad, pero me comer, cualquier cosa que me pongan adelante. Recortó el lugar con la mirada, encuentro la bolsita de aceitunas negras de mi tío, la agarro, y devoro las últimas diez que quedan. Benjamín me mira, se seca las lagrimas, y cuando Durán aparece en el pasillo ya dejo de llorar completamente.

-Abrió los ojos -dice, con la expresión de un fantasma.

Yo terminé de masticar la última aceituna.

Tu hermano abrió los ojos.

Durán nos explica que mientras estaba ahí adentro sonó un teléfono afuera de la sala y ella por un segundo creyó que era el celular al lado de la cama de Mariano. En ese momento Mariano se despertó, abrió los ojos, vio a Durán, miró el celular y los volvió a cerrar, como si se hubiera dado cuenta de que el sonido no venía de ese teléfono.

Durán está muy impresionada porque hace un par de meses le pasó algo demasiado parecido: estaba en su casa con la tele encendida, en la pantalla se veía la imagen de un teléfono que sonaba. Cuando uno de los personajes de la película atendió, Durán se dio cuenta de que el teléfono de su casa seguirá sonando.

Ahora estamos en la casa de Durán. Es una planta baja de tres ambientes con patio en un edificio de departamentos de Caballito. Compramos tres pizzas y miramos el video de Fiebre de sábado a la noche.

Durán dijo que es su película favorita. La tiene grabada de la tele, doblada al castellano.

En el patio ya hay armado un arbolito de Navidad pero sin los adornos. Es un pino de plástico blanco, como si estuviera nevado. El patio está descubierto y me pregunto qué le pasará al arbolito cuando llueve.

Seguramente es lavable, y en cuanto le pongan los adornos lo van a meter adentro. En el living, mirando el video, estamos Durán, el jugador de fútbol, el médico de Mariano, Laura, y yo; Benjamín está en la cocina, preparándose un licuado de banana con leche.

Es la primera vez que veo Fiebre de sábado a la noche y, a pesar de ser bailada, cada una de las escenas me deja completamente conmovido. Nunca en mi vida conocí a nadie tan decidido como Tony Manero.

-¿Quieren café? Voy a hacer café -dice Durán en medio de la escena en la que el hermano cura de Tony le pide ropa prestada porque no piensa volver a usar los hábitos.

-Sí, está bien, pero hacé café Pelé, que es más rico -le contesta el jugador de fútbol.

En la clínica, apenas Durán salió de la sala de Terapia Intensiva, corrimos a llamar una enfermera,

Pero Mariano no volvió a abrir los ojos. Fui al bar de la esquina y busqué a su médico, que todavía estaba tomando Seven Up con Laura. Charlaban de una manera demasiado íntima y, sin su uniforme, el médico parecía una persona. Si además resulta ser judío, creo que por fin Laura va en camino de en contrar su estabilidad. El médico agarró su guardapolvo blanco y corrió al lado de Mariano. Estuvimos esperando más de dos horas pero no hubo ninguna nueva reacción. Mi madre se fue a lo de una amiga, mi tío a Wilde, y Durán nos invitó a los demás a su casa a comer pizza y ver un video.

Durán vuelve de la cocina, sirve café en los pocillos, y escucho que charla con Laura sobre Mariano, mientras Tony Manero le hace unos pasos de baile a Stephanie Mangano, que lo mira desafiante.

Laura le cuenta a Durán sobre la vez que le gritó a Mariano que era la mitad de una persona. "Visto retrospectivamente no tuve nada de tacto", dice. El médico, que escucha la conversación, asegura que el hecho de que Mariano haya abierto los ojos, aunque sea apenas unos segundos, aumenta infinitamente las probabilidades de que se salve. Esto me hace pensar en algo que tienen en común el médico y Laura: los dos están obsesionados con los porcentajes y mentalmente, estimo en ochenta/veinte las probabilidades de que la pareja realmente funcione.

Otra coincidencia es que la película favorita de Durán es Fiebre de sábado a la noche, y la de Mariano Melody; al menos es lo que yo me acuerdo.

De chiquitos siempre me hablaba de esa película. Incluso dejó de tomar Coca-Cola porque uno de los personajes, no sé si Mark Lester o Jack Wild, en un momento pateaba una lata de Pepsi, que se veía en primer plano. Las dos películas tienen música de los Bee Gees y, me doy cuenta, Mariano abrió los ojos por primera vez desde que entró en coma para encontrarse directamente con la cara de Durán. A lo mejor quiere decir algo.

Ahora cada uno de nosotros tiene una taza de café Pelé en la mano, menos Benjamín que toma licuado de banana; el jugador de fútbol

trajo el café de Porto Alegre, hace menos de un mes. Todos nos quedamos en silencio cuando en la pantalla del televisor Stephanie le dice a Tony:

-Seguramente vives con tu familia y sales con tus amigos el sábado por la noche.

-Es cierto -le contesta Tony.

-Eso es típico -dice ella-. No eres nadie y nunca harás nada. Nada.

-No debe haber nada más emocionante que le pongan tu nombre a una marca de café -dice el Jugador de fútbol, y nos informa que lo acaban de vender a un equipo de primera división del Ecuador; está seguro de que va a ser el goleador del campeonato. No sé si es la época del año o el momento de nuestras vidas: somos jóvenes, pero parece ser que esta noche todos tenemos sueños; y como si no nos alcanzaran, creemos que en un futuro no muy lejano pueden llegar a convertirse en realidad.

-En los países tropicales tiene que haber miles de marcas de café -le dice el médico al jugador de fútbol para darle esperanzas.

Yo, mientras tanto, tomo un sorbo de mi taza y compruebo que el jugador de fútbol tenía razón: el café Pelé es mucho más rico. La película termina.

Benjamín se va a su cuarto, los demás se tiran en el sillón o en almohadones en el piso; Durán pone música. No mucho más tarde ya estoy durmiendo en mi casa.

El día que Mariano sale de la clínica la temperatura es de 34 grados, pero él igual pide que le traigamos de su casa medias de lana y su buzo preferido. Transpiramos mientras esperamos el taxi; mi madre, mi tío y yo estamos vestidos con ropa blanca para mantener el calor alejado. Mariano, abrigodo como está, no parece sufrirlo. Este mes que su tiempo estuvo congelado debe haberse inmunizado contra las altas temperaturas. Supongo que ya habrá tiempo para que vuelva a reconocer el estado del mundo y el ciclo de las estaciones. Habrá que empezar su reeducación; habrá que volver a enseñarle cómo son las cosas que lo rodean. Se cuentan todo tipo de historias sobre las personas que se despiertan de un coma; pero Mariano no parece sufrir de amnesia. ¿Se dará cuenta de todo lo que cambió mientras no estuvo? ¿Notará que de su casa faltan la Pyrex de Noemí y los calmantes que le saqué del botiquín, y que alguna ropa suya está de vuelta en el placard?

Nunca antes estuve en los bosques de Ezeiza.

Durán, mi madre y yo vinimos en dos autos, mi Fiesta y el Subaru color mostaza de la familia, que mi padre compró en la época de la plata dulce. Los mosquitos atacan todo lo que les pasa por delante.

Solamente en el brazo derecho tengo tres picaduras y no puedo parar de rascarme. Mariano no pudo venir con nosotros; todavía está

débil y su médico le aconsejó reposo por un tiempo. Durán trajo paletas y pelota, y también los rollers. Patinó cuarenta minutos en una de las piletas olímpicas vacías, a pesar de que el piso de cemento está cuarteado y en las grietas que se formaron crece todo tipo de plantas. Ahora, ella y mi madre juegan a la paleta adentro de la misma pileta. Yo las miro de arriba; me invitaron a unirme, pero me negué la única vez en mi vida que jugué al tenis me salieron ronchas en todo el cuerpo. De pronto, entre los árboles, veo pasar a toda velocidad a una chica ario, de un caballo que parece desbocado. La chica grita no sé si de felicidad o de terror. Por un segundo b imagen me distrae, pero enseguida vuelvo a perderme en la contemplación casi abstracta del partido de paleta.

Antes estuvimos sentados comiendo el picnic que preparó mi madre. Unos sandwiches y latitas de bebidas, nada más, pero todo perfectamente empaquetado, bolsitas de nylon, servilletas de papel forradas, papel de aluminio, los sandwiches cortados en dos en diagonal, unidos con un escarbadiente todo transportado en una heladerita térmica para que se conserve fresco. Después de la comida mi madre y Durán fumaron cigarrillos fucsias. Me ofrecieron uno pero dije: "Gracias, ya dejé". Mi madre me miró con expresión incrédula y se dio vuelta par hablar con Durán, ignorándome. Le contó cosas de Mariano de cuando era chico, historias falsas de d y de Valeria. Le dijo que perro y amo prácticamente se habían mimetizado, tenían el mismo carácter y misma forma de caminar, y le contó a Durán que Mariano cada tanto ponía música, agarraba a Valeria de las patas delanteras, la hacía parar, y bailaban juntos temas enteros durante horas.

-Imposible -dije yo-. Mariano lo único que hizo con su perra fue entrenarla para matar. Además, nunca un perro se pareció menos a su dueño que Valeria a Mariano.

No me hicieron caso; siguieron ignorándome.

Un poco más tarde las dos se sentaron en un tronco y Durán le probó a mi madre diferentes tipos de peinados con cepillos, hebillas y clips que trajo en un bolsito, junto con otros productos de peluquería.

En un momento escuché que le decía que le vendría bien usar el pelo recogido porque un cuello tan largo es lindo lucirlo.

Ahora las dos siguen con el juego de paleta. Mi madre tiene el pelo recogido en una especie de rodete con mechones un poco salvajes que le caen a los costados y Durán, a pesar de que usa el pelo corto, se puso una vincha turquesa para estar más cómoda. Las dos se deshidratan en la pileta vacía corriendo detrás de esa pelotita como si se tratara del sueño que estuvieron persiguiendo durante toda una vida. Es un espectáculo que me indigna y me meto adentro de mi

Fiesta para evitar presenciarlo.

Me traje libros y revistas por si me aburría, pero estoy demasiado alterado para ponerme a leer; lo único que quiero es alejarme de este lugar repleto de deportistas y mosquitos. A través del parabrisas veo pasar nuevamente, como una ráfaga, al caballo desbocado con la chica que grita. Esta vez no tengo dudas: la chica está asustada y sus gritos no son de felicidad. La imagen del caballo se pierde entre los árboles pero todavía puedo escuchar el ruido del galope. Meto la llave del auto en el contacto y enciendo el motor. Para poner el coche en movimiento imito lo que vi tantas veces en miles de películas y en la vida real, esa poesía de los pies que consiste en ejercer de manera alternada una presión oscilante en los pedales, equilibrio y desequilibrio, impulso, inercia y contención casi al mismo tiempo.

Pero lo único que consigo es que el Fiesta pegue un salto hacia adelante y al tratar de maniobrar lo choco contra un árbol y el motor se vuelve a parar.

Nunca entendí muy bien por qué, en la era de la cibernética, para arrancar un coche todavía hay que recurrir a un jueguito mecánico tan estúpido. Me bajo del auto; la trompa está abollada y del capot sale un poco de humo pero no parece nada grave. Empiezo a caminar buscando la salida de los bosques de Ezeiza mientras mi madre y Durán siguen jugando a la paleta. No se dieron cuenta de nada. Mi madre acribilla a Durán con un remate imbatible; enseguida hacen cambio de lado y al cruzarse, escucho a una le dice a la otra: Hay gente de buena suerte y gente de mala suerte.

Es el último comentario que alcanzo a oír mientras me alejo con paso rápido de la zona de las piletas y no me doy cuenta de si la que lo dice es mi madre, o es Durán.

No es fácil encontrar la salida en este bosque; siempre se llega a otro camino de tierra embarrado que es igual al que uno transita. En uno de estos caminos escucho gritos: primero unas voces que dicen "¡Bachilleres!", y enseguida otras que contestan

"Dé, oé!". Los gritos no se detienen y suenan cada vez más cerca. Además, el ritmo se acelera a medida que se aproximan, y de pronto me pasa por delante un huevo que se estrella contra el árbol que está justo a mi derecha. Tres chicas cruzan el camino corriendo, riéndose a carcajadas, y se meten entre los árboles. Alcanzo a ver que usan unos corbatones de cartulina amarillos hechos a mano. Se ríen tanto que no aguantan estar de pie y tienen que tirarse al suelo.

Detrás de ellas viene un grupo de diez o quince chicas más, todas con esos mismos corbatones de cartulina. Se tiran con huevos y gritan sin parar: "Bachilleres", mientras que, entre carcajadas, las que se internaron en el bosque les contestan: "Oé, oé". Me tiran con tres o cuatro huevos pero por suerte fallan.

Finalmente se alejan por el camino en la dirección por la que yo venía. Las tres que se escondieron en el bosque corren para reunirse con sus compañeras, pero noto que una de ellas se calma un poco, me mira, sigue caminando, se da vuelta y vuelve a mirarme, y finalmente se detiene.

-¡Diego! -me llama--¡Vos sos Diego!

Un camino embarrado en este bosque lleno de mosquitos no es el mejor lugar para encontrarse con alguien conocido. Quisiera poder desaparece, o al menos mimetizarme con los árboles. Enfrente del consultorio de mi dentista, en el barrio de Once, hay un negocio que en la vidriera tiene rollos y rollos de tela de camuflaje. Me prometo comprar varios metros para que una modista me haga pantalones y camisas y también cortinas, colchas y fundas para los sillones de mi casa. -Diego, ¿no me reconocés? insiste la chica

Se saca el pelo lleno de nuevo de la cara, deja de reírse un poco, y finalmente la identifico: es Elián la hija de uno de los tres novios que tuvo mi madre después de la muerte de mi padre, el único de los tres que llegué a conocer. Tenía varias heladerías en zona Norte y era aficionado a la motonáutica. Se llamaba Mario. Estaba a punto de divorciarse su mujer era la productora de un programa de actualidad en un canal de cable. En una de sus primeras salidas, mi madre me pidió que la acompañara a cenar con Mario a un restaurante de la Recoleta; fui con ella y cuando llegamos, también estaba Elián. Me la presentaron. Era una rubia de San Isidro, menor de edad. Mi madre y el heladero lo tenían todo plapeado. La tuve a Elián enfrente toda la noche y no ne quedó otra que charlar con ella. Me acuerdo de que durante la cena me preguntó adónde vivíamos

-¡cuando le dije que en Wilde, pareció sorprenderse.

-¡Waild? ¿Como Oscar Wilde? -dijo.

Le aclaré que Wilde era un lugar, y que quedaba en el Sur, afuera de la Capital, después de Avellaneda. Yo me sentía en una película de Palito Ortega, con mi mamá y el papá de ella suponiendo que en pocos meses más iba a haber boda doble. Pero Elián y yo no nos volvimos a ver y la relación entre mi madre y el heladero también terminó abruptamente. Una mañana, mi madre llamó por teléfono a su mujer (que estaba enterada de todo, tenía novio por su cuenta, sólo estaban esperando unos papeles para poder formalizar el divorcio) y la citó en un bar de Libertador para charlar. Quería que le contara sobre Mario, cómo se habían conocido, cómo era la vida doméstica con él, qué cosas le gustaban que ella todavía no supiera, para sorprenderlo alguna vez. Mario solamente le había contado algunos aspectos de su pasado, Elián otros, y mi madre sentía que le faltaba una versión muy importante, la de sumar de tantos años. Además, ese día mi madre p llevo a la mujer de Mario un aviso que publicita, un producto nuevo

contra la psoriasis que había a cortado del diario esa misma mañana. Parece que los dos tuvieron una charla muy civilizada, me dijo mi madre que la esposa de Mario era una mujer muy segura de sí misma, pero después de ese encuentro Mario nunca más la volvió a llamar.

La miro a Elián. Pasaron dos años pero es la misma rubia de San Isidro; uno sigue siendo la misma persona a lo largo de toda su vida.

-Somos egresadas del Northlands, promoción 95, y estamos festejando dice, orgullosa. La felicito por haberse recibido de bachiller. Me pregunto por mi madre, le digo que está más allá, en los pis letones, y que si quiere puede pasar a saludarla. El me cuenta que su padre se fue a vivir a Brasil, al sur y como si le diera vergüenza, me explica que ahí la cosas no son como en Buenos Aires, sino al revés del sur es zona de ricos, y el norte zona de pobres.

La chica del caballo desbocado vuelve a pasar con gritos histéricos, y puedo ver que ella también tiene un corbatón de cartulina amarillo. Elián me explica que es una de sus compañeras de promoción que no sabe andar a caballo. Hace por lo menos una hora y media que da vueltas por los bosques. Una de las chicas, por hacerle una broma, pinchó al caballo con el alfiler de gancho que usan para sujetar los corbatones y el animal salió disparado como un rayo. Al principio intentaron frenarlo, pero vieron que era imposible y decidieron esperar a que el caballo se rindiera, agotado por el cansancio.

Las compañeras de Elián que se alejan por el camino se impacientan porque tarda demasiado en unirse a ellas y le gritan: "¡Bachilleres!".

-¡Oé, oé! -les contesta Elián sin dejar de mirarme, y enseguida se despide. Mientras corre hacia las otras egresadas, una de ellas tira otro huevo en nuestra dirección. Esta vez espero lo peor, me da la impresión de que va a pegar en el blanco y el blanco soy yo. Pero el huevo no alcanza su objetivo y se estrella a mis pies, sin siquiera rozarme.

Finalmente llego a la autopista. El colectivo que va al centro viene repleto; lo dejo pasar y decido esperar otro, pero mientras tanto hago dedo. Pasan coches importados, camiones, jeeps, autos viejos y baratos; ninguno para. Supongo que la gente a esta altura tiene miedo de todo; ya nadie te lleva en la ruta. Dejo pasar dos colectivos más hasta que, a eso de las seis de la tarde, me subo a un 86 que no está tan lleno. Viajo parado; hay dos o tres pasajeros que tienen radios encendidas. En una pasan el sorteo del Gordo de Navidad; en otra, folklore, y en la tercera, música de moda. Los sonidos de las tres emisoras se mezclan pero no se confunden. Escucho que un locutor anuncia que la temperatura es de 26 grados, puede ser cierto, el calor parece haber cedido un poco, corre un viento más fresco en el colectivo. Por la ventanilla veo desfilar la autopista bordeada de monoblocks, villas miseria y supermercados. En un momento, casi sin

que me dé cuenta, se cuelan en el paisaje dos figuras que me resultan familiares: el Subaru color mostaza de mi madre, y mi Ford Fiesta, con la trompa un poco abollada. Los dos coches se deslizan por la ruta a la misma velocidad y avanzan a la par. Vistos desde arriba, a través de la ventanilla del colectivo, parecen íntimos amigos.

Mi estado físico

Dejo el taller mecánico y abandono ahí mi coche. Ya no me queda nada. Hay que tener coraje para hacer algo así, dejar lo único que uno tiene. El perro lo regalé cuando me mudé al departamento, que es alquilado, y mi novia me dejó hace tres semanas por mi mejor amigo.

Cuando llegó al departamento abro la agenda buscando alguien a quien llamar para pasar la noche.

Primero dudo, pero me dejo vencer por mi debilidad y decido finalmente llamar a mi ex mejor amigo. Seguramente está con mi ex novia. Le pregunto si está con ella. Me dice que no. No nos vemos desde las peleas. Quedamos en encontrarnos más tarde; le pido que me lleve el cassette en el que graba las clases de gimnasia que pasan por cable. Mientras hablamos por teléfono me acuerdo de que en mi bolsillo está el recibo que simboliza mi coche. Lo saco y lo pongo en un portarretratos, sobre la foto de mi ex novia.

Yo me preparo la cena, como lo mismo todos los días desde que Laura me dejó: pescado al vapor con esta de soja y arroz integral No bebo ningún líquido. Leí que el líquido hace mal durante las comidas. A pesar de todo siento que esta alimentación me enferma. Le falta sustancia, algo que cortar con un cuchillo y después morder. Me estoy dejando morir al no hacer trabajar mi estómago.

Mi ex mejor amigo se llama Leandro. Nos encontramos en un video-bar de Flores. Eso es lo que él quiere y yo soy el que está solo. Lo

primero que hace es darme el videocassette con las clases de gimnasia. Después me cuenta sobre su nuevo trabajo y sobre las películas que vio en el cine. Habla él todo el tiempo y no me animo a preguntarle por Laura, aunque siento curiosidad por saber si todavía están juntos.

En los monitores del video-bar pasan temas de Génesis y Dire Straits, los dos grupos que más odio en el mundo, y como estoy a punto de vomitar, le digo a Leandro que preferiría ir a un McDonalds.

Leandro se sorprende. "Se dice que te hiciste vegetariano." Al principio la idea no le gusta en lo más mínimo, pero se convence cuando el mozo le dice que lo único que sirven es pizza de muzzarella y anchoas. Leandro odia las anchoas desde el verano en que nos fuimos juntos de campamento y escalamos un cerro. Habíamos llevado sólo latas de anchoas Y tabletas de chocolate. Terminamos los cuatro vomitando. Leandro ya no puede ver las anchoas; yo odio el chocolate.

En el McDonald's me pido un sundae de frutilla, Leandro pide un Big Mac y un Mac Chicken y pone la hamburguesa de pollo adentro del Big Mac.

Yo, voraz como me encuentro, pienso que cuando vuelva del baño me voy a comer el pan que dejo Leandro.

En el baño del McDonald's hay una chica que me habla. Pienso por un segundo que me equivoqué de puerta. Pero no, estoy bien. Sin justificarse ella me cuenta una historia muy rara. Me dice: "La última vez que vi a mi novio fue en este McDonald's, hace un mes. Vinimos a cenar y mientras yo fui a comprar la comida, él se metió en este baño; no lo vi salir nunca más". Le pregunto si lo vio entrar. "Sí", me dice. "Pero no salió. No tengo su teléfono ni sé adónde vive. Nos conocimos en una discoteca y después él siempre me llamaba y nos veíamos en la calle o en mi casa."

Al baño entra un empleado de limpieza. Como todos los demás empleados, usa gorro con visera y nos mira con mala cara; los baños no son un lugar para perder el tiempo. Hago como que me lavo las manos pero la chica no hace nada.

Le digo que se siente con nosotros; desde nuestra mesa se puede vigilar la puerta del baño de hombres.

Se la presento a Leandro que anula con sus ojos de siempre. Ella dice "Permiso", en lugar de "Hola, y se come el pan de la hamburguesa de Leandro. Yo la mirro con avidez, en mí cabeza había reservado ese pan para mí. La chica se llama Lisa, vive sola a cuatro cuadras del McDonald's y nos invita a ver un video a su casa. Yo digo que prefiero ir a una discoteca.

Leandro me mira como si estuviera loco; me dice que creía que las discotecas eran algo que ya habíamos superado. Lisa comenta que su hermano trabaja de barman en una que queda sobre Rivadavia.

Cuando nos vamos del McDonald's veo un cartel con una foto enorme del hombre de limpieza que nos echó del baño a Lisa y a mí: es el empleado del mes. Miro mi reloj y veo que todavía es muy temprano, apenas las doce.

En la discoteca nos dejan entrar sin pagar y el hermano de Lisa nos da whiskies gratis. Yo me tomo cinco, Lisa dos, Leandro siete. Después vamos a lo de Leandro y fumamos marihuana hasta quedar mareados. Busco por toda la casa fotos de Laura pero no encuentro; ni siquiera una. Abro todos los cajones: no hay ropa suya. Escucho que Leandro y Lisa hablan de cosas íntimas. Lisa le cuenta la historia de su novio y le muestra una foto que tiene en la billetera Leandro lo reconoce: es Aníbal, un chico con el que jugábamos al fútbol.

-Ese no es -digo.

Sí, es Aníbal -dice Lisa.

Tengo su número -dice Leandro.

Leandro y yo decidimos llamar a Aníbal por teléfono. Lisa dice: "Llamen si quieren; estoy segura de que no va a estar en la casa". Atiende Aníbal, con voz de dormido. Leandro le pasa el teléfono a Lisa. Lisa se queda helada; no abre la boca. Me dan ganas de besarla.

Quedamos en volver a encontrarnos los tres el sábado a la noche. Hacemos una cita en Rivadavia y José María Moreno. Caballito. Yo vengo de cenar con mis padres en un restaurante de Parque Centenario que se llama Los Chanchitos. Tuvimos que esperar cuarenta y cinco minutos para conseguir mesa y mi papá discutió por el turno con una mujer que venía con sus dos hijas. Mis padres pidieron una parrillada para cuatro con la esperanza de que yo también picara algo, pero tuvieron que comérsela entre los dos. Yo pedí una provoleta con ensalada.

No usé el cuchillo en toda la cena.

En la esquina de Rivadavia y José María Moreno

Lisa me espera. Mira la vidriera de un negocio de ropa. Está vestida igual que la vez pasada. La miro desde la vereda de enfrente y pienso que no se parece en nada a Laura. Me dice que no va más al McDonalds, pero que ayer se lo volvió a encontrar a Aníbal en el cine Fue a ver La lección de piano; le pareció horrible con vomita Aníbal estaba sentado justo adelante suyo.

En el momento en que a la protagonista le cortan e dedo, Aníbal se dio vuelta horrorizado por la escena y la vio a ella, que no tenía los ojos en la pantalla sino en su nuca. Aníbal le dijo "Hola". Lisa creyó que era un fantasma y sintió el impulso de cortarse un dedo.

El cine no estaba muy lleno y le pareció que corría sangre por los pasillos de la sala. Aníbal estaba con un amigo, y Lisa con Leandro.

Leandro no viene a la cita y Lisa y yo vamos a un pub con luces de color naranja. Tomamos cerveza los dos, hablamos de música y

pintura. Yo soy pintor y mi ex novia es música. Lisa recién termina la secundaria y todavía es egresada. Me pregunta qué pinto. Le digo que soy conceptual. Ya no me pregunta más nada. La acompañó a la casa. Vive justo en el límite entre Caballito y Flores, sola, en una casa antigua, que parece llena de fantasmas. Lisa cierra la puerta y yo me quedo pensando: me doy cuenta de que a veces ella habla como si estuviera loca, dice cosas que no me gustan, pero en esos momentos yo trato de no prestar atención.

Vuelvo a casa. Me duermo pensando en Lisa, que se hace transparente.

Tocan el timbre. Yo estoy en medio de mi sesión de gimnasia. Pongo pausa y corro a abrir, porque intuyo que es Laura. Un tipo de sobretodo, traje y cara grande me entrega un sobre.

-Tomá, mirálo, paso a buscarlo mañana a la mañana.

Lo abro, agitado. Veo que es de una obra social.

-Dejá, gracias, ya tengo -le devuelvo el sobre.

-¿Qué obra social tenés?

-Programa de Salud.

-¡Programa de Saaluud! -grita, y su cara se hace el triple de grande.

-¿Qué, qué te pasa? -le pregunto desafiante, y le cierro la puerta. El tipo mete el pie justo a tiempo y me vuelve a pasar el sobre.

-Mirálo y compará.

-No lo quiero.

-Sin compromiso.

-Andáte o llamo a la policía.

Empujo la puerta con todas mis fuerzas y le agarro el pie. El hombre grita. Yo sigo haciendo presión.

-¿Te vas a ir?

-Síií -me dice el hombre. Ahora su cara se achica hasta casi parecer normal ejercicios.

Lo dejo ir, rebobino el cassette, y sigo. Después de la gimnasia me siento más fuerte y ácido pasar por la puerta de la casa de Laura. camino con paso rápido y miro de reojo la ventana con las cortinas corridas. Llego a la esquina, compro golosinas en el quiosco, y cruzo la calle. Vuelvo a pasar por la puerta esta vez de la vereda de enfrente. Me quedo un par de minutos parado a una distancia prudente. Entro a un supermercado coreano pero no compro nada. Doy una vuelta a la manzana.

Después de un rato veo a la madre de Laura que viene caminando y hace como que no me conoce.

Entra a la casa y enseguida sale la hermana con una amiga. Me ven parado en la vereda de enfrente y me dicen "Hola", y mientras se alejan se dan vuelta varias veces a mirarme. En la esquina se quedan

charlando un rato y todavía me miran. Camino hasta donde están ellas. Me vuelven a decir "Hola". Me quedo ahí. Las miró; hablan de cosas del colegio. La amiga de la hermana de Laura de pronto me pregunta si tengo fuego. Saco el encendedor y le digo que sí. Busca cigarrillos en la cartera pero no encuentra. La mira a la hermana de Laura, que con un gesto le hace entender que ella tampoco tiene. En ese momento Laura estaciona su moto al lado de nosotros.

Parece enojada conmigo. Su hermana y una amiga nos miden con la mirada; están a punto de sonreír. Laura me dice que si quiero la puedo acompañar a la casa. Entramos y me ofrece café. "Por mí no te molestes", le digo. "Hay hecho, lo tengo que calentar." "Dámelo así frío, como está" "Como quieras."

Laura me dice que tiene que hacer escalas y que podemos charlar mientras ella practica. Enseña música en dos colegios y quiere ser concertista de piano. Pidió una beca para estudiar en Alemania; está esperando los resultados.

Pone la tacita de café frío en una bandeja junto con una azucarera y unos amarettis y vamos al living.

Ella se sienta al piano y me cuenta que su hermana decidió que va a estudiar psicología. Ya hizo varias lecturas. Incluso escribió un artículo y lo mandó a una revista que se llama Zona Erógena. "¿Y tu mamá qué dice?", le pregunto.

"Ya está resignada. Una hija pianista y la otra psicóloga. Yo la consuelo diciéndole que somos mujeres."

Entra el padre de Laura. Viene del trabajo. "Hola, ¿cómo estás, resucitado?", me dice. "No seas cínico", le dice Laura.

La miro a Laura con odio y le contesto a su padre que estoy bien. El padre de Laura saca un cigarrillo, no me ofrece, y me pide fuego. Laura sigue haciendo escalas. Yo todavía no junté coraje para preguntarle por Leandro; sigo sin saber si siguen juntos y las escalas de Laura ya me están volviendo loco. Me acuerdo de que Esa era la parte más molesta de nuestra relación.

La conversación con escalas. Le digo a Laura que ya no tengo que ir, me despido de su padre, y dejo saludos para la madre y la hermana.

Voy a lo de Lisa. Está haciendo gimnasia. Leandro le pasó un cassette. Lisa me mira en su malla de baile. Me invita a hacer gimnasia con ella. Le digo que no tengo ropa de deportes. Me trae unos shorts de Aníbal, son justo mi medida. Los reconozco; son los que usaba para jugar al fútbol. Cuando vamos por la segunda serie de flexiones de pierna me doy cuenta de que esa serie ya la hice, es la clase anterior.

Eso me perturba. Puedo notar las repeticiones del trainer cuando dice, "y uno y dos arriba hop". Es la misma secuencia, el mismo intervalo entre una flexión y otra. El problema no es tanto el tiempo que se repite sino que yo me di cuenta y ahora estoy demasiado

pendiente.

Cuando estamos por terminar con los abdominales le digo a Lisa que no puedo más. Ese video me vuelve loco. Ella acepta apagar la máquina pero me advierte que nos faltan las elongaciones, y para no quedarnos los dos tan tensos, enciende un cigarrillo de marihuana.

A la noche, en casa, me doy cuenta de que hice dos sesiones de gimnasia en un solo día. Tengo los músculos tan duros que me doy golpes con el martillo de aplastar milanesas y no siento nada. Cuando apoyó el martillo sobre la mesa, miro de reojo el teléfono un segundo antes de que empiece a sonar.

Estoy seguro de que es mi madre. "Hola", digo. Es ella; quiere que vaya a cenar porque viene una amiga de la familia que yo no conozco.

-Si no la conozco no hace falta que vaya -le digo.

-No podés hacernos esto. Sos lo único que tenemos.

Mi madre preparó albóndigas de primer plato y después bifes de hígado con ajo y cebollas y arroz blanco. Yo como sólo las cebollas saltadas en vino blanco y apenas pruebo el arroz. A pesar de que me muero por morder un pedazo de carne estoy decidido a no darles el gusto.

Al final resulta que la amiga de la familia trae a su hija con el novio, que quiere ser pintor y quiere conocerme. Vio mi última muestra y, dice, lo que hago le parece "interesante". Habla muy poco y su novia me pregunta por un buen taller para él. Tengo ganas de mandarlo al taller mecánico adonde dejé mi auto.

"No quiero algo académico, yo con modelo vivo ya trabaje", dice por fin. Le digo de buena manera que estoy muy desconectado de todo ese medio. Los tres invitados me miran incrédulos. "Además yo soy conceptual", me defiendo. Y repito sin parar "Soy conceptual, soy conceptual, soy conceptual hasta que me levanto de la mesa y me encierro en el cuarto de mis padres a mirar televisión. Cambio los canales con el control remoto de la videocasset. tera, pero a pesar de que tienen cable no hay nada: sólo películas dobladas. Aprieto el botón de play para ver si hay algún cassette puesto y aparece mi trainer favorito en medio de una sesión de elongaciones. Apago la máquina horrorizado en el mismo momento en que entra mi padre para pedirme por favor que vuelva a la mesa.

Lisa desaparece. En realidad no desaparece: falta a una cita, no me vuelve a llamar, y cuando toco el timbre en su casa, o llamo por teléfono, nadie contesta. La busco por Caballito, Primera Junta y Flores Camino por todo el Oeste como si la ciudad fuera un pueblo fantasma. Al 300 de la calle Campichuelo veo la motito de Laura atada a un árbol; sé que en esa misma cuadra vive una de sus alumnas partir culares de piano porque varias veces la pasé a busca para ir al cine Me imagino que de pronto aparece la alumna de Laura del brazo de su

madre. Me presenta como el novio de la profesora de piano. La madre me invita a tomar el te y yo no puedo negarme. El departamento está decorado a la francesa, con pisos de roble lustrado y resbaladizo. Cuando la madre me trae el té, la chica anuncia que va a tocar el primer movimiento de la sonata en do menor de Schubert.

Se sienta en el banquito, abre el piano, y antes de empezar a tocar me mira y dice, con la pronunciación y el énfasis más correctos: "Allegro". Pero la chica toca tan lento que me dan ganas de ponerme a llorar. En ese momento me doy cuenta de que la motito que estuve mirando todo este tiempo es amarillo de cadmio, mientras que la de Laura es azul cobalto. "Su hija tiene un talento increíble", me imagino que le digo a la, señora, y sigo mi camino.

No voy a llamar a Leandro, pienso, mientras espero que termine de cocinarse mi pescado al vapor, no voy a dejarme vencer otra vez por mi debilidad.

Un rato más tarde suena el teléfono y Leandro y yo quedamos en vernos directamente en el McDonald's, Sin pasar antes por el video-bar.

En la cola de la caja alguien me toca la espalda es Aníbal. Nos saludo a Leandro y a mí con más efusividad que nosotros a él. Hay bastantes personas adelante de nosotros a le digo a Leandro que me pida papas fritas y un milk shake de vainil mientras voy al baño. Entro directamente al de mujeres Lie No está Me doy cuenta de que tendría que haber entrado al de hombres, pero ya no quiero buscara no quiero encontrarla ahí adentro.

Aníbal pasa toda la noche con nosotros y no encuentro el momento de preguntarle a Leandro si sabe algo de Lisa. Tampoco puedo decirle a Aníbal que hace unos días usé sus shorcitos. Apenas puedo devolverle a Leandro el videocassette de las clases de gimnasia. Él me agradece; dice que ya lo tenía pedido.

Cuando vuelvo al taller mecánico a buscar el auto me doy cuenta de que me olvidé el recibo en el portarretratos, cubriendo la foto de Laura, pero el mecánico me entrega el coche igual. "Es un papelito sin ningún valor", me dice.

Doy vueltas por la ciudad; paso por delante de la casa de Lisa. Decido hacer el último intento, bajo y toco timbre. Me abre Lisa y me pregunta si quiero pasar. Le contesto si no prefiere dar una vuelta.

Estamos llegando al río cuando le digo:

-Cuando tu novio entró al baño del McDonalds tendrías que haberle pedido un papelito.

-¿Qué?

-Un recibo.

Bajamos del auto y nos sentamos sobre la baranda a mirar el río. Pronto siento que se me ablandan los hombros. Todo cambia de color;

es el atardecer. Antes de que pase más nada, siento la obligación de advertirle a Lisa:

-Lo único que tengo es un coche. Mi novia me dejó por mi mejor amigo y el departamento en el que vivo es alquilado.

De a poco se hace de noche y empiezo a tener hambre.

Los argentinos

Recién después de treinta y cuatro largos Javier empieza a perder la conciencia. Le pasa siempre igual; duda de sí mismo cuando está exhausto, cree que esta vez no va a poder resistir, pero en el largo treinta y cuatro ya no tiene peso, se vuelve más liviano y la tensión desaparece. Sus movimientos continúan otros movimientos; eso es lo que lo mueve, y no su propio esfuerzo. Al mismo tiempo se olvida de pensar. Así como lo mojado deja de parecerle mojado porque pierde relación con otras cosas, después del largo treinta y cuatro los pensamientos dejan de ser pensamientos y lo único que existe es su respiración.

Más tarde, en el vestuario, se cambia lo más rápido que puede. Lo primero que se pone, incluso antes de estar completamente seco, son los anteojos; usa seis de aumento y un parche en el ojo izquierdo.

Hace un poco más de un año, al día siguiente de cumplir quince, le entró una mosca en el ojo mientras bajaba una pendiente en bicicleta a toda velocidad. Clavó los frenos instintivamente, salió disparado por encima del manubrio, cayó sobre un brazo y se lo quebró. Le pusieron un yeso en el brazo y un parche en el ojo. El yeso se lo sacaron a los dos meses; el parche, no.

Detrás de un mostrador el encargado del vestuario lee un libro de predicciones astrológicas.

Cuando Javier está terminando de cambiarse le avisa que afuera la temperatura bajó más de lo que anunció el pronóstico. Javier no dice nada; le parece imposible que alguien pueda conocer el clima del exterior con el vapor y la calefacción que hay en el vestuario.

Un viento helado le pega de costado mientras espera en la parada del colectivo y hace que se dé cuenta de que tiene el cuello duro. El encargado tenía razón; debe ser uno de los días más fríos del año.

En el vestuario hay instalados tubos de PVC de los que sale un chorro de aire caliente que la gente usa para secarse el pelo, pero él no se lo secó, y ahora, en la esquina desierta, además del cuello duro, hace tanto frío que se imagina su cabeza cubierta de mechones congelados.

Enciende un cigarrillo apenas baja del colectivo; hizo ese trayecto tantas veces que tiene calculado que el tiempo que le dura el cigarrillo es el mismo que tarda en llegar a su casa. Cuando ve que Luis, su padre, lo espera adentro de un remise frente a la puerta del edificio, Javier da la última pitada y tira al suelo la colilla sin apagarla. Luis se va diez días de vacaciones; viaja a Cuba en una excursión. Javier va a acompañarlo al aeropuerto.

La ruta está inundada por los temporales de los últimos días. En la radio dicen que los meteorólogos anuncian lluvias para los próximos cinco meses; la causa es un fenómeno climático al que llaman por su nombre, como a los huracanes y a los tifones, y el remisero comenta que tener la posibilidad de llamar a los fenómenos meteorológicos por su nombre es un signo de progreso.

En Ezeiza, el remisero toma un agua tónica en el mostrador del bar y quiere volver enseguida a la ciudad; no hay tiempo de esperar a que Luis embarque.

-Si tuvieras dieciocho años me podrías haber traído vos con el auto no hay ningún tono de reproche en el comentario de su padre, pero Javier siente culpa por cualquier cosa y siempre se justifica por todo.

-Igual, tengo el cuello duro.

-¿Tenés torticolis?

-No hubiera podido manejar ni aunque supiera.

Se despiden. Luis se pone en la cola para despachar el equipaje y Javier sube al asiento de adelante del remise.

El camino de vuelta a la ciudad está demasiado inundado. Los coches que se animan a pasar van con el agua casi hasta las ventanillas, o agarran calles de tierra paralelas a la ruta.

-Por acá no se puede seguir dice el remisero-Yo me desvío y voy directamente a mi casa.

-¡Para dónde va?

-Liniers. De ahí te podés tomar cualquier colectivo.

Cuando el coche se sale de la ruta empieza a llover otra vez. En vez de pegar contra el pavimento las gotas caen directamente sobre el agua que inunda la autopista. En las calles internas el tránsito está un poco menos congestionado, pero en cuarenta y cinco minutos avanzan apenas dos cuadras. Javier decide bajarse cuando, a través de la lluvia, ve un cartel luminoso enorme que dice "Bingo". Está encendido a pesar de ser todavía de día. No tiene sentido estar sentado en un coche atascado en medio de otros coches; es mejor perder el tiempo

en un juego de azar. Javier no estuvo nunca en su vida en un bingo; sabe que se puede ganar dinero. Se despide del remisero y baja del auto.

El tiempo pasa rápido; gasta poca plata y juega varios cartones. Alrededor de las nueve de la noche se da cuenta de que tiene hambre. Todas las mesas del bar están ocupadas por mujeres mayores que se encienden los cigarrillos unas a otras, o matrimonios que leen revistas sin mirarse. En el mostrador se desocupa una banqueta. Javier se sienta, pide un triple de queso y tomate, y se dispone a comerlo.

A su lado, un chico unos años mayor que él come un alfajor de maizena especialmente grande. Tiene puesto un buzo Adidas verde, muy gastado; cuando era más chico, Javier tenía uno exactamente igual. El queso de su sandwich resulta ser una lámina sintética transparente y dura, muy parecida al plástico, y al tomate casi no le queda jugo. Javier huele Savora y la busca con la mirada. Tiene el olfato casi tan desarrollado como un perro. Ve el envase justo detrás del chico del buzo Adidas y le pide que se lo alcance; la Savora le tapa el gusto a cualquier cosa.

Apoyados contra una columna de espejos hay dos chicos que miran en su dirección. Por el espejo que hay detrás de la barra Javier ve que le hacen un gesto como para que se acerque. Se da vuelta y contesta con otro gesto: se lleva el índice al pecho preguntando si le hablan a él. Le dicen que no, y señalan al chico de buzo verde que come el alfajor a su lado. Javier le toca el hombro para avisarle, pero los dos que están apoyados contra la columna se les acercan antes de que el del buzo tenga tiempo de darse vuelta. Le hablan casi al oído, de una manera que a Javier le parece amenazante. Intenta no escuchar y vuelve a su sandwich; come con la cabeza torcida por el cuello duro y esa inclinación hace que parezca que mira a los de al lado. Los dos que acaban de llegar no tardan en irse y el chico del buzo Adidas verde se mete todo lo que le queda del alfajor en la boca de una sola vez.

Un poco más tarde, cuando retira del guardarropas su bolso con la ropa todavía mojada de la pileta, Javier se lo vuelve a cruzar. El del buzo verde entrega un numerito y retira un bolso del mismo tamaño que el de él.

-¿Qué mirás? -le pregunta a Javier.

-Nada.

-Cómo nada.

-No miro.

-Mirás de reojo.

-El año pasado se me metió una mosca y parece que miro, pero no miro.

-¿Una mosca?

-Ahá. Además, tengo el cuello duro.

-¡No ves?

-Veo, pero cada tanto tengo una molestia en el ojo izquierdo; tengo que ponerme unas gotitas, y el parche para descansar.

-Creen que vengo a trabajar. Vinieron a apretarme. Ya me vieron varias veces, pero yo acá no trabajo, vengo a hacer tiempo. Comparto el cuarto con un amigo y me pidió que lo deje un par de horas con una chica.

-Azufre. Para el cuello duro tenés que usar azufre.

Los dos salen del bingo al mismo tiempo y caminan hacia el mismo lado, pero cada uno por su cuenta. Ya es de noche y dejó de llover. Javier está tan mareado que tiene que agarrarse de las paredes.

El del buzo verde, que va atrás, lo pasa y le repite: si?

-Acordáte. Azufre. Andá a una farmacia de turno y comprá azufre. Te sentís mareado, ¿no? Cuando uno tiene el cuello duro sé le obturan las venas, te baja la presión, y eso produce mareos.

-¿Si?

-La sangre se coagula, se vuelve más pesada. Me lo dijo mi hermano, que estuvo en el ejército.

Javier entrecierra los ojos y sigue caminando, casi a ciegas. Transpira. Se apoya contra la pared de un edificio que parece una fábrica y se desliza hasta quedar sentado en la vereda, con las piernas extendidas.

A esa misma hora Luis todavía está varado en el aeropuerto. El comandante de a bordo del avión que iba a tomar tiene la presión alta y en esas condiciones, dicen, no se puede enfrentar un vuelo. Recién a las once y media de la noche la empresa hace que despachen las valijas pero anuncian que el avión sale al día siguiente. Hay varios micros que llevan a los pasajeros a un hotel del centro donde pasar la noche.

Apenas había despachado su valija Luis abrió el bolso de mano y buscó su medicación homeopática. Al no encontrarla dedujo que había quedado adentro de la valija. Se lo dijo al empleado de la aerolínea, detrás del mostrador, pero ya era demasiado tarde, la valija había desaparecido al final de la cinta rodante.

Ahora el micro lo deja sobre la 9 de Julio. Ve la cola de taxis esperando en la entrada del hotel y duda un segundo, pero finalmente decide aprovechar la habitación y pasar la noche ahí. Mira un poco de televisión y después se desviste y se mete en la cama. A los pocos minutos se da cuenta de que no va a poder dormir en una cama ajena y sin su remedio homeopático. Sabe que en ninguna farmacia de turno le van a preparar esa medicación y maldice que persista una costumbre tan artesanal en plena era informática; maldice sus

pesadillas, que lo obligan a descender en el tiempo; y maldice su pronóstico de insomnio, que ni siquiera le permite hacer el intento de conciliar el sueño. Está preocupado por interrumpir una noche su tratamiento médico; no sabe qué consecuencias puede traerle. Tal vez todo lo hecho hasta ahora no sirva para nada y tenga que volver a empezar de cero.

Luis empezó a ir al homeópata obligado por su hijo, porque sufría de pesadillas hiper violentas. En esos días había intentado asesinar a Javier en sueños.

Soñaba que le clavaba un cuchillo de cocina entre los ojos. También veía en sueños muñequitas con la cara de Cora, su novia, a las que les pinchaba alfileres. Soñaba incluso que metía a su novia y a su hijo juntos en una bolsa negra de residuos y los cocinaba al horno, sin asadera. Después, a la mañana, mientras los tres desayunaban, él contaba esos sueños. Además de las pesadillas, Luis sufría también de mareos esporádicos que a veces terminaban en desmayos.

Una noche se despertó en medio de una tormenta blanca, despedazando la almohada doble de plumas. Esa misma mañana, mientras desayunaban, Luis y su novia se separaron. Un par de horas después, cuando Javier vio el cuarto de Luis alfombrado con plumas de ganso, abrió su agenda en la letra "H" y sin decirle nada a su padre le pidió turno con un médico homeópata.

De un salto Luis se levanta de la cama, se pone algo de ropa, y sale al balcón de la habitación del hotel. Es viernes; la avenida está completamente iluminada; el ruido de fondo sobre la ciudad es mucho más intenso que el que oye desde el balcón de su casa. Está en un piso alto y las luces y los sonidos le parecen casi irreales, como si fueran proyecciones en el espacio de algo que en realidad está en otra parte. Piensa en las estrellas y levanta la mirada. El resplandor no lo deja ver si el cielo está cubierto o despejado.

Dos balcones más allá, siempre en el edificio del hotel, ve a un tipo de uniforme que aplasta con el pie una latita de gaseosa. Sospecha que es el piloto del avión y piensa que en un piso tan alto nunca le va a bajar la presión; lo elemental a veces suena estúpido, pero es lo elemental. Su habitación está con la luz apagada y la del piloto la tiene encendida; por eso puede observar sus movimientos sin ser visto.

Vuelve a mirar hacia abajo, se acuerda de los taxis estacionados en la puerta del hotel y, cuando le parece distinguir la fila de coches esperando, toma la decisión de pasar la noche en su casa.

Al mismo tiempo que busca dinero para pagarle al taxista enciende un cigarrillo, que apaga apenas se baja del ascensor. Con Javier tienen un pacto: los dos fuman, pero nunca adentro de la casa. Los dos tienen el olfato muy desarrollado; les gusta el humo, pero no aguantan el olor a cigarrillo impregnado en las cosas.

Luis abre la puerta de servicio con su llave; trata de no hacer ruido porque es tarde y supone que Javier duerme, pero encuentra la luz de la cocina encendida. La llave de paso del gas está abierta; Javier tenía instrucciones de cerrarla todas las noches antes de irse a dormir. En realidad, la costumbre de la casa es mantener la llave de gas cerrada siempre que las hornallas están apagadas. Sobre la mesada de mármol ve un cartón de bingo junto con el manojo de llaves de Javier y una taza de té vacía qué todavía tiene el saquito adentro. Luis cierra la llave de gas y abre la puerta que da al living. En la casa hay música; viene del cuarto de su hijo. Un poco más fuerte que la música, escucha la voz de Javier que canta por encima de la grabación. Luis sale del rectángulo de luz que recorta la puerta de la cocina en la pared del living y camina unos pasos hacia la oscuridad. Se queda un rato parado mirando el pasillo sin saber qué hacer. No reconoce la música que escucha su hijo, pero todo suena armonioso, a pesar de que la voz de Javier desafina un poco.

De vuelta en el hotel Luis se lustra los zapatos en la máquina que hay a la derecha del mostrador de la recepción y después se sienta en uno de los sillones de cuero marrón del lobby que simulan el living sobredimensionado de un departamento inexistente. Son las tres de la mañana y ni siquiera se le pasa por la cabeza volver a pedir la habitación; ya hizo el check-out y no sabría cómo explicar su vuelta.

Apoya el bolso de mano sobre la mesa ratona y saca el libro que se compró para el viaje: una biografía de Sartre. La abre en la primera página e intenta leer con atención pero no puede concentrarse. Vuelve a empezar desde el principio y se da cuenta de que no registró nada en la primera lectura, y ese pensamiento hace que tampoco pueda concentrarse esta vez; levó la primera página dos veces y todavía no tiene la menor idea de lo que dice. Igual, hace un tercer intento. Se compró la biografía de Sartre porque nunca en su vida leyó nada de él; hace una semana vio el libro en una librería y sintió curiosidad por saber qué hubiera pasado con él de haber sido un intelectual a los veinte años. Abandona por un momento la lectura y mira la gente que todavía está despierta a esa hora en el lobby del hotel. Un chico unos años mayor que Javier atiende en el mostrador; el barman lee el diario del día siguiente detrás de la barra del bar. En los sillones hay un negro con pinta de jugador de basket durmiendo y una mujer de unos cincuenta años que lee una revista. Luis mira al negro abstraído y se pregunta cuánto medirá.

Debe estar por arriba de los dos metros -le comenta la mujer como si le hubiera adivinado el pensamiento-. Usted debe ser del vuelo de Cubana, lo vi más temprano en el aeropuerto. ¿De dónde es?

No es de Buenos Aires, ¿no?

-Luis le explica su situación, el insomnio y que su hijo de dieciséis años se queda solo por primera vez.

Cuando menciona el cartón del bingo sobre la mesada de la cocina de su casa la mujer, que se llama Susana y es de Rosario, le dice que una amiga le aseguró que ir al bingo en Buenos Aires es como estar en Las Vegas.

En ese momento Luis ve en la barra del bar al que cree que es el comandante de a bordo de su vuelo. Verlo en la planta baja le produce alivio. El hombre sigue de uniforme y esta vez toma agua mineral, pero no de un vaso, sino del pico de la botella.

-Mi hija también es rara. Me hicieron compartir la habitación con ella. No puede dormir, se pasa todo el tiempo con el televisor encendido, o en el balcón, y no me deja dormir a mí.

-Que yo sepa, hasta hoy a la noche mi hijo nunca había ido al bingo. Yo tampoco.

Allá en Rosario también tenemos, pero seguro que no es como el de acá dice Susana.

-Me dijeron que el de San Fernando es muy espectacular.

-Es entretenido y no se gasta mucha plata.

-No conozco el sistema.

-Se paga una entrada mínima y después va por cartón jugado. Es como la lotería. -Susana enciende un cigarrillo-¿Fuma? Dicen que el de Lavalle está abierto toda la noche.

Luis acepta el cigarrillo que le ofrece la mujer y se fija la hora en su reloj. Son las tres y cuarto; todavía faltan cuatro horas para que amanezca. Enseguida Susana sube a su habitación a buscar la cartera y, un rato después, en el salón principal del bingo de Lavalle, los dos se olvidan del resto del mundo, concentrados en esperar que coincidan los números que cantan por los altoparlantes con los que hay en los cartones que cada uno tiene en la mano.

Un poco más tarde Susana vuelve del baño.

-En la puerta del toilette hay un hombre muy bien vestido que me ofreció llevarme a un hotel de la zona por ciento cincuenta pesos le dice sentándose a la mesa.

-¿Qué quiere decir "bien vestido"? Luis reacciona rápidamente y pregunta lo primero que se le ocurre, para evitar que Susana crea que está escandalizado.

-Chomba tipo Lacoste y pantalones de gabardina, creo. No eran vaqueros.

-¿Y usted qué le dijo?

-Le dije que en la cartera tenía poco efectivo.

-Ahá.

-Me hizo prometerle que, si ganaba, lo iba a buscar.

El tiempo pasa muy rápido. Juegan un par de cartones compartidos más, toman varios whiskies, y entre los dos ganan quinientos pesos.

-¿Y ahora qué va a hacer? le pregunta Luis cuando caminan hacia la salida y pasan por la puerta del baño de mujeres.

-Acompáñeme.

-¿Adónde?

-Adonde me lleve.

Susana se acerca a la puerta del baño de mujeres y habla con el hombre de chomba tipo Lacoste y pantalones de gabardina. Está parado al lado del teléfono público como si esperara una llamada. Luis se acerca y escucha que el hombre le pregunta a Susana si tomó alguna decisión; Susana le dice que quiere estudiarlo un poco mejor y que se pare contra la pared. El hombre le hace caso.

-No, no, más cerca de la luz.

A Susana se aleja un poco para mirarlo y le pregunta a Luis:

-¿A usted qué le parece?

-¿Cómo se llama?

-Javier.

-Igual que mi hijo.

-¿Qué opina? ¿Vale ciento cincuenta pesos?

-No sé qué decirle.

-Vamos, use su imaginación, acá no lo conoce nadie. ¿Qué opina?

-Mire, usted en este momento tendría que estar volando a Cuba. Está en un agujero en el tiempo y tiene dinero que le cayó del cielo, haga lo que quiera.

-Acompáñeme.

-¿Tiene miedo?

Susana no contesta.

Los tres salen del bingo y caminan en silencio hasta un hotel de una estrella sobre la calle Esmeralda. El hombre pide la llave de una habitación en el mostrador mientras Luis se sienta en un sillón del hall.

-La espero acá abajo.

Susana duda un segundo y después dice:

-Sí, mejor.

Luis agarra una revista de temas agropecuarios y se queda dormido en el sillón del hall del hotel.

A las siete menos veinte Susana lo despierta. A Luis le duele la cabeza. Susana quiere volver al otro hotel antes de que se levante su

hija pero cuando llegan ya está desayunando en el bar y mira a Luis con desaprobación. Tiene alrededor de veinticinco años y toma café con leche con medialunas. Susana y Luis se sientan con ella.

-Avisaron que el vuelo sale a las once y media dice-. Pregunté, y parece que el comandante de a bordo ya está recuperado

-Menos mal.

-Hm -dice la hija de Susana con una medialuna en la boca . Anoche, en un momento; vi un tipo de uniforme en el balcón de la habitación de al lado. Supongo que era él. Tomaba una latita de Coca-Cola; parecía cansado.

.-¿En qué piso estaban? -pregunta Luis.

-En el diecisiete -le contesta la hija de Susana.

-Yo también dice Luis . Es la primera vez que veo Buenos Aires desde un piso tan alto.

Un poco más tarde Javier se despierta y entra en la cocina a prepararse el desayuno. Todavía siente un leve tirón en el cuello, menos fuerte que la noche anterior. Se sorprende un segundo al no ver colgados del ténder del lavadero su malla, la toalla y las antiparras, y se acuerda de que se dejó olvidado el bolso en el cuarto de Ariel, el chico del buzo Adidas verde gastado que estaba la noche anterior en el Bingo. Perdió la conciencia en la calle durante unos minutos y cuando abrió los ojos Ariel estaba ahí, intentando reanimarlo. A pesar de que tiene las imágenes muy presentes, Javier no puede acordarse de los sonidos de la escena; puede ver los gestos y los movimientos con mucha precisión, es consciente de todo lo que se dijo y pasó, pero no se acuerda ni de los ruidos ni de las voces. Ariel insistió en que Javier lo acompañara a la pensión adonde vivía, a la vuelta del bingo, hasta que se le pasara el mareo.

Compartía el cuarto con un brasilero que estaba en Buenos Aires temporariamente. Media hora después, completamente recuperado, Javier viajaba en un taxi camino a su casa y a las pocas cuadras se daba cuenta de que se había dejado el bolso en el cuarto de Ariel. No le preocupó demasiado porque llevaba solamente las cosas de natación: la malla, la toalla, las antiparras, las ojotas y el carnet de la pileta. A esa hora el tránsito ya se había calmado y el viaje a su casa se le hizo muy corto.

Ahora, a la mañana, Javier abre la llave del gas y pone agua para prepararse un té. Tira el saquito usado de la taza que hay arriba de la mesada de mármol, la lava, y agarra un saquito nuevo. Pone dos rebanadas de pan lactal en la tostadora eléctrica y deja todo haciéndose mientras vuelve a su cuarto, en donde se viste y hace la cama.

Almuerza fideos con crema y arvejas, sabe cocinar algunos platos

básicos, y un par de horas después decide ir a la pileta. Tiene otra malla y otro par de ojotas y en lugar de comprarse antiparras nuevas le alquila unas por un peso al cuidador del vestuario.

Pero cuando va por el séptimo largo siente un tirón muy fuerte en el cuello y tiene que salir del agua.

En el vestuario se aplica aire caliente con el tubo de PVC; eso lo alivia un poco.

Al volver a su casa encuentra un mensaje en el contestador. En el momento en que empieza a escucharlo suena el teléfono. Javier atiende sin apagar la máquina, y escucha la voz de Ariel tanto en el contestador como del otro lado de la línea. En el mensaje, Ariel le dice que encontró el carnet en el bolso, llamó a la pileta, y le dieron su número de teléfono; ahora vuelve a llamar porque no dejó ningún número grabado para que Javier se comunique con él. Quedan en encontrarse a las ocho, esa misma noche, en un bar de Corrientes.

Javier, Ariel y Carlos, el brasilero con quien Ariel comparte el cuarto, están sentados a una mesa del bar. Ariel y Carlos toman cerveza; Javier chocolate con churros, es la especialidad de la casa y, además, él no toma alcohol. Hace ya cerca de una hora qué están ahí y, en un momento, sin que nadie le pregunte nada, Carlos empieza a contar por qué está en Buenos Aires:

-El año pasado conocí a tres argentinos en un pueblito del norte de Brasil, cerca de Bahía, un lugar que antes era una aldea de pescadores y ahora es una playa medio hippie. Estuvimos dos semanas con los argentinos compartiendo todo, acampábamos al lado, hacíamos el fuego juntos a la noche, íbamos al mar, jugábamos a las cartas, todo eso. Unas semanas después los argentinos pasaron por San Pablo de vuelta para Buenos Aires y me llamaron por teléfono. Yo les di hospedaje por dos o tres días; cuando se fueron me dejaron su número en Buenos Aires. Hace más o menos un mes y medio decidí venir a la Argentina de vacaciones y los llamé para avisarles. Me vinieron a buscar al aeropuerto, nos saludamos con besos y abrazos, y apenas nos metimos con el coche en la autopista me robaron, me violaron en los bosques de Ezeiza, y me dejaron ahí tirado.

Carlos habla bastante bien castellano. Dice que aprendió en la Universidad y mirando programas de televisión argentinos por cable. Desde hace veinte días espera un giro bancario de su familia, que se demora siempre por algún problema nuevo. Carlos dice que tiene únicamente el número de teléfono de los argentinos que lo violaron y cada tanto llama, pero hasta ahora nunca atendió nadie.

Un poco más tarde los tres están en el living de la casa de Javier,

cada uno con un vaso de whisky en la mano; esta vez Javier decidió probar con el alcohol.

En un momento en que Carlos se va al baño, Javier le pregunta a Ariel:

-Ariel.

-Qué.

-¿Es cierto lo que contó Carlos?

-¿Lo de la violación? Sí. ¿Por?

-Pero, ¿los tres?

-¿Los tres qué?

-¿Lo violaron los tres argentinos?

-Si, los tres.

-¿Y lo cuenta así nomás?

-Prefirió no hacer la denuncia porque le robaron también los documentos; tenía miedo de que lo tomaran por un ilegal.

-¡Por qué no va a la casa y los espera en la puerta hasta que aparezcan?

-No sabe dónde viven. Tiene únicamente el número de teléfono.

Cuando Ariel y Javier escuchan que Carlos vuelve del baño interrumpen la conversación.

A eso de las once y media de la noche Javier decide preparar algo de comida. Saca unas hamburguesas de soja de la heladera, las mete en el horno, y abre dos latas de ensalada jardinera. Hace casi un año, una noche, Javier y Luis fueron juntos al cine a ver El pequeño Buda. La película les pareció pésima pero, en la escena inicial, se relataba una fábula que arengaba al público en contra de la matanza de animales. Javier y Luis decidieron que, para sacar algún provecho de una de las peores películas del año, a partir de ese momento iban a dejar de consumir partes de animales muertos. Seguramente en la decisión había influido el hecho de que, antes del cine, comieron una milanesa de ternera gigante entre los dos en La Farola de Núñez. La milanesa desbordaba la fuente metálica doble y tanto Javier como Luis sufrieron un dolor de panza terrible durante toda la película.

Cuando Ariel y Carlos ven la comida que preparó Javier no se ponen demasiado contentos pero no dicen nada. Desde hace dos meses, Ariel trabaja de cocinero en un restaurante vegetariano autoservice del centro. El restaurante está abierto solamente durante la semana, los mediodías. Ariel no gana mucho, pero por lo menos lleva comida al hotel todos los días, y para él y para Carlos convertirse en vegetarianos fue una opción obligada. Los tres están muertos de hambre y atacan vorazmente la ensalada jardinera, pero las hamburguesas quedan intactas en la fuente: a esta altura, a Ariel y a Carlos se les cierra el estómago si ven de cerca un poco de soja; y Javier, a pesar de evitar la carne, sólo come pizzas, fideos y enlatados,

ni siquiera tolera las verduras frescas. Las hamburguesas de soja las compra Luis, que trata de llevar una dieta más equilibrada.

A través de Leo, un amigo que tiene acceso a Internet, Javier consulta el CD-rom de la guía de teléfonos y, con el número que tiene Carlos, averiguan la dirección de los tres argentinos que violaron al brasilero. El departamento queda en un monoblock en Lugano. Javier, Ariel y Carlos van hasta allá en el coche nuevo de Luis. Maneja Ariel, que es el único que tiene registro. El coche es una cupé deportiva importada último modelo. Javier asegura que es la misma que tienen Caniggia y Mariana Nannis; su padre la está pagando en cuotas. Como Ariel y Carlos no le creen, Javier saca de la guantera una foto de la revista Caras en donde se ve a Caniggia manejando un coche exactamente igual al de Luis; incluso el color es el mismo. En el asiento del acompañante se la puede ver a Mariana Nannis vestida con una campera de cuero blanca y botas haciendo juego.

Al llegar al monoblock tocan el portero eléctrico pero no contesta nadie. Esperan unos minutos, hasta que consiguen meterse en el edificio detrás de una chica de unos diez años, de guardapolvo blanco, que abre con su llave. Suben junto con ella en el ascensor y bajan todos en el octavo piso. El pasillo se extiende hacia los dos lados; la chica se aleja hacia la derecha mientras Javier, Ariel y Carlos buscan el departamento "F*. Cuando lo encuentran, primero tocan el timbre y después Ariel llama a la puerta con unos golpecitos suaves. No hay respuesta. Javier se imagina una pelea cuerpo a cuerpo, tres contra tres. Sabe que él pierde, tiene apenas dieciséis años, anteojos, un parche en el ojo izquierdo y el cuello que no se termina de recuperar. Ariel insiste con los golpes que, ante el silencio del otro lado, se vuelven más agresivos. Ya no cabe duda de que no hay nadie en el departamento: Sin embargo, Ariel golpea con más y más violencia y los golpes empiezan a perder sentido. Es como si su cabeza estuviera en otro lugar y se dejara llevar por un impulso. Da la impresión de que ya no sabe para qué golpea a esa puerta; tanto, que Javier está a punto de tocarle el hombro para despertarlo, pero se frena porque en ese momento se abre otra puerta y una vecina sale al pasillo. Ariel deja de golpear. A lo lejos, en el silencio que se produce, se alcanza a distinguir una música; a Javier le parece reconocer un oratorio de Bach.

-No hay nadie, querido. Está desocupado -dice la vecina, una típica ama de casa de unos cincuenta años. Su voz es ronca y le cuelga un cigarrillo de los labios-. Antes vivían unos pendejos drogones, pero se fueron el mes pasado. Eran tres, amontonados en un departamento de un ambiente.

-Yo sé quiénes son dice Carlos.

-¿No sabe adónde los podemos encontrar?
-pregunta Ariel.
-No, no, se fueron el mes pasado cuando les
venció el contrato.
-Ellos me violaron, señora.

La mujer se lleva una mano al pecho y les ofrece entrar al departamento; tiene las llaves porque está en alquiler y ella es la encargada de mostrarlo.

-El lugar es un caos. Todavía quedan cosas de los inquilinos anteriores: algunos muebles viejos, papeles y revistas tirados por el piso, una barra para hacer ejercicios atornillada al marco de la puerta del baño; que está inundado. La vecina les aclara que ella no piensa ni limpiar ni ordenar ese desastre; en todo caso, que se encargue el dueño, dice. Mientras recorren el lugar, Carlos vuelve a contar la historia de su violación. Le habla directamente a la vecina, y esta vez da más detalles que cuando se la contó a Javier.

Ariel se sienta a escuchar en un sillón muy bajito, con el tapizado imitación cuero de vaca blanco y negro; al sillón le falta una pata, que fue reemplazada por un par de ladrillos. Javier nota una taza de té que quedó olvidada sobre una cómoda vieja, pintada de colores fuertes. Se distrae mirando la taza, y se pierde en el mundo microscópico de las formaciones de hongos verdes que se desarrollaron sobre la superficie oscura del líquido, como si estuviera recorriendo un paisaje primitivo. Cuando Carlos termina de contar su historia la mujer les pregunta si no les interesa alquilar el departamento. Son apenas doscientos noventa pesos por mes; no es mucho más de lo que pagan Ariel y Carlos en el hotel. En realidad, Carlos todavía no pagó nada, recién va a cubrir la deuda cuando le llegue el giro de San Pablo.

El departamento tiene sólo un ambiente, pero parece haber sido edificado durante un plan de viviendas estatal en los años 40 o 50, cuando los materiales eran de mejor calidad y las construcciones más sólidas. Por eso, en la antesala del baño hay un pequeño vestidor donde está el placard. En una de sus puertas hay algunas fotos pegadas. Carlos las estudia con atención y arranca una en la que reconoce a dos de los argentinos que lo violaron en los bosques de Ezeiza. Están sentados en un bar que parece de la Capital, o de algún lugar del Gran Buenos Aires, tomando cerveza junto con tres chicas desconocidas.

Casi en el mismo momento Ariel abre uno de los cajones de la cómoda pintada de colores fuertes sobre la que quedó olvidada la taza de té y encuentra la foto que faltaba, la del tercer argentino. Tiene más o menos veinticinco años, el pelo largo y, como está sin camisa, se puede ver que un tatuaje en forma de alambre de púas rodea su

brazo derecho.

-Cuando me violó tenía el pelo corto -dice

Carlos al confirmar que se trata del otro argentino y enseguida asegura que la foto fue tomada en la playa hippie del norte de Brasil, adonde los cuatro pasaron juntos las últimas vacaciones.

Un poco más tarde, en su casa, Javier sintoniza el televisor en una película que dan en un canal de cable. La película está doblada y al mismo tiempo tiene subtítulos en castellano, seguramente para que también los sordos puedan apreciarla. Pero por algún motivo extraño las palabras que se dicen no coinciden con las letras impresas de los subtítulos: son dos traducciones diferentes al mismo idioma, que nadie se molestó en comparar. Tal vez por eso, o porque están abatidos y decepcionados, ninguno de los tres puede concentrarse en la trama de la película. En un momento perdieron el hilo de la historia y ya nunca pudieron volver a encontrarlo. Sin embargo, ninguno hace nada por cambiar de canal o de actividad; se quedan los tres fijos frente al televisor hasta que el último de los créditos de la película desaparece por el borde superior de la pantalla.

Ariel y Carlos pasan la noche ahí; Javier les deja su habitación. Tiene una cama extra que se saca de abajo de la de él. En el cuarto de Luis, Javier ocupa únicamente el lado de la cama que su padre nunca usa, el que está más cerca de la ventana.

A la mañana siguiente, a las ocho menos cuarto, Javier y Ariel salen juntos del departamento. Javier va al colegio y Ariel entra a trabajar a las nueve en el restaurante vegetariano: Carlos puede darse el lujo de dormir unas horas más. Cuando se despierta revisa los discos de vinilo de Luis que hay al lado del equipo de música del living. La mayoría son de jazz o música brasilera, pero él elige uno de Janis Joplin.

En la pared opuesta a la biblioteca, arriba del sillón de tres cuerpos, hay un cuadro de la ciudad de Nueva York con las ventanitas de los edificios iluminadas. El cuadro tiene un tubo fluorescente en la parte de atrás y un interruptor para prenderlo o apagarlo. Javier y Luis tienen la costumbre de dejarlo encendido a la noche como luz de seguridad. La noche anterior Carlos se levantó para ir al baño, vio la luz en el living, se acercó al cuadro iluminado y se quedó un rato largo mirándolo, como si hubiera visto algo de vida detrás de la ventana de alguno de los edificios de la ciudad ilustrada.

De repente, mientras Carlos está en la ducha, la luz del baño se apaga y al mismo tiempo la voz de Janis Joplin patina hasta desaparecer en la bandeja del equipo de música del living. La electricidad se cortó en toda la casa. Carlos protesta, hace tiempo que no se daba una ducha como ésa, con tanta presión de agua y la temperatura tan justa. Se seca con una toalla y va al cuarto de Javier, adonde dejó la ropa, pero en el pasillo hay humo y huele a quemado.

Llega a la cocina y ve que la tostadora eléctrica se está incendiando. Dejó la pava en el fuego y dos rebanadas de pan lactal tostándose mientras se duchaba. En el momento de saltar, las tostadas se quedaron trabadas y se prendieron fuego. La llamarada quemó el cable de la tostadora y el tomacorriente, y se produjo un cortocircuito. Se incendiaron un repasador, un almanaque, y dos agarraderas. Carlos consigue apagar el fuego con la misma toalla que usó para secarse, pero no puede evitar que en la pared se forme una mancha negra enorme y que la pintura se descascare.

Al mediodía, cuando Javier vuelve del colegio, el olor a quemado sigue siendo muy fuerte y la electricidad todavía no volvió. Carlos, que estuvo rasqueteando la pared, está otra vez en la ducha con la puerta del baño abierta para que entre un poco de luz. Sin salir de la ducha le cuenta a Javier. Lo que pasó. Javier va a la cocina y verifica los daños. Piensa que una mano de pintura puede borrar prácticamente todas las huellas, y el almanaque, las agarraderas y el repasador son fáciles de reponer; es algo que se puede hacer inmediatamente, antes de que Luis vuelva de Cuba. Javier está a punto de bajar a hablar con el portero por el cortocircuito, cuando se da cuenta de que por la puerta de la heladera corre un hilito de sangre rojo que ya formó un charco en el piso. El hilito viene del freezer; Javier lo abre y, entre cajas de cartón de vegetales, cubeteras y envases para helado de telgopor, encuentra una colita de cuadril descongelada, desangrándose.

Cuando Javier vuelve de hablar con el portero para que revise los tapones, Carlos ya salió de la ducha y está en la cocina mirando la colita de cuadril apoyada directamente sobre la mesada de mármol.

-¡Y esto? -pregunta.

-Tiene ocho meses -dice Javier-. La congelamos la noche que dejamos de comer carne; me había olvidado completamente.

En ese mismo momento se oye el ruido del motor de la heladera que vuelve a arrancar; otra vez hay electricidad en la casa. En el living, la púa de la bandeja resbala por el disco haciendo que la voz de Janis Joplin bostece hasta alcanzar las 33 revoluciones por minuto, y la ciudad de Nueva York vuelve a iluminarse.

Un par de noches después el teléfono de lo de Javier no alcanza a sonar dos veces antes de que Ariel atienda. Ariel escucha la voz de Luis del otro lado de la línea preguntando por su hijo y, decepcionado, le pasa el tubo a Javier.

Ariel, Carlos y Javier se reunieron alrededor de las ocho para comer la colita de cuadril que Ariel adobó y cocinó a fuego mínimo en el horno. El pedazo de carne había pasado ocho meses en estado de hibernación sin que nadie se acordara de él, seguramente porque se había convertido en un bloque de hielo escarchado sin forma ni color

reconocible; sin embargo, según la opinión de los tres, no perdió ni siquiera un poco de sabor. Después de cenar Ariel llamó a un programa de rádio y dejó el número de teléfono pidiendo tres chicas para salir ese fin de semana. Hace más o menos media hora que hicieron el pedido pero todavía no recibieron ninguna respuesta.

Luis habla desde Cuba, desde el hotel Habana Libre, que antes de la Revolución se llamaba Hilton.

"Todavía tiene la decoración y los muebles de fines de los años 50. Es como estar en una de esas series de televisión que te gustan a vos", le dice a Javier, a pesar de que, si hay algo que Javier odia, son las series de televisión de cualquier género o época. Lo exaspera el artificio alrededor del que se arman las tramas. La repetición sistemática del mismo esquema cada día lo irrita, y le resulta imposible abstraerse del engaño y dejarse llevar por las historias. Sin embargo, en lugar de fijar su posición frente a su padre y empezar una discusión, decide seguir adelante con la charla de manera normal y le pregunta si lo está pasando bien en Cuba. Si no se sintiera culpable por el incendio y sobre todo por la traición, esa misma noche justamente, al pacto vegetariano, Javier probablemente le hubiera echado en cara a Luis su comentario fuera de lugar.

A eso de la una, cuando Javier vuelve de abrirles la puerta de abajo a Ariel y Carlos, el teléfono vuelve a sonar. Del otro lado de la línea escucha la voz de una chica que dice llamarse Lucila y llama por el aviso de la radio. Se preguntan los datos personales y cada uno hace su descripción física. Javier, casi sin darse cuenta, le miente; dice que tiene veintiún años. Se quedan hablando hasta las tres y media de la mañana, y al mediodía siguiente Lucila vuelve a llamar.

Más tarde llegan Ariel y Carlos para pintar la pared de la cocina. Javier pone música y los tres se disponen a trabajar, pero en realidad hay tan poco que hacer que uno pinta y los otros dos miran. Cuando terminan, Ariel les distribuye fotocopias color de las dos fotos en las que se puede ver a los tres argentinos que violaron a Carlos. Carlos se guarda las fotocopias en el bolsillo de la campera y, a la noche, cuando sus dos amigos ya se fueron, Javier las pega con plasticola en la tapa de una de sus carpetas del colegio.

El sábado siguiente Luis vuelve de Cuba y Javier va con un remise a esperarlo al aeropuerto.

En los últimos días Carlos se llevó sus pocas cosas del cuarto de hotel que compartía con Ariel y se instaló en lo de Javier. El miércoles a la noche Ariel fue a tomar algo a un bar de Devoto, La Manzanita, con una ex novia de cuando todavía vivía en Bahía Blanca. En un determinado momento le pareció distinguir en otra mesa a uno de los tres argentinos que violaron a Carlos, el de la foto de la playa hippie del norte de Brasil con el tatuaje en forma de alambre de púas

alrededor del brazo. Estaba sentado con una chica al lado de la ventana y Ariel le clavó la mirada y no se la sacó ni por un segundo. Cuando el tipo se levantó para ir al baño, Ariel le dijo "permiso" a su ex novia, se levantó de la mesa y lo siguió.

En el baño el tipo se había encerrado en una de las cabinitas. Ariel fue hasta la puerta cerrada y empezó a golpearla con fuerza. "¡Salí, hijo de puta!", gritaba.

El tipo salió un poco sorprendido. Ariel lo agarró del cuello y lo sacudió. Se revolcaron por el piso del baño agarrándose a piñas. Enseguida entraron dos mozos para separarlos y después las dos chicas con las que estaban sentados. Antes, Ariel consiguió arrancarle la camisa y pudo ver que no tenía ningún tatuaje en el brazo. Le pidió perdón, pero el tipo no lo aceptó, y tuvieron que agarrarlo entre cuatro para que no lo matara a golpes. Ariel quedó con un ojo morado y varias contusiones en el cuerpo. Unas horas después, cuando le contó la historia a Carlos, a Ariel le sorprendió su reacción indiferente. Enseguida la sorpresa se transformó en odio y rencor, le dijo que era ingrato y desagradecido y lo echó del hotel.

En la autopista, durante el viaje de vuelta del aeropuerto, Luis le confiesa a Javier que un mediodía, en Cayo Largo, violó el acuerdo de no consumir carne y comió langosta a la parrilla. Javier no dice nada pero se siente aliviado, ahora los dos están iguales, y puede expiar su culpa por la colita de cuadril descongelada. Ya en la Capital, Javier y Luis encienden un cigarrillo casi al mismo tiempo; lo terminan cuando el remise estaciona delante del edificio adonde viven.

Un poco más tarde, en la zona para fumadores del bar de la esquina, Luis habla con Javier y Carlos sobre su viaje, mientras fuman los cigarros que trajo de Cuba. Está fascinado con Cayo Largo, una isla adonde aterrizan directamente charters repletos de italianos y alemanes. La arena es blanca y el mar turquesa y transparente. El aeropuerto se llama Blue Lake Disco: del techo cuelgan una bola de espejos que gira y una parrilla con luces de colores, y a la noche el hall central se convierte en pista de baile.

Cuando Luis cuenta que en las playas de Cayo Largo él y Susana, una mujer de Rosario, se mezclaron entre los europeos y tomaron sol desnudos, en la mesa se produce un silencio y Javier se ruboriza.

Mira a Carlos y ve que está a punto de abrir la boca para decir algo. Javier tiembla: sabe que lo que va a contar es la historia de su violación. Pero Carlos seguramente percibió su nerviosismo porque en vez de hablar se acomoda en la silla, da una pitada a su cigarro y se queda callado.

Desde la noche en que Lucila llamó por el aviso de la radio, Javier habla por teléfono con ella bastante seguido. Cada vez que Lucila lo llama se encierra con el inalámbrico en su cuarto o en el de Luis, y

charlan durante una o dos horas. Hasta que finalmente deciden encontrarse, y ella le da cita un lunes a las once y media de la mañana en Plaza Constitución. A último momento, antes de cortar, Javier le avisa que van a ser tres, porque piensa ir a la cita con Ariel y Carlos. Lucila le dice que puede llevar sólo una amiga; ellas van a ser dos, pero no importa.

El lunes a las once y media de la mañana en Constitución, en vez de ser tres y dos, resultan ser dos y una. Lucila aparece sola y Javier va únicamente con Carlos; desde la pelea, Ariel llama muy de vez en cuando y ellos no fueron hasta el hotel a buscarlo. Javier llegó unos minutos más temprano y en el baño de un bar se cambio el uniforme del colegio por otra ropa que se trajo en un bolso, además de sacarse el parche que le cubría el ojo izquierdo.!

-Te mentí -es lo primero que le dice Javier a Lucila en cuanto la reconoce. Tengo dieciséis años.

-Yo también te mentí -le contesta ella, que es un poco gordita pero muy simpática-. Me llamo Leticia, no Lucila.

Carlos, Javier y Leticia caminan por la 9 de Julio. Al llegar al Obelisco, Leticia propone ir al cine.

Se meten en uno de Lavalle y ven tres películas en continuado. Durante la proyección de una de las películas Javier tiene la impresión de que volvió a desmayarse: cierra los ojos y cuando vuelve a abrirlos no entiende absolutamente nada de lo que pasa en la pantalla. Aunque puede ser que la película esté cortada, o el proyectorista se haya equivocado en el orden de los rollos; en esos cines no sería nada raro.

Cuando salen, en la calle ya es de noche.

-Vamos a tomar un café -dice Leticia, y mira a Carlos-. No será como el de ustedes, pero igual se banca.

Después de hacer el pedido, Leticia cuenta que Lucila, su mejor amiga, le compró en Israel unas películas triple X increíbles, y les dice que la próxima vez que se encuentren las va a traer para qué las vean juntos.

-Hay una que se llama Orgía total. Actúan Tracy

Lords y Tom Byron

-¿Quién? preguntan Javier y Carlos al mismo tiempo.

-Tom Byron. Es una estrella del porno, lo mismo que Tracy Lords pero en hombre. sIdistanton

-Ah.

-Bueno, ellos dos son una pareja que va en co-l che por la ruta. Se les pincha una goma y el auto se les queda en el medio del campo. Entonces ven una casa y tocan el timbre. Un tipo les abre y les dice que pasen. Adentro hay una orgía y el dueño de casa los invita a participar. Ellos aceptan. Entran; se sacan la ropa, y bueno, vemos todo eso, primero uno con una, después ésa con otro... Todos cogen

con todos.

Pero lo raro es que, más o menos por la mitad de la película, Tracy Lords desaparece.

-Como en La aventura, de Antonioni –dice Javier.

-Sí. Bueno, lo que pasa después es que todos los otros personajes desaparecen también. Todos menos Tom Byron y la esposa del dueño de casa, que se quedan solos. Hasta que en un momento la esposa del dueño de casa le muerde el cuello a Byron. El reacciona y se da cuenta de que todos los demás volvieron a aparecer y están ahí, en la misma habitación. Siguen todos en pelotas, y hacen una ronda alrededor de él. Lo increíble es que ahora tienen colmillos. De a poco la ronda se va cerrando alrededor de Tom Byron y todos se le van acercando amenazantes, hasta que, cuando llegan a él, lo muerden y se lo comen. Fin.

-Increíble -dice Javier.

Se produce un silencio en la mesa hasta que Carlos dice: "Sí. Yo..", y mira a Javier con ojos suplicantes, como si le estuviera pidiendo permiso para seguir hablando; pero Javier, imperceptiblemente, le hace un gesto negativo con la cabeza.

-Es genial -sigue Leticia, entusiasmada- "You are one of us. You are one of us", le dicen los de la orgía a Tom Byron. Es lo único que entendí, no soy muy buena en inglés y los subtítulos están enhebreo. Podemos pedirle a Lucila que los traduzca.

A mí también me hubiera gustado tener una educación religiosa, como ella, pero mis viejos siempre fueron medio psicobolches. No querían que me lavaran el cerebro. A mí me hubiera encantado que me lavaran el cerebro.

Un poco más tarde, Javier se levanta de la mesa para ir al baño. Cuando vuelve, nota que la actitud de Leticia hacia Carlos cambió completamente. Tiene la impresión de que Carlos aprovechó su ausencia para contarle a Leticia todo sobre su violación.

Ahora se la ve más atenta; lo mira casi con dulzura, y le sonríe seguido. Charlan entre ellos muy compenetrados y Javier se queda afuera de la conversación.

Un par de veces logra interceptar la mirada de Carlos que, molesto, baja los ojos inmediatamente hacia su tacita de café.

-Los dos la acompañan a tomar el subte a Constitución. A último momento, justo antes de que se cierren las puertas, Carlos salta adentro del vagón con ella y, mientras el tren se aleja, le hace un gesto a Javier dándole a entender que se ven más tarde.

Javier vuelve a salir a la superficie y, con paso rápido, camina hasta la parada del colectivo que lo va a llevar a su casa.

La autopista camino al aeropuerto esta vez no está inundada y hay poco tránsito. Maneja Luis. Javier viaja en el asiento del acompañante y Carlos en el de atrás. Sobre la guantera, al lado de la carpeta del colegio de Javier, Luis apoyó su máquina de fotos.

Tiene un rollo que empezó en Cuba; la despedida de Carlos le parece una buena oportunidad para terminarlo. Ya les sacó un par de fotos a Javier y Carlos frente al colegio de Javier cuando pasaron a buscarlo; todavía quedan algunas más para el aeropuerto.

Carlos va a tomar un vuelo de VASP a San Pablo; finalmente le transfirieron el giro a la cuenta de Luis y pudo cobrarlo. Luis le explicó que los bancos muchas veces demoran indefinidamente los giros internacionales para ganar intereses: durante un tiempo el dinero no está ni en el país de origen ni el de destino; desaparece, y queda flotando en algún lugar indeterminado de un mapa financiero completamente abstracto.

Con la llegada del giro Carlos pudo pagar el pasaje de vuelta a su país y por fin cancelar las deudas con el hotel y con Ariel. Además, compró una planta de interiores para regalarles a Javier y a Luis, en agradecimiento por su hospitalidad. Pensó en una planta porque, justamente, en la casa no había ninguna. Pero así como Javier y Luis en su momento acordaron no comer carne y no fumar en el departamento, la falta de plantas adentro de la casa no es una ausencia casual en la decoración, sino el fruto de otro de sus acuerdos. Los dos tienen aversión a las plantas de interiores: traen bichos, mueren por falta de luz, y se chupan el poco oxígeno que hay en el ambiente. Las consideran una invasión inaceptable, aunque tampoco les pareció correcto rechazar el regalo.

Cuando paran en la estación de peaje de la autopista Luis le pide monedas a Javier, y nota las fotocopias color que su hijo pegó en la carpeta del colegio unos días atrás, adonde se ve a los tres argentinos que violaron a Carlos. Luis le pregunta quiénes son.

Javier, para salir del paso, le responde: "Un grupo hardcore"

-Un poco más adelante en la ruta, Carlos les pide internarse con el auto en los Bosques de Ezeiza para terminar ahí el rollo de fotos de la cámara de Luis.

Los guía por un camino de tierra y finalmente elige un claro entre los árboles. Primero, Luis les saca fotos a Carlos y a Javier; después, Javier a Carlos y a Luis; y, finalmente, ponen la cámara en automático sobre el techo de la cupé deportiva para sacarse una los tres juntos. En los segundos de espera antes de que el disparador se active, Luis se acuerda de que en el mismo rollo hay una foto en la que se ve a Susana, la rosarina, en la playa de Cayo Largo, con una remera que dice: Andá con cuidado, estoy de vacaciones. Luis piensa en el día en

que sacó esa foto.

Esa misma tarde volvió a La Habana en avioneta y, en el estacionamiento del aeropuerto, camino a la combi contratada por el tour, se llevó por delante un poste y se dio un golpe tan terrible que terminó en el hospital. A la noche, ya en su habitación del Habana Libre, decidió llamar por teléfono a Buenos Aires. Los médicos le habían dicho que no era nada, aunque todavía le resonaba el golpe en la cabeza, y quería asegurarse de que Javier también estuviera bien. Cuando terminó la llamada se sintió extraño, no sólo por el golpe sino por el hecho de que todo lo que había en la habitación era viejo y raído: las alfombras gastadas, las cortinas desteñidas por el sol, las sillas y las banquetas de diseño aerodinámico despintadas. Habían pasado más de treinta años y esa habitación se había mantenido siempre igual. Sobre esas mismas almohadas habían apoyado la cabeza norteamericanos antes de la Revolución.

El hotel había cambiado de manos pero nada de lo que había adentro había cambiado. Pensó que no le gustaría nada morirse en un lugar como ése. Su valija, su ropa, el cepillo de dientes, la espuma de afeitar del free-shop, la biografía de Sartre todavía sin empezar sobre la mesita de luz, los folletos turísticos y los souvenirs daban la impresión de estar fuera de lugar. Todo le parecía falso. No alcanzaba a entender cómo una escenografía tan moderna podía haber sido afectada de esa manera por el paso del tiempo.

Todas esas noches, inclusive en el avión, Luis había soñado con muertes, asesinatos, crímenes y torturas que involucraban a sus compañeros de excursión, azafatas y guías turísticos. Fue en ese momento, rodeado de muebles súper modernos desvencijados, que supo que el golpe contra el poste lo había curado. No hubiera podido explicar por qué, pero Luis estaba seguro de que nunca más iba a volver a tener pesadillas.

Nota del editor

Velcro y yo es el segundo libro de relatos de Martín Rejtman y fue publicado por Planeta en 1996, dentro de la colección "Biblioteca del Sur", en la que ya había aparecido en 1992 su debut Rapado.

Revisar Velcro y yo quince años más tarde y reeditarlo tras una larga ausencia es prácticamente un deber, porque el libro resiste como pocos el paso del tiempo, porque todo en él sigue estando en su lugar, como la vida misma (ese cliché irremplazable), y porque desde entonces no ha aparecido en la literatura local una escritura como la de Rejtman. Lo que sí sorprende hoy (cosa que sucede también leyendo las primeras reacciones generadas por el film Rapado, su primer largometraje) es lo que se dijo del libro entonces, retazos extraviados, gestos de desconcierto ante una obra que era más sofisticada y menos inescrutable de lo que se suponía.

Hay una posibilidad de que la vida (esa generalización imperdonable) fuese muchísimo más rica en aquel momento, desafiante, llena de retos y profundidades, esplendorosa y trascendente. Porque sólo desde esa perspectiva puede entenderse esta ponderación de Velcro y yo vertida desde las páginas del diario español El Mundo, en ocasión de la publicación del libro por parte de la editorial Lengua de trapo, en 1999:

"No obstante, cuidado, debajo de esa apariencia plana, un tanto aburrida, huele a pólvora, a tensiones reprimidas por capas de silencios y es inevitable abrir la boca, como peces fuera del agua en busca de una atmósfera menos viciada, de un poco de oxigeno que nos demuestre que no somos espectros y que comenzamos a vivir con la vida gastada de antemano, raída por la intemperie y los malos usos"

-Tres años antes, el diario porteño La Nación aportaba lo suyo: mi si

."Tal vez el dejar todo -personajes, situaciones, discurso en manos del azar, implique un peligro: desinteresarnos por el destino de las historias. Pero probablemente, si acallamos nuestros hábitos como lectores, que nos piden más dirección, menos casualidad, valga, en definitiva, aproximarnos a esta riesgosa propuesta de Rejtman de entender el arte de narrar".

Se trataba de elogios al libro (absortos, pero elogios al fin), que en todo caso lo que revelaban era un fuera de campo monumental: la literatura local y su contraparte hispanense atrasaban, ¿cuánto?, ¿500 años justo en el 1992 de Rapado?, mientras que Rejtman se plantaba sobre el presente como tiempo verbal absoluto. C.E. Feiling, otro narrador incómodo para la época (y también inoxidable leído hoy), apuntó en el suplemento cultural de Clarín: "Sería una lástima que nadie percibiese el carácter eminentemente político de Velcro y yo. Si

el libro se hubiera llamado no como su primer cuento, sino como el último, 'Los argentinos', resaltar dicho aspecto hubiese sido inevitable"

muertsy

Vale la pena detenerse en cada página de Velcro y yo, porque cada una de ellas desmiente la abulia, la falta de oxígeno y los peligros del azar. Pero de todas ellas nos quedaremos con el arranque del último cuento del libro, "Los argentinos", justamente que se inicia con un adolescente nadando treinta y cuatro largos en la pileta (el número como prueba múltiple: muestra, competición y argumentación, al la manera de los cortados que Silvia Prieto servía en la película homónima), para, a partir de ese lí-mite, sentir: "Que ya no tiene peso, se vuelve más liviano y la tensión desaparece. Sus movimientos continúan otros movimientos; eso es lo que lo mueve, y no su propio esfuerzo. Al mismo tiempo se olvida de pensar. Así como lo mojado deja de parecerle mojado porque pierde relación con otras cosas, después del largo treinta y cuatro los pensamientos dejan de ser pensamientos y lo único que existe es su respiración". Así son (eso pasa con) los cuentos de Velcro y yo: los treinta y cuatro primeros largos, llevados al terreno de la lectura, entregan ese mundo bonsai de sensaciones extrañamente familiares (la zambullida, el desplazamiento, el esfuerzo, el placer, la humedad; todo lo diferente que el afuera del agua puede ser del adentro); pero en determinado momento, unos movimientos mueven a otros y la deriva deviene flotación y la extrañeza no tiene que ver con los escenarios ni con los rostros, sino con la forma en la que nos desplazamos entre ellos. b aor

Los cuentos de Rejtman son como días larguísimos, que duran mucho más que veinticuatro horas, diseñados para personas que los transitan sin preguntarse por qué la noche no llega nunca y, cuando llega, por qué no se termina, por qué se vuelve elástica, y admite taxis, caminatas, sospechas, bingos, coqueteos, equívocos, taxi boys, hoteles, auropuertos y hasta la salida de un avión que al parecer se demoró pero en realidad no, simplemente ajustó su horario al de los días XXL del autor.

Quince años después, los únicos signos de envejecimiento de los relatos de Velcro y yo no están relacionados con su contenido neto, sino con los errores del mundo en torno a ellos: lugares en los que antes se fumaba pero ahora no se puede, marcas que ya no existen, películas que eran malas cuando se estrenaron y que hoy no merecen siquiera ser recordadas con rencor. El resto es "ese cliché irremplazable" en estado puro y en dosis masivas, la capacidad de Rejtman para convertir lo cotidiano en algo asombroso (y viceversa): las relaciones, los lugares en las que estas se desarrollan, los cruces entre las personas, las dilaciones, las sorpresas, todo transcurre en estos cuentos como si "hoy" fuese una moneda de las que no se

devalúan nunca. No hay nada aburrido ni reprimido en unos relatos que por momentos tienen la forma de una montaña rusa hecha de calles, de veredas y de departamentos. Hay, en todo caso, la eterna sordina de todos estos años, porque así es como vivimos, saliendo y no llegando, encontrando sin buscar, frenando, acelerando, fumando a escondidas y esforzándonos sólo para superar el punto límite del largo número treinta y cuatro, el que nos permite seguir adelante sin darnos cuenta.

Table of Contents

(Sin título)
(Sin título)
Velcro y yo
El pasado
Barras
Quince cigarrillos
Mi estado físico
Los argentinos
Nota del editor